

1857 (2)

EL CENTENARIO

DEL BENEMERITO DE LA PATRIA EX-PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA

General Don Juan Rafael Mora

1814 - 1914



TIPOGRAFIA NACIONAL

1915

SAN JOSE, COSTA RICA



BENEMERITO GENERAL
DON JUAN RAFAEL MORA



Palabras líminares

Alentado mi espíritu por el deseo de contribuir con mi modesto esfuerzo en la obra generosa de tributar el más cumplido homenaje de justicia y de reconocimiento a los Héroes y Próceres esclarecidos que nos legaron esta tierra, libre y feliz, después de titánicas y desiguales luchas empeñadas contra las huestes del bucanero William Walker, que acaso preparaba para Centro América toda, el más amargo y oprobioso de los yugos esclavistas; lleno de fe en mis propósitos, digo, he preparado esta selección de trabajos históricos y literarios, que rebozan el más vivo entusiasmo cívico y que vienen a constituir, por decirlo así, el más brillante poema de gloria que el pensamiento y el corazón de la patria hayan trazado en honor del Gran Ciudadano General Juan Rafael Mora, luminoso vidente que entrevió al través de la indecisa penumbra del porvenir, la trágica hora de prueba a que su pueblo tendría que someterse con motivo de la espantosa situación política en que nuestra hermana Nicaragua se encontraba en el aciago período de 1854 y 1857, y que al lanzarse intrépido y fiero al conjuro del mal, enardeció con su ejemplo y su fe en el triunfo de la noble causa que defendía y que lo impulsaba al sacrificio, a todos aquellos humildes campesinos que acaso, hasta ese momento, sintieron como nunca, vibrar en su corazón ingenuo, la emoción de afecto a la tierra cariñosa, y contemplaron con singular alborozo la majestad radiante de nuestra egregia bandera al flamear sobre nuestras cumbres cubiertas de verdura, bajo el oro luminoso del sol, que al par de protegerla con la seda de sus finos reflejos, parecía prometer a nuestros soldados el auxilio guerrero de sus espadas de fuego en los momentos del combate. Gesto heroico y sublime aquel que llamó a nuestros abuelos a la con-



Palabras liminares

Alentado mi espíritu por el deseo de contribuir con mi modesto esfuerzo en la obra generosa de tributar el más cumplido homenaje de justicia y de reconocimiento a los Héroes y Próceres esclarecidos que nos legaron esta tierra, libre y feliz, después de titánicas y desiguales luchas empeñadas contra las huestes del bucanero William Walker, que acaso preparaba para Centro América toda, el más amargo y oprobioso de los yugos esclavistas; lleno de fe en mis propósitos, digo, he preparado esta selección de trabajos históricos y literarios, que rebozan el más vivo entusiasmo cívico y que vienen a constituir, por decirlo así, el más brillante poema de gloria que el pensamiento y el corazón de la patria hayan trazado en honor del Gran Ciudadano General Juan Rafael Mora, luminoso vidente que entrevió al través de la indecisa penumbra del porvenir, la trágica hora de prueba a que su pueblo tendría que someterse con motivo de la espantosa situación política en que nuestra hermana Nicaragua se encontraba en el aciago período de 1854 y 1857, y que al lanzarse intrépido y fiero al conjuro del mal, enardeció con su ejemplo y su fe en el triunfo de la noble causa que defendía y que lo impulsaba al sacrificio, a todos aquellos humildes campesinos que acaso, hasta ese momento, sintieron como nunca, vibrar en su corazón ingenuo, la emoción de afecto a la tierra cariñosa, y contemplaron con singular alborozo la majestad radiante de nuestra egregia bandera al flamear sobre nuestras cumbres cubiertas de verdura, bajo el oro luminoso del sol, que al par de protegerla con la seda de sus finos reflejos, parecía prometer a nuestros soldados el auxilio guerrero de sus espadas de fuego en los momentos del combate. Gesto heroico y sublime aquel que llamó a nuestros abuelos a la con-

quista santa de sus derechos y de su libertad, y que tras la recia restauración de ésta, los colmó de nuevas energías y de alientos para entrar de lleno al ejercicio de la más amplia y sincera democracia.

Este libro es un himno de gloria, de elogio y de loa al Paladín bizarro y sin igual en los anales de nuestra epopeya patria; al Hombre que fué ejemplo de ciudadano en la arena de la acción individual, y ejemplo también de mandatario prudente y justo; ejemplo de soldado en la espantosa vorágine del combate, y ejemplo de caudillo por su lealtad y entereza, henchida como estaba su alma de elevados propósitos en el desarrollo de su obra libertadora y administrativa, cuando rigió los destinos de la República con ánimo tranquilo, abnegado y estoico,— sublimemente estoico,— en el momento trágico del gran sacrificio.

Tal fué Juan Rafael Mora, a quien los pueblos bautizaron en un arrebatado de jubilosa alegría, con el gentil nombre de «Padre de la Patria», queriendo así evidenciar su filial cariño y completa seguridad en los actos de su inolvidable Gobierno.

Al calor de aquellos mismos sentimientos, están consagradas estas páginas a su recuerdo, que significa para el país, uno de sus más legítimos blasones, acaso el que con más orgullo ostenta en su escudo.

Suprimamos por un instante de nuestra Historia a Mora y a Santamaría, a Cañas y a su legión de valientes: borremos de nuestra mente el recuerdo de aquella homérica jornada de 1856 y 1857, y habremos sin duda despojado a Costa Rica de un solo tajo, de sus más bellos galardones; habremos sustraído a su diadema sus más claros y puros diamantes; y, a su vida nacional, las más gallardas y sugestivas glorias.

Por eso, estas páginas recogidas con hondo afecto, tienen el doble objetivo, no sólo de recopilar en el presente volumen, las manifestaciones más salientes del sentimiento patrio, esparcidas por la efímera hoja periódica, sino también, de que sean como una fuente sagrada, en donde las generaciones de mañana, hallen en sus frescas y cristalinas aguas, la energía y fortaleza que la patria reclama de sus hijos cuando se sienta amenazada.

Como complemento a los modestos y sencillos festejos del Centenario del nacimiento del augusto Patricio, celebrados por rara coincidencia el propio día en que la Patria añora feliz el fausto aniversario de su libertad y separación de la vieja Metrópoli —festejos en los que la pompa magnificente fué sustituida por la alegría y el entusiasmo de todos los hijos de este pueblo, celoso él cual ninguno en lo que a su integridad y a su autonomía se

refiere; y orgulloso centinela de la gloria inmarcesible de sus héroes, y como tal, fiel cumplidor de la deuda de gratitud y amor contraída con sus valientes y esforzados defensores de 1856 y 1857,—es que entrego esta guirnalda de laureles y rosas, brotadas al calor de una férvida y espontánea pasión, por los que ayer no más, regaron la simiente de los sentimientos sanos, con la sangre de sus venas, en la conquista del más hermoso ideal por que ha luchado la humanidad: la libertad de las naciones.

Para coronar, repito, de modo singular aquellas solemnidades que revistieron los caracteres de una apoteosis por la magnitud de las emociones que provocó en nuestro pueblo, y que fueron el exponente magnífico de un vigoroso esfuerzo de nuestra juventud, que lejos de permitir que pasara inadvertida la fecha designada para conmemorar el primer centenario del natalicio del Benemérito de la Patria, ex-presidente de la República General don Juan Rafael Mora, se apresuró a formar de su seno, un comité ejecutivo que se llamó «Junta Patriótica pro-Juan Rafael Mora», a cuyo cuidado estuvieron todos los actos que con gran lucimiento se verificaron en el día clásico de nuestra libertad, y en los que contemplamos a todo un pueblo entusiasmado ante el recuerdo del Prócer que dormía acaso el sueño letal del olvido,—rendimos de este modo, el más fervoroso tributo de gratitud, reunidos en torno a su austero Bronce, consagrándolo como al más preclaro y grande de sus hijos.

Por motivos de orden económico, nuestro progresista y culto Gobierno se abstuvo, con gran sentimiento, de hacer suyas las fiestas centenarias, pero no por tal circunstancia dejó de prestarles su apoyo moral y efectivo para que el desarrollo del programa laborado al efecto, tuviera todo el éxito posible, contribuyendo a su mayor lucimiento con su presencia en todas las ceremonias de aquel venturoso día, que ha dejado en nuestros corazones una diáfana estela de júbilo y de satisfacción profunda.

OCTAVIO CASTRO SABORÍO

8 de febrero de 1915.



SEÑORA DOÑA INES AGUILAR DE MORA

Algunos documentos importantes

FE DE BAUTISMO

DE DON JUAN RAFAEL MORA

(COPIA LITERAL)

"En la Villa Nueva a los ocho días del mes de Febrero de 1814. Yo, Fray Policarpo Melendes con licencia del señor Cura hice los exorcismos, puse óleo y bauticé solemnemente a Juan Rafael Joaquín, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras. Sus abuelos paternos don Dionicio Mora y doña Luz de Alvarado. Maternos don José Antonio Porras y doña Josefa Ulloa. Nació el día de la fha. Fueron sus padrinos don Rafael Gallegos y doña Teresa Ramó, quienes quedaron advertidos de su obligación, y pa. que conste lo firmo.— José María Esquivel."

JUNTA PATRIOTICA

◦ ◦ PRO JUAN RAFAEL MORA ◦ ◦



Don Octavio Castro Saborío



Lic. don Alejandro Alvarado Quirós



Don Gerardo Zúñiga Montúfar
Comisión Pro-Mora



Lic. don Guillermo Vargas
Comisión Pro-Mora



Profesor don Angel Orozco
Comisión Pro-Mora

Testamento

de don Juan Rafael Mora

Anterior a su nombramiento de Presidente de la República

En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Yo, Juan R. Mora, de treinta y cuatro años de edad y de este vecindario, hijo legítimo de don Camilo Mora y de doña Ana Benita Porras, ya difuntos, hallándome sano y en mi entero juicio, ordeno mi testamento en la forma siguiente:

1.º Declaro que soy Católico, Apostólico, Romano, en cuya religión e vivido y muero gustoso, esperando en la Misericordia de Jesucristo que me perdonará mis pecados.

2.º Quiero que mi entierro sea decente pero sin fausto ni ostentación, a disposición de mis Albaceas.

3.º Declaro que soy casado y velado con la señora doña Inés Aguilar, de diez y nueve años de edad, de oficios domésticos y de este vecindario.

4.º Quiero que mi indicada esposa sea la Tutora legítima de nuestros hijos (si los hubiere) y usando del derecho que me concede la ley, le nombro por Asociado al señor don José María Cañas, mi hermano político, comerciante, hijo del Estado del Salvador y de cuarenta y cuatro años de edad, sin cuya asistencia no podrá la Tutriz ejercer acto alguno relativo a la Tutela.

5.º Declaro por mis bienes propios, las Haciendas de café que poseo en las Pavas, una hacienda de ganado en el Barrio nombrado Los Ojos de Agua, un potrero en esta ciudad y varias casas; los documentos en que se apoya mi propiedad quedan en mis armarios.

6.º Declaro que me deben varias cantidades de consideración y cuyos documentos quedan en poder de don Prudencio Rivas, mi Agente, lo mismo que los libros de cuentas corrientes, y en fin en ellos constan las cantidades que debo y que me deben, según el balance que hice en los meses de junio y julio del corriente año, en cuyo balance aparecen inventariados todos mis bienes en fincas de agricultura, casas, etc.

7.º Declaro que en el balance a que me refiero constan mis deudas activas y pasivas.

8.º Declaro que yo introduje al matrimonio un capital libre como de ciento veinte mil pesos, en haciendas, casas y dinero en giro, pues las que poseo actualmente las tenía al tiempo que celebré mi dicho matrimonio.

9.º Declaro que dí a mi mujer como arras, el valor de mil novecientos pesos en alhajas de oro, perlas y brillantes y le hice donación de cuarenta y siete onzas de oro y cuatrocientos veinte y un pesos en piezas de ropa.

10.º Instituyo por heredera a mi esposa Inés Aguilar, en las tres cuartas partes de mis bienes.

11.º La cuarta parte que reservo de mis bienes será repartida en proporciones iguales, entre mis hermanos Miguel, José Joaquín, Ana María, Eleodora, Rosa, Guadalupe, Virginia y Juana Mora.

12.º Las dos terceras partes de mi quinto serán distribuidas entre mis sobrinos, Manuel, David y Dorila Argüello, en proporciones iguales y a ellos se les dará la educación que sea posible.

13.º Nombro por mi Albacea a mi ya dicha esposa Inés Aguilar, y en su falta al señor don José María Cañas, mi hermano político, comerciante y vecino de esta ciudad, dándole las facultades que el derecho le permite, y por el presente revoco y anulo todos los testamentos y demás disposiciones testamentarias que antes de ahora hubiere formulado por escrito o de palabra, y quiero que ninguno valga sinó éste mi testamento. Declaro que nunca he testado, y por tanto si apareciere otro es nulo y de ningún valor, y no se tenga por mío.

14.º (Suprimida en esta copia.)

15.º Declaro que si hubiere duda en el concepto de mis cláusulas testamentarias, se interpreten en favor de mi Esposa Inés Aguilar y de mis hermanos, quienes cuidarán y educarán a mis sobrinos Argüello.— Así lo otorgo y firmo en San José a los siete días del mes de agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho.

JUAN R. MORA

Testigo de haberlo visto firmar

JUAN J. BORBÓN

Testigo de haberlo visto firmar

PRUDENCIO RIVAS

Este testamento está escrito de puño y letra de don Juan Rafael Mora; en el papel que le servía de cubierta hay un sello que dice: «Estado Libre de Costa Rica» y otro «Sello 3º vale dos reales»—y la siguiente razón:

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la ciudad de San José, a las once de la mañana del día cinco de agosto de mil ochocientos cuarenta y ocho. Ante mí, Benito Dengo, Alcalde 1º Constitucional y los testigos S. S. Saturnino Tinoco, Alonso Gutiérrez, Francisco Gutiérrez, Manuel Castro Araya, Juan Pablo Fernández, José Francisco Rojas, Félix Gregorio Castro, Manuel Cañas y Manuel Vargas, todos mayores de edad, agricultores, comerciantes, de este vecindario, dijo el señor don Juan Raf. Mora, de edad de treinta y cuatro años, comerciante, agricultor y del mismo vecindario, alentado y en su sano juicio: que era católico, apostólico, romano, en cuya Religión había vivido y moría gustoso, esperando en la Misericordia de Jesucristo que le perdonaría sus pecados, y para estar preparado había ordenado su testamento en este Cuaderno Cerrado que me entregó para este acto ante todos los testigos que vieron, oyeron y entendieron al Testador: que en él instituía herederos, hacía legados, nombraba Albaceas y disponía

de todo: que quiere subsista de esta manera el resto de su vida y después de su muerte se abra y se publique con la solemnidad legal; y que revoca y anula por él todos los testamentos y disposiciones testamentarias que haya hecho de palabra o por escrito, para que ninguno valga sino solo este Testamento, que quiere se tenga por su última voluntad. Leído que le fué a presencia de los testigos, espresó que estaba conforme era su voluntad y firmó con migo y los testigos. Benito Dengo. Juan R. Mora. Alonso Gutiérrez. Saturnino Tinoco. Francisco Gutiérrez. Manuel Castro Araya. Juan Pablo Fernández. J. Francisco Rojas. Félix G. Castro. Manuel Cañas. José Manuel Vargas.

Renuncia presentada al Congreso

por el señor Vice-Presidente de la República don Juan R. Mora,
en el ejercicio de dicho cargo

EXCELENTÍSIMO CONGRESO:

Mientras creí que sacrificando mi tranquilidad y reposo a los santos intereses de la patria, podría serle útil en alguna cosa consagrando mis débiles esfuerzos a proporcionarle todas las mejoras y adelantos de que es susceptible; mientras he tenido alguna esperanza de que me sería posible, conseguir y llevar a cabo la empresa de su engrandecimiento y bienestar, no vacilé un punto, vosotros Honorables Representantes sois testigos, en aceptar las riendas del Gobierno de la República.

Mas si confiado en tan halagüeñas esperanzas me resigné a ocupar un puesto tan delicado y difícil; la fuerza de las circunstancias es hoy tal, que a pesar de los ardientes deseos que me animan por el bien de mi patria, me veo obligado a entregar en vuestras manos el destino con que me honró el pueblo costarricense.

Esta dimisión, Señores Representantes, preciso es que la aceptéis; porque si sólo tengo poder para hacer el mal, si se me atan las manos para el bien; si a cada medida que tiende al desarrollo de las muchas mejoras que demanda la opinión pública, he de ver levantarse esa oposición que acabáis de presenciar; esa oposición que un corto número de hombres hace al Gobierno, tan sólo porque el tiempo presente no es el pasado, y si en fin, mis sacrificios no han de producir ningún bien al país, no quiero, no, ser responsable de los males que puedan sobrevenirle.

Bien podría, no lo desconozco, hacer uso de las facultades que me concede la ley, y de la fuerza y prestigio que, como en ningún tiempo rodea hoy a la Administración; bien podría, digo, emplear los medios

coactivos para salvar los obstáculos que a cada paso se me oponen, y hacer continuar el desarrollo de las inmensas fuentes de riqueza que poseemos; desarrollo, que, puedo decirlo con orgullo, gracias a mis esfuerzos, había principiado para Costa Rica; pero vosotros estáis reunidos hoy—vosotros los elegidos de la Nación, sois los llamados a salvarla, y responsables de su tranquilidad.

Yo entretanto, convencido de que mientras el Poder Ejecutivo encuentre la clase de oposición que hoy se le hace, desleal, intérprete de pasiones rastreras, de intereses privados, desnuda en fin, del menor sentimiento patriótico; no le es posible hacer ningún bien, renuncio formalmente la Presidencia de la República y quedo esperando la resolución del Excelentísimo Congreso, fuera del despacho, del cual me separo desde este momento.

Antes de hacerlo así se han tomado todas las medidas necesarias para la conservación de la tranquilidad pública, de manera que el Excelentísimo Congreso es ahora el único responsable de ella y a él suplico encarecidamente se sirva admitir la formal dimisión que he hecho del cargo de Presidente de la República de Costa Rica.

Los motivos detallados del paso que acabo de dar, los encontraréis en la adjunta exposición que, en esta misma fecha, dirijo al pueblo costarricense de quien emana la autoridad que he ejercido.

San José, Enero 28 de 1852.

Exmo. Congreso

JUAN RAFAEL MORA

Carta del Prócer

a su hermano el General don José Joaquín Mora

Séñor General don José Joaquín Mora

Rivas, Nicaragua

Mi estimado hermano:

Muy pronto llegarán a esa las fuerzas de Guatemala y el Salvador, pues tienen hoy 28 días de marcha.

No sabemos nada del ejército, esperamos saber mañana.

Si fueses tan feliz que acabes con Walker, es necesario que sin pérdida de tiempo se proceda a elecciones para Presidente de esa República; que la elección sea libre, protegida por las fuerzas aliadas, y que el

que resulte electo sea aceptado por todos los partidos y hecho respetar por los Gobiernos de Centro América.

Te remito una carta de la Doloritas.

Tu affmo. hermano,

JUAN R. MORA

Mis memorias a Cañas.

San José, 5 de abril de 1857.

La última carta de Mora

Señores don Miguel Mora, don José Antonio Chamorro y don Manuel Joaquín Gutiérrez

Puntarenas, 30 de setiembre de 1860.

Mis muy estimados hermanos:

En estos momentos bastante críticos escribo la presente. Estoy sentenciado a muerte y tengo poco tiempo que perder. Les ruego cuiden de mi Inesita y de mis hijos. No temo el lance; que venga la muerte que es el término de las desgracias mundanas. Sólo me aterra recordar la suerte de mi Inesita e hijos desterrados de su país y huérfanos.

Dios recibirá mi alma y tendrá misericordia de mí. Jamás se mezclen en la política, y les ruego que aún a los que me sacrifican, los perdonen como yo los perdono.—Adiós, adiós.

Tu hermano,

JUAN RAFAEL MORA

Adn.—José Antonio: Si quedasen mis enemigos satisfechos con el sacrificio de mi vida y no tomasen mis bienes, cuidalos y auxilia a mi desgraciada familia.

JUAN R. MORA

Adn.—Saludo por última vez al primo Martín; que sea filósofo como siempre, y jamás se mezcle en la política perversa de este país.—Vale.

Última carta del General Mora

a su señora esposa doña Inés Aguilar de Mora, tres horas antes
de su fusilamiento

Puntarenas, setiembre 30 de 1860.

Mi siempre idolatrada Inesita:

Te dirijo esta despedida que en los últimos momentos de la vida son terribles; pero nada temo, sólo me inquieta la triste situación en que quedas, viuda, pobre, en el destierro y llena de hijos. Te encargo mucho la educación de ellos, principalmente de Alberto.

(Párrafo suprimido)

Cuida de nuestros hijos y háblales siempre de su desgraciado padre, para que jamás se mezclen en la política, por que ella es un verdugo que destroza a sus servidores.

Nada te digo sobre volver a este País o quedarte en el Salvador, haz lo que quieras.

Sobre mis intereses creo que nada debes esperar; mis enemigos lograrán apropiarse del resto que aun nos queda, ellos tienen hoy muchas influencias y pueden hacer de lo blanco negro.

(Párrafo suprimido)

Consuela a tu pobre Madre y pide a Dios misericordioso te dé valor para resistir este golpe y quedar con vida para cuidar de nuestros hijos mientras Dios dispone de todos.

Recordarás que yo tenía mis motivos para tener tanta repugnancia para volver a este ingrato País y que lo hice instigado por los que me han sacrificado; Dios los perdone como yo los perdono.

Con mi muerte creo que no podrán remediar nada, pues la complicación que ha engendrado la revolución del 14 de agosto será fecunda en desgracias para la República, y hoy principian las escenas de sangre y de dolor; Dios quiera que yo esté equivocado y que con mi sacrificio todo se acabe y vuelvan la paz y el progreso para estos pueblos desgraciados.

Cañas y José Joaquín no corren peligro, así me lo han prometido.

No puedes figurarte lo indiferente que me es morir, sólo siento la muerte por tí y por mis hijos, Dios les protegerá y la Patria aunque cruel conmigo tal vez más tarde no será lo mismo con mis hijos, pues vendrá tiempo en que valgan algo los pocos servicios que he prestado en casi la mitad de mi vida.

Cuida de Adelaida y Adelina y que todos pidan a Dios la conformidad necesaria, va el último beso para mis hijitos, y tú mi alma pide a Dios por este esposo desgraciado.

Ahora voy a ocuparme de lo espiritual, muero como Cristiano y confío en Dios que me perdonará mis culpas y que cuidará de tí y de mis hijos.

Mil expresiones a don Francisco Blanco, que le encargo el cuidado de mi familia, saludo a la señora Montoya y familia, y a doña Nela que cuide de que aprendan a leer los chiquitos y pidan a Dios por esta víctima de pasiones ajenas.

Somos mortales y tarde o temprano se muere, estamos en este mundo engañoso de paso, y así debemos ver los acontecimientos, ya sean prósperos o adversos. Adiós. Adiós a mis hijos. Tuyo hasta el último momento.

JUAN R. MORA

P.D.—Recoge los tres mil cuatrocientos pesos que tiene que cobrar don Francisco Blanco y economiza para que vivan.

NOTA.—Declaro que esta carta, con excepción de los dos párrafos suprimidos, es copia exacta de la escrita por don Juan Rafael Mora a su esposa, tres horas antes de ser fusilado. Cuya carta original conservo en mi poder.

PEDRO LORÍA



Proclamas principales
del Presidente Mora a los costarricenses



General don José María Cañas
Jefe del ejército libertador



General don José Joaquín Mora
Jefe de las fuerzas aliadas de Centro América



William Walker
Jefe de las hordas filibusteras



I

Proclamas del Presidente Mora a los costarricenses denunciando los peligros del filibusterismo

El Presidente de la República de Costa Rica,
a todos sus habitantes

COSTARRICENSES:

«La paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.

«Una gavilla de advenedizos, escoria de todos los pueblos, condenados por la justicia de la Unión Americana, no encontrando ya donde hoy están con qué saciar su voracidad, proyectan invadir a Costa Rica para buscar en nuestras esposas e hijas, en nuestras casas y haciendas, goces a sus feroces pasiones, alimento a su desenfrenada codicia.

«¿Necesitaré pintaros los terribles males que de aguardar fríamente tan bárbara invasión pueden resultaros?

«No: vosotros los comprendéis; vosotros sabéis bien qué puede esperarse de esa horda de aventureros apóstatas de su patria; vosotros conocéis vuestro deber.

«¡Alerta, pues, costarricenses! No interrumpáis vuestras nobles faenas, pero preparad vuestras armas.

«Yo velo por vosotros, bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional.

«Aquí no encontrarán jamás los invasores, partido, espías ni traidores. ¡Ay del nacional o extranjero que intente seducir la inocencia, fomentar discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que herma-

nos, verdaderos hermanos resueltos irrevocablemente a defender la patria como a la santa madre de todo cuanto aman, y a exterminar hasta el último de sus enemigos.

JUAN RAFAEL MORA

San José, noviembre 20 de 1855.»

II

El Presidente Mora

proclama la guerra contra Wálker y sus secuaces

COMPATRIOTAS:

«A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa Falange impía que la ha reducido a la más oprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos.

«Ellos os llaman, ellos os esperan para alzarse contra sus tiranos. Su causa es nuestra causa. Los que hoy los vilipendian, roban y asesinan, nos desafían audazmente e intentan arrojar sobre nosotros las mismas ensangrentadas cadenas. Corramos a romper las de nuestros hermanos y a exterminar hasta el último de sus verdugos.

«No vamos a lidiar por un pedazo de tierra: no por adquirir efímeros poderes; no por alcanzar misérrimas conquistas, ni mucho menos por sacrílegos partidos. Nó, vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inicua tiranía: vamos a ayudarlos en la obra fecunda de su regeneración, vamos a decirles: Hermanos de Nicaragua, levantaos: aniquilad a vuestros opresores. Aquí venimos a pelear a vuestro lado por vuestra libertad, por vuestra patria. Unión, nicaragüenses, unión. Inmolad para siempre vuestros enconos; no más partidos, no más discordias fratricidas. Paz, justicia y libertad para todos. Guerra sólo a los filibusteros.

«A la lid pues, costarricenses. Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.

«Vuestras madres, esposas, hermanos e hijos os animan. Sus patrióticas virtudes os harán invencibles. Al pelear por la salvación de vuestros hermanos, combatiremos también por ellos, por su honor, por su existencia, por nuestra patria idolatrada, y la independencia hispano-americana.

«Todos los leales hijos de Guatemala, el Salvador y Honduras, marchan sobre esa horda de bandidos. Nuestra causa es santa, el triunfo es seguro. Dios nos dará la victoria, y con ella la paz, la concordia, la libertad y la unión de la gran familia centroamericana.

JUAN RAFAEL MORA

San José, marzo 1.º de 1856».

III

Juan Rafael Mora

Presidente de la República de Costa Rica, General en Jefe del ejército expedicionario,
a los pueblos de Nicaragua

NICARAGUENSES:

«Desde el seno de nuestras pacíficas montañas he oído vuestros congojosos lamentos.

«Mutuos errores y una guerra fratricida os han entregado al fiero albedrío de una horda de forajidos, que llamados incautamente como amigos auxiliares de unos se han convertido en déspotas de todos.

«Hoy yacéis aún aterrorizados bajo el yugo acerado de un ejército compuesto de las heces corrompidas que arrojan de sí todas las sociedades. ¿Qué sois vosotros en vuestro propio país? Qué es el esclavizado nicaragüense que llaman por befa Presidente?Cuál es vuestra suerte hoy y la más fatal que con tan cruentos amos os espera? Vosotros lo sabéis más que yo; vosotros que la sufrís y deploráis con lágrimas de sangre!

«Habéis llamado a vuestros hermanos. Vuestros hermanos todos rodean vuestras fronteras y avanzan para libertaros de esa Falange traidora. Combatimos por vuestra salvación. Después del triunfo, paz, unión, justicia y libertad para vosotros y para todos.

«Harto conocéis a los pacíficos costarricenses. También los han conocido en Santa Rosa los cobardes filibusteros. Siempre neutrales en vuestras discordias, hemos acogido con igual hospitalidad a todos los nicaragüenses. Para vosotros no existen ni existirán jamás distinciones ni partidos. Sea lo mismo para vosotros. Que una sola bandera, una causa y un grito de concordia y progreso nos reúnan a todos como católicos, como hijos de una misma patria, como verdaderos hermanos.

«Cese ya tanta postración, tanta iniquidad y servidumbre. ¿Toleraréis por un instante más tanta esclavitud, oprobio y tiranía? ¿No lidiaréis todos unidos, siempre unidos, por conquistar la libertad que os han robado? Sí, valerosos nicaragüenses. Uníos, alzaos y combatid con aquel ardiente coraje que habéis mostrado en tantas nefandas luchas. Arrojemus unidos a esa pestífera canalla; no quede uno solo de esos asesinos sobre la tierra privilegiada que os concedió la Providencia; y de entre esos montones de cadáveres y ruinas que han acumulado tantos desvaríos y maldades, levantemos juntos una patria más unida, más fuerte, más venturosa y más grande.

«Paz y libertad a Nicaragua y Costa Rica, independientes y unidas como hermanas. Gloria a las fuerzas aliadas libertadoras de la América Central!

JUAN R. MORA

Sapoá, 29 de marzo de 1856.»

IV

Con motivo de la toma de los vapores en el río San Juan

COMPATRIOTAS:

La gran arteria del filibusterismo está dividida para siempre: la espada de Costa Rica la ha cortado.

En veinte días de campaña, a través de desiertos cuajados de víboras, de selvas espesísimas, de pantanos y de ciénegas detestables, de ríos caudalosos, nuestros soldados han marchado a paso de vencedores, apoderándose de la Trinidad, Castillo Viejo, fuerte de San Carlos, de los vapores y otras embarcaciones, diez cañones, tres obuses, quinientos rifles, multitud de espadas, revólveres y pertrechos de guerra y de más de cien enemigos que hemos puesto en generosa libertad. Sobre el río de San Juan y del Gran Lago no iluminan los rayos del sol otra bandera que la costarricense.

Todo se ha conquistado sin un solo tiro, sin una gota de sangre, a fuerza de intrepidez y de sorpresas. ¿Y con qué contábamos? Troncos apenas escarbados o mal unidos con bejucos han sido nuestra flota para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos; fusiles enmohecidos y que apenas podían dar fuego, por los continuos temporales sufridos, nuestras únicas armas; escasez de víveres y de todo en el primer momento; pero

había el coraje, la abnegación, el patriotismo, la unión costarricense, la resolución de vencer o morir y la Providencia ha bendecido a nuestros soldados, llevándoles de victoria en victoria.

Dueños del río y del gran Lago, puestos en relación con nuestros aliados, reducido Wálker a Rivas y sus alrededores, va a ser estrechado, atacado y abrasado, si es preciso, con los restos de la ciudad donde se encierra. He brindado el perdón a todos los que obsecadamente siguen su causa: si le abandonan, sabremos vencer y perdonar.

¿Pero habrá concluído todo? No, compatriotas: la obra empezada es menester terminarla, es forzoso que no quedemos expuestos a que un nuevo Wálker vuelva a turbar nuestra paz batallando por esclavizarnos; es preciso que tantos obstáculos vencidos, tantos sacrificios hechos, no sean estériles, y para ello es indispensable continuarlos. Levantemos, pues, sobre el mismo río y con nuestras propias manos, un dique poderoso que contenga para hoy y para lo futuro ese torrente usurpador: nada conseguiremos con adquirir una paz precaria. Conquistemos, pues, una paz sólida, duradera, honrosa y fecunda para Costa Rica, Nicaragua y los pueblos centroamericanos.

Costarricenses, cuento para todo con vosotros. Con vuestro apoyo y la protección divina, nada habrá que me haga retroceder. Bendigamos a la providencia que nos ampara y al grito de ¡Viva Costa Rica! marchemos siempre unidos adelante, con fé y constancia en el porvenir.

JEFES Y SOLDADOS:

Habéis cumplido dignamente vuestro deber para con la patria. Ella sabrá recompensaros. Dios premiará vuestros esfuerzos. Nada, nada os ha detenido. Loor a vosotros!

La subordinación, el valor, la constancia y arrojo os han hecho admirar de propios y extraños.

Vuestros compatriotas os vitorean desde aquí, orgullosos de llamaros hermanos. Yo uno a ellos mis felicitaciones velando siempre por vosotros.

Continuad siempre unidos con ese tesón, con esas virtudes, y con ellas conquistaremos una paz duradera, gloriosa y fecunda para la Patria.

JUAN R. MORA

San José, enero 11 de 1857.

V

Juan Rafael Mora,
a los dignos defensores de la América Central

*Jefes, oficiales y soldados todos de las
fuerzas aliadas de Centro América:*

Costa Rica os saluda, Costa Rica os felicita por vuestro noble comportamiento. Yo os doy en su nombre las más fervientes gracias por el honroso triunfo que unidos habéis conquistado. Que esa unión, ese amor a la Patria y a sus santos derechos, crezcan y sean fecundos para todos.

Os habéis abrazado sobre el campo de batalla, permanezcamos siempre así y Centro América verá extinguirse las revoluciones que la han despedazado y disiparse los peligros que aun la rodean.

Veneración a los que rindieron su vida en tan cruenta como santa lucha. ¡Loor perpetuo a vosotros!

JUAN RAFAEL MORA

San José, 7 de mayo de 1857.

VI

Juan Rafael Mora,
Presidente de la República, a los pueblos costarrícenses

COMPATRIOTAS:

La guerra ha concluido. La amada paz vuelve a nosotros con los vencedores del filibusterismo. Hemos lidiado largo tiempo por los más santos derechos con *unión y constancia*. Dios nos ha concedido la victoria.

Ya no hay filibusteros en Centro América. Los centenares que existen, inermes y rendidos, están bajo el sagrado de nuestra protección y clemencia.

Libre de sus fieros invasores, Nicaragua vuelve a quedar bajo la justa voluntad de sus hijos. ¡Que el Sér Supremo los inspire y úna como

hermanos! Hasta su completa reorganización, nuestros fieles aliados de Guatemala, San Salvador y Honduras permanecerán en el continente, mientras nuestras guarniciones custodian los vapores y fortalezas de la línea que se extiende desde las aguas del gran lago de Nicaragua, hasta la bahía de San Juan sobre el Atlántico.

Costa Rica no patrocinará jamás partidos fratricidas, usurpadores vandálicos. Exigirá garantías de paz, de integridad, de unión centro-americana; procurará que se extinga ese espíritu revolucionario que ha sido el mayor de nuestros enemigos; que se sostengan las autoridades legalmente constituidas y en todo caso cumplirá su deber nacional.

Permanezcamos armados, fortifiquémonos más y más, para avanzar con denuedo al porvenir.

Ya vuelven nuestros hermanos a sus familias, a sus pacíficos hogares que con tanto tesón han sabido defender.

Hijos de la capital, de Cartago, Heredia, Alajuela, Liberia y Puntarenas, de toda la República, regocijaos, reuníos a mí para recibirlos cual merecen. Cuento con vuestra generosidad, con vuestro civismo, con vuestros espontáneos donativos para pagar sin demora a esos valientes los sueldos que tan heroicamente han ganado. Preparemos todos nuestro tributo para socorrer las necesidades, para atenuar los padecimientos, para premiar las virtudes de esos nobles hijos de la Patria que todo lo han sacrificado en sus aras veneradas. Que nuestra fecunda *unión* no se altere jamás y que su ejemplo se imite siempre que sea preciso combatir por el honor y la independencia de Costa Rica.

JUAN RAFAEL MORA

San José, 8 de mayo de 1857.

VII

Díscurso

pronunciado por el Presidente de la República en la Garita del Río Grande,
en el acto de encontrar las tropas costarricenses
al regreso de Nicaragua, el día 12 de mayo
de 1857

«Soldados: vengo a recibirlos con el orgullo y el amor con que un padre vuelve a ver a sus hijos vencedores.

«Cien veces he querido marchar a vuestro lado, pero sagrados deberes para con la República y aun más para con vosotros, que sois su potente escudo, me han detenido.

«Yo he velado sin cesar por vuestra suerte; he pensado, he soñado con vosotros; he padecido al figurarme vuestros padecimientos y peligros; me he colmado de júbilo con vuestras acciones y lleno de fe he esperado siempre el triunfo, contento con vuestra perseverancia y dignos caudillos, con la santidad de la causa centroamericana y la visible protección divina.

«Sed bienvenidos a esta patria idolatrada que tanto os debe y que, yo os lo prometo, sabrá recompensar vuestros servicios. Volved al lado de vuestras caras familias, que os esperan con lágrimas de alegría, al lado del Jefe que os admira, a quien habéis sostenido para honor y salvación de Centro América, desde el triunfo ejemplar de Santa Rosa hasta conquistar en Rivas la última decisiva victoria.

«Trocad el fusil por vuestro arado, pero conservadle siempre dispuesto para defender la ley, la concordia nacional, que es nuestra fuerza, y la patria centroamericana. Reconocimiento a nuestros dignos aliados y a los que desde aquí han cooperado a vuestro sostén. Perdón y hospitalidad generosa a los vencidos. Veneración sagrada a los mártires de nuestra libertad.

«Abrazando a vuestro General os abrazo a todos con viva emoción y os repito:

«Sed bienvenidos, hijos los más ilustres de Costa Rica, para ser perpetuamente, como hasta hoy, en paz y en guerra, ejemplo de honradez y patriotismo!».

JUAN R. MORA

Ofrendas al Libertador

Ofrendas al Libertador



Juan Rafael Mora

Primer Centenario de su nacimiento

El nombre de *Juan Rafael Mora* es para sus compatriotas, para los centroamericanos, un galardón y un símbolo: galardón por la heroica misión que le tocó cumplir, y símbolo de la libertad y la autonomía nacionales, que él supo defender con espartana decisión y bélico entusiasmo.

En la agitada historia de nuestra centuria de vida independiente, tan llena de páginas de singular brillantez, ninguna más hermosa ni más generalmente loada que la que ocupan Mora y cuantos con él cooperaron a las campañas de 1856 y 1857 contra el filibusterismo. Esa página irradia luz y honor sobre todo nuestro pasado, y a la vez que enaltece el nombre centroamericano, honra también a la raza indo-hispana; porque los bravos capitanes que a la voz de Mora, o secundando su patriótica actitud, pelearon y vencieron en los campos de Santa Rosa, Rivas, Masaya y Granada, salvando con sus hazañas la autonomía de Centro América, dieron el alerta al Continente, y enseñaron a costa de la vida, unos, y de cruentos sacrificios, todos, cómo se debe luchar por la libertad, y a qué precio es preciso conservar el inestimable don de la independencia.

La campaña nacional contra Walker y sus compañeros bastaría para inmortalizar a Mora; mas, no es ella, con todo y ser tan meritoria, el rasgo que más caracteriza su personalidad. En Mora, como en los varones ilustres de Plutarco, hay muchas fases que estudiar, y en la admirable complejidad de merecimientos, exteriorizase la sublime ecuanimidad que sólo a los hombres superiores pertenece.

Mora, antes que libertador, fué magistrado; y antes de entonar el grito de guerra, y de defender los fueros de la Patria contra la invasión extranjera, había hecho la felicidad de su pueblo, convirtiendo en realidad los ideales del patriotismo, al poner su mano bienhechora en los

principales organismos del Estado, y hacer entrar a la Nación costarricense por la senda segura del bienestar y del progreso.

Estudiando—como quería que se hiciese el sabio francés M. Taine para descifrar los enigmas de la historia—con amplio y acertado criterio los hechos en que tomara parte el señor Mora, fácilmente se comprende que esos hechos no son sino la manifestación de una intensa y elevadísima psicología, y que tanto el probo ciudadano como el amigo fiel, el libertador como el magistrado, el celoso administrador costarricense como el aguerrido defensor centroamericano, no fueron otra cosa que formas consecuenciales de aquella psicología.

El factor principal radicaba en el hombre mismo: en su educación, en su carácter, en el temple catoniano de su espíritu. Las circunstancias con sus múltiples influencias y evoluciones, determinaron el rumbo de los acontecimientos y la actitud que ante ellos debía asumir el señor Mora.

De manera, pues, que para que se pueda apreciar en todo su inmenso valor el mérito de tan ilustre patricio, y se le dé toda la importancia que su misión histórica tiene, necesario es conocer sus cualidades íntimas como base de sus virtudes cívicas, lo mismo que la época en que le tocó figurar, ante cuyos obstáculos él supo sobreponerse con la irresistible fuerza de su voluntad y su entereza.

* * *

Ante todo, recuérdese lo que era Costa Rica durante la colonia, y aún durante algunos lustros después de proclamada la independencia. «Olvidada» y «paupérrima» provincia le llamaron sus dos últimos gobernadores españoles—Tomás de Acosta y Juan de Dios de Ayala,—al pedir para ella mejoras y auxilios reclamados por el desarrollo natural de los países, y no obstante que la fama hacía figurar aquella porción del istmo centroamericano como una tierra de promisión por sus riquezas, sus condiciones económicas eran aflictivas y retrasaron por mucho tiempo su progreso.

Notable diferencia se observaba entre la marcha de Costa Rica y la de las demás secciones de Centro América, no bastando para acelerar la de la primera, ni la laboriosidad y morigeración de su pueblo, ni el autoritarismo de gobiernos absolutos, como el de don Braulio Carrillo, que a fuerza de rigor, pretendieron cambiar aquellas condiciones económicas.

Pobre, y poco adelantada era Costa Rica hacia la mitad del siglo pasado; y a no haber recibido aquel país el impulso que le imprimieran algunos de sus esclarecidos hijos, todavía tendríamos que lamentar ese retraso. Por fortuna, la transformación ha sido completa, y al presente Costa Rica se encuentra en situación bonancible, y nada tiene que envidiar a sus hermanas del Centro tocante a bienestar económico.

Acerca de la transformación efectuada allá en pocos años, y a la evolución seguida por el progreso, a la vez que a los rasgos caracterís-

ticos de los costarricenses, me parecen de inestimable valía de observación los siguientes párrafos debidos a la pluma del señor don Manuel de Jesús Jiménez:

«El período comprendido entre los años de 1850 a 1870—escribe el señor Jiménez—será siempre de grata recordación en Costa Rica, porque durante su trascurso, la agricultura y el comercio obraron el portento de la transformación económica de este país, que portento debe llamarse, no por el tamaño de las mejoras efectuadas, sino por la magnitud de los obstáculos vencidos.

En la agricultura y el comercio encontraron los costarricenses el secreto para salir entonces de aquel espantoso estado de pobreza y aquella supina ignorancia de los días de la colonia. El proceso de su evolución es obvio. Sembraron café, y luego vieron sus puertos frecuentados por naves extranjeras; tuvieron comercio, y luego se pusieron en contacto intelectual con los centros civilizados del mundo: produjeron más de lo que consumían, y luego tuvieron riqueza pública; fueron ricos, y luego encaminaron sus pasos por las modernas sendas del progreso, en demanda de más altos y más lucidos ideales para su espíritu, y de más lujos y sensuales deleites para su cuerpo.

Entonces construyeron puentes y caminos, levantaron edificios públicos, tendieron hilos telegráficos, fundaron escuelas y colegios y ensancharon los servicios públicos. Entonces las habitaciones particulares se tornaron más confortables, y el menaje doméstico más agradable y el vestido de pobres y ricos más a la moda. Hubo inmigración, surgieron nuevas industrias, vinieron libros y maestros, artes y ciencias, y las luces del siglo XIX, por fin, disiparon las tinieblas de la noche secular del coloniaje.

En verdad, aquella fué una era de progreso, de progreso firme, prudente y perdurable; lo que allí brillaba, brillaba por ser oro.

Al compás de tales mudanzas comenzaron a modificarse las costumbres nacionales; pero como por leyes sociológicas inmutables esos cambios se verifican sin solución de continuidad ni subitáneos saltos, las costumbres de aquel período reflejaron a un tiempo mismo la apacible sencillez de la colonia y la moderna cultura de la República. Por eso los veinte años referidos constituyen la edad de oro de las costumbres costarriqueñas.

Este pueblo, amaestrado en la escuela de trescientos años de indigencia, ha venido en el trascurso de este siglo aguzando cada vez su ingenio y conformando sus costumbres para la adquisición del dinero. Se volvió codicioso, y ya se sabe que el avariento donde tiene el tesoro tiene el entendimiento. El tesoro lo tiene en el pedazo de tierra; en la yunta de bueyes, en el cafetal, en el almacén, y allí pone todos sus sentidos y potencias. En ese amor al dinero se generan sus virtudes domésticas, su apego a la paz, su afición al trabajo, su respeto a lo ajeno, así como también los cívicos defectos que le hacen incapaz para los ejercicios del ciudadano.

¿Queréis encontrar, oh posteridad, nobles acciones y buenas costumbres en Costa Rica? Buscadlas en el hogar, en la vida de familia,

ticos de los costarricenses, me parecen de inestimable valía de observación los siguientes párrafos debidos a la pluma del señor don Manuel de Jesús Jiménez:

«El período comprendido entre los años de 1850 a 1870—escribe el señor Jiménez—será siempre de grata recordación en Costa Rica, porque durante su trascurso, la agricultura y el comercio obraron el portento de la transformación económica de este país, que portento debe llamarse, no por el tamaño de las mejoras efectuadas, sino por la magnitud de los obstáculos vencidos.

En la agricultura y el comercio encontraron los costarricenses el secreto para salir entonces de aquel espantoso estado de pobreza y aquella supina ignorancia de los días de la colonia. El proceso de su evolución es obvio. Sembraron café, y luego vieron sus puertos frecuentados por naves extranjeras; tuvieron comercio, y luego se pusieron en contacto intelectual con los centros civilizados del mundo: produjeron más de lo que consumían, y luego tuvieron riqueza pública; fueron ricos, y luego encaminaron sus pasos por las modernas sendas del progreso, en demanda de más altos y más lucidos ideales para su espíritu, y de más lujosos y sensuales deleites para su cuerpo.

Entonces construyeron puentes y caminos, levantaron edificios públicos, tendieron hilos telegráficos, fundaron escuelas y colegios y ensancharon los servicios públicos. Entonces las habitaciones particulares se tornaron más confortables, y el menaje doméstico más agradable y el vestido de pobres y ricos más a la moda. Hubo inmigración, surgieron nuevas industrias, vinieron libros y maestros, artes y ciencias, y las luces del siglo XIX, por fin, disiparon las tinieblas de la noche secular del coloniaje.

En verdad, aquella fué una era de progreso, de progreso firme, prudente y perdurable; lo que allí brillaba, brillaba por ser oro.

Al compás de tales mudanzas comenzaron a modificarse las costumbres nacionales; pero como por leyes sociológicas inmutables esos cambios se verifican sin solución de continuidad ni subitáneos saltos, las costumbres de aquel período reflejaron a un tiempo mismo la apacible sencillez de la colonia y la moderna cultura de la República. Por eso los veinte años referidos constituyen la edad de oro de las costumbres costarriqueñas.

Este pueblo, amaestrado en la escuela de trescientos años de indigencia, ha venido en el trascurso de este siglo aguzando cada vez su ingenio y conformando sus costumbres para la adquisición del dinero. Se volvió codicioso, y ya se sabe que el avariento donde tiene el tesoro tiene el entendimiento. El tesoro lo tiene en el pedazo de tierra; en la yunta de bueyes, en el cafetal, en el almacén, y allí pone todos sus sentidos y potencias. En ese amor al dinero se generan sus virtudes domésticas, su apego a la paz, su afición al trabajo, su respeto a lo ajeno, así como también los cívicos defectos que le hacen incapaz para los ejercicios del ciudadano.

¿Queréis encontrar, oh posteridad, nobles acciones y buenas costumbres en Costa Rica? Buscadlas en el hogar, en la vida de familia,

y no la busquéis en la vida pública, en el foro, en la prensa, en la magistratura, porque en éstas sólo existen por excepción. No así durante los años de 1850 a 1870, porque entonces hubo magníficos intervalos en los cuales mostraron los costarricenses a un tiempo mismas virtudes cívicas y domésticas. De aquel tiempo quedan consignados en la historia de este país, inolvidables ejemplos de patriotismo; pongamos en ellos nuestros ojos, a fin de que renazca y perdure aquí la costumbre más eximia: la de amar y servir bien a la Patria.» . . .¹

Durante la época a que se refieren los párrafos transcritos figuró don Juan Rafael Mora, y a su gobierno se debió, precisamente, el mayor impulso que en su marcha progresiva recibiera Costa Rica.

Voy a demostrarlo; pero antes de dar a conocer al gobernante modelo, estudiaré al hombre insigne en su carácter particular, como prototipo de civismo.

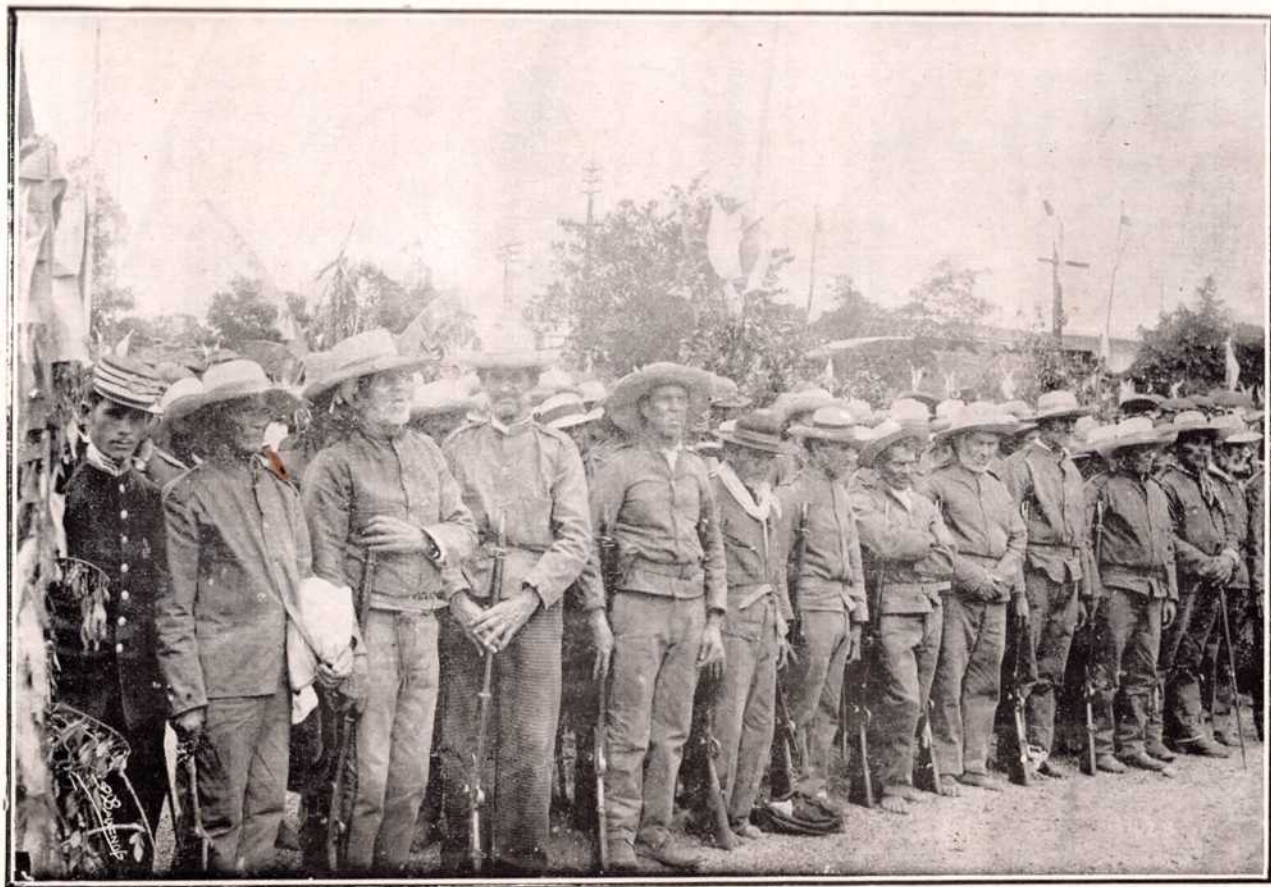
* * *

Mora nació en la ciudad de San José (llamada entonces «Villa Nueva») el 8 de febrero de 1814. Ese mismo día fué bautizado, como consta por la partida publicada, y que dice:

«En la Villa Nueva a los ocho días del mes de Febrero de 1814. Yo, Fray Policarpo Melendes con licencia del señor Cura hice los exorcismos, puse óleo y bauticé solemnemente a Juan Rafael Joaquín, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras. Sus abuelos paternos, don Dionisio Mora y doña Luz de Alvarado. Maternos, don José Antonio Porras y doña Josefa Ulloa. Nació el día de la fecha. Fueron sus padrinos don Rafael Gallegos y doña Teresa Ramó, quienes quedaron advertidos de su obligación y para que conste lo firmo.—José María Esquivel.»

Para los concedores de la historia patria, la simple lectura del documento que antecede es dato suficiente para comprender de qué clase de sujetos se trataba, y que el infante a quien la partida de bautismo se refiere, había nacido predestinado para desempeñar un gran papel entre sus connacionales. Hijo de don Camilo de Mora, procurador público durante los últimos tiempos de la colonia, y uno de los próceres de la independencia de la provincia, tenía por ascendientes paternos y maternos a los principales miembros de las familias patricias de Costa Rica, siendo pariente cercano del primer Jefe del Estado don Juan Mora Fernández. Padrino de don Juan Rafael, o su padre espiritual, como entonces se decía generalmente, lo fué don Rafael de Gallegos, célebre personaje que en la época de atraso en que vivió se caracterizó como un

¹ Costa Rica en el Siglo XIX, año 1901.



GRUPO DE VETERANOS DE LA CAMPAÑA NACIONAL DE 1856 Y 1857

tipo excepcional y extraordinario, con gustos y educación a la inglesa, y marcada afición a los viajes, cuando casi nadie se aventuraba en Centro América a tales hazañas.

Rodeado de tan holgados y ventajosos elementos, Mora fué educado con singular esmero. A la vez que los conocimientos especulativos enriquecieron su mente, los sentimientos de pundonor y justicia fortalecieron su corazón, engendrando en él esa rarísima dualidad del hombre intelectual y el hombre práctico, conjunción ideal de los más avanzados métodos educativos.

↓ Apto para las luchas de la vida, Mora se dedicó, como lo había hecho en otro tiempo su padre, al comercio por mayor y menor, alcanzando en la plaza de San José, por la honradez de sus procedimientos y la afabilidad de su trato, la consideración y el cariño tanto de las clases elevadas, como del pueblo, que familiarmente le llamaba *don Juanito*, según afirma el escritor Fernández Guardia.

La popularidad social le conquistó la popularidad política. El buen criterio de los costarricenses adivinó esta verdad sociológica: el político no es sino una resultante de las cualidades privadas del ciudadano, y quien sabe administrar sus propios intereses, si media la honorabilidad, por fuerza tiene que ser un buen administrador de los intereses públicos. Así, viéndole manejar con admirable tino su casa comercial de San José, y notando la gran expedición de Mora para los negocios, sus compatriotas empezaron a pensar en él para la gobernación del Estado; idea rechazada al principio por el favorecido, y que sólo por la insistencia de los enunciadores pudo obtener su aceptación.

Y aquí es oportuno advertir que las prácticas que desde tiempo inmemorial han sido observadas en Costa Rica, han influido de manera invariable en el curso que ha seguido la historia del país y, sobre todo, en que la política, no obstante ciertos golpes de fuerza y transgresiones del orden legal,— que se señalan como excepciones—no haya caído en la horrible pendiente del caudillaje y la oligarquía, y que a pesar de tales excepciones, haya prevalecido y prevalezca el elemento civil como director de los destinos nacionales.

La pobreza y consiguiente apartamiento en que durante el régimen colonial vivió aquella provincia, fueron causa para que su gobernación no despertara la codicia de militares desalentados, y que en ella se sucedieran una serie de administradores que, lejos de pretender el engrandecimiento personal, buscaban a todo trance el progreso y bienestar de los pueblos que gobernaban. De aquí la ninguna violencia en los procedimientos y, más que todo, la amplia libertad con que se producían hasta las más opuestas opiniones, y el celo con que todos, gobernantes y gobernados, se esforzaban por cumplir con sus respectivos deberes.

A favor de tales prácticas, se formó, desde un principio, el espíritu independiente, y cuando se trató de la emancipación de la provincia, ese espíritu tuvo elocuentes manifestaciones, encarnado como estaba en prominentes personalidades, quienes supieron ponerse a la altura de su importante cometido, y dar conveniente organización a aquel estado centroamericano.

Tocóle ser primer jefe de él, a un hombre civil, patriota, modesto y cumplido ciudadano—Juan Mora Fernández—quien gobernó a Costa Rica desde 1824 hasta 1833, dejando a su paso por el Poder la estela luminosa de sus virtudes, y el recuerdo de su nombre vinculado para siempre con la organización y el progreso de la Nación costarricense, que le conceptuó desde entonces y le conceptúa todavía, como un modelo ejemplar de gobernantes beneméritos. Al señor Mora Fernández sucedió en la Jefatura del Estado don Rafael de Gallegos, quien continuó la obra de su antecesor, y acabó, con sus honrados y altivos procedimientos, de afianzar las bases de la vida ciudadana de los costarricenses.

Persistiendo el recuerdo de aquellos gloriosos tiempos, en que el Poder fuera una pesada carga de grave responsabilidad, en vez de don codiciado, pensóse en que un hombre de las cualidades de don Juan Rafael Mora, hábil administrador, sería el llamado a gobernar el Estado, para completar el progreso de éste, y robustecer con el saludable influjo de sus virtudes, el honroso legado de tan esclarecidas tradiciones.

* * *

Mora fué electo vice-Presidente de la República en 1847, y a principios del año siguiente, con motivo de una segunda revuelta promovida en Alajuela, y en ocasión en que él ejercía el poder—por ausencia en la capital del Presidente Doctor don José María Castro—demostró singulares aptitudes y energías para aquel cargo, lo cual le acabó de grangear las generales simpatías de sus conciudadanos.

En 1849, en virtud de la renuncia admitida al Doctor Castro, fué electo Presidente de la República don Juan Rafael Mora, satisfaciéndose con esa elección las más vehementes aspiraciones populares.

Mora gobernante fué la confirmación de la honorabilidad y la competencia de Mora ciudadano ejemplar e independiente; y la historia lo recuerda, a la vez que por sus hazañas bélicas, por sus actos de atinado, progresista y eximio Magistrado.

«Mora, inteligente y progresista—escribe el citado señor Fernández Guardia, en su «Cartilla Histórica»—contribuyó mucho al adelanto del país, que ya comenzaba a recibir valiosa inmigración extranjera. El cultivo del café, cuya semilla fué importada a Costa Rica a fines del siglo XVIII, tomó gran incremento bajo su administración; se construyeron buenos edificios públicos, entre otros el Palacio Nacional de San José, la Fábrica de Licores, un teatro, y se organizó el Ejército. Varios tratados importantes fueron concluidos con naciones extranjeras, especialmente con España, en 1850, por el cual este país reconoció la independencia de Costa Rica, y su calidad de Nación soberana.»

Otro escritor, haciendo análogas apreciaciones del Gobierno del señor Mora, dice: «El 15 de septiembre de 1850 se abrieron las puertas de la Facultad de Medicina y Ciencias legales y políticas. Se creó por

aquellos tiempos el Obispado, se inauguró el 1.º de diciembre el primer teatro, se organizó el alumbrado, se reconoció por España la Independencia, se dibujó el primer plano de la capital, por los señores Colom-bel y Lallier, se proyectó el primer Museo Nacional, se edificó el Palacio de los Poderes Públicos, se inició por los militares la primera caja de ahorros, se estableció el primer Banco; en una palabra, se impulsó al país por la senda de la civilización, y se pusieron grandes cimientos para su porvenir.»

Todo lo cual, aun descartada la exageración que hubiera podido inspirar el entusiasmo, revela que Mora fué un gran administrador; que él, más que ningún otro gobernante costarricense, hizo progresar a su patria, iniciándola en la evolución económica de que se originó su transformación. Por eso es que, si a su antecesor el Congreso le confirió el título de «Fundador de la República,» el pueblo discernió a Mora el dictado aun más exacto y más hermoso de «Creador de ella».

Y el hombre que con tanto tino y probidad supo administrar los intereses de su pueblo, no desconocía ni echaba en olvido los resortes de la diplomacia, y secundado por su ilustrado Canciller—don Joaquín Bernardo Calvo—inició relaciones con las principales potencias del viejo y del nuevo Continente; envió varias legaciones, a cargo de inteligentes costarricenses. Debido a las hábiles gestiones de ellos y a la atinada dirección del Gobierno del señor Mora, éste alcanzó verdaderos triunfos internacionales, siendo el de mayor resonancia el de la erección de la Diócesis, asunto en que habían fracasado los anhelos de todos, desde los del Cabildo de Cartago, que la solicitó inútilmente en 1571, hasta los de don Juan Mora Fernández, que la erigió en 1825, sin obtener la aprobación papal, y los del dictador Carrillo, que no logró ni entablar negociaciones con la Curia Romana para conseguirla. El 1.º de marzo de 1850, como resultado de la misión de don Felipe Molina ante el Vaticano, tuvo lugar aquella erección.

Merced también a la perspicacia de tan distinguido diplomático, Mora pudo orientarse, mucho antes que los otros gobernantes centroamericanos, de los secretos designios del filibustero Walker al acometer la temeraria empresa de invadir a Nicaragua, sabiendo además, de manera indudable, que tal empresa contaba con el apoyo amplio e incondicional de los esclavistas de la Unión Americana.

Poseedor de estos secretos, y comprendiendo la trascendencia que para la suerte de los países del Istmo tendría el entronamiento de Walker en Nicaragua, dió la voz de alerta desde el aparecimiento de la «Falange» en 1855.

Desde aquel momento Mora se transformó; y de pacífico administrador que había sido, se convirtió en decidido guerrero, capaz de los más cruentos sacrificios en defensa de la Patria. Dejó de ser costarricense para convertirse en centroamericano, sublime encarnación del alma que llevara a Morazán al martirio, y que antes y después de éste, ha sido la generadora de las más grandes causas y los más ilustres hechos en Centro América.

A principios de 1856, Mora hizo saber a sus compatriotas el peli-

gro que corría la autonomía nacional, y ante ese peligro el Congreso costarricense le otorgó omnímodas facultades para hacer la guerra a los filibusteros y lograr expulsarlos del suelo centroamericano.

En consecuencia, Mora puso en pie de guerra a Costa Rica, y llevando a la práctica su actitud resuelta, entró en campaña con su famosa proclama de 1.º de marzo de 1856, en la que consignó elevadísimos conceptos, expresión sincera de los más nobles sentimientos.

Breve como la verdad, y enérgica como la justicia ofendida, esa proclama como las del Libertador Simón Bolívar, tendrá que perdurar tanto como el nombre de su autor, pues mientras nuestra conciencia pueda vibrar al acento de los grandes ideales de patria y libertad, aquellos conceptos encontrarán siempre resonancia en ella, y nos servirán, al través de nuestras luchas y vacilaciones, de guía y advertencia en la defensa y conservación de tales ideales.

Al propio tiempo que marchó a la guerra, Mora envió plenipotenciarios a los hermanos gobiernos de Centro América, a fin de que, penetrándose del peligro común, tomaran parte en la contienda contra los filibusteros,

* * *

Harto sabido es el curso que siguió la *Campaña Nacional*.

Mora, resuelto a luchar contra los invasores en cualquiera forma, —con sólo los elementos de Costa Rica, o en combinación con los del resto de Centro América— no esperó el resultado de sus gestiones en este último sentido, y sabiendo que ante un enemigo tan audaz y aventurero como la famosa «Falange» en la tardanza estaba el peligro, rompió desde luego las hostilidades, y el 20 de marzo y el 11 de abril de 1856, libró personalmente en Santa Rosa y Rivas, respectivamente, los dos más reñidos combates de aquella campaña, en que la sangre ciudadana fué el precio de la libertad de estos pueblos.

Las armas costarricenses se cubrieron de gloria en esas dos acciones memorables, y si el triunfo coronó sus heroicos esfuerzos, fué a costa de las vidas de muchos patriotas, entre los que sobresalió, para quedar como eterno símbolo de inmortalidad, el oscuro soldado *Juan Santamaría (El Erizo)* que, sin más esperanza que la salvación de la Patria, reprodujo, con un gesto de heroísmo sin igual, la sublime hazaña de Ricaurte en San Mateo, durante la lucha por la independencia sudamericana.

Mora hubiera continuado entonces la campaña, a no haber sido por la terrible epidemia del *cólera morbus* que se declaró entre sus tropas e invadió a Costa Rica, con tanta fuerza que el mismo vice-Presidente, que ejercía el mando, fué una de sus víctimas, calculándose que el total de éstas llegó a 10,000, lo que arrojó una proporción de mortalidad abrumadora sobre la población de la República, que no pasaba de 112,000 habitantes.

Afortunadamente, las gestiones que Mora iniciara cerca de los gobiernos centroamericanos comenzaron a dar en aquellos días sus favorables resultados, procediendo a continuación los gobiernos de Guatemala y El Salvador, y, algún tiempo después el de Honduras, al envío de sus fuerzas a territorio nicaragüense, para combatir, en combinación con las de Costa Rica, a los filibusteros de Walker, cada vez más ambiciosos e insolentes.

A mediados de 1856 se encontraban ya en Nicaragua los ejércitos de Guatemala y El Salvador, comenzando desde entonces las operaciones combinadas de dichos ejércitos. En noviembre del mismo año entró de nuevo en acción el de Costa Rica, y, en seguida, el de Honduras.

Los combates se sucedieron con su cortejo de desastres y calamidades, y al cabo de ocho o diez meses de gloriosas hazañas, en que la horda filibustera, a imitación del Legionario romano que inscribió en la ciudad enemiga: *Delenda est Carthago*, puso al abandonar a Granada, presa del incendio: *Aquí fué Granada*, y en que los soldados centroamericanos supieron patentizar su amor a la independencia y su levantado espíritu nacionalista; y habiendo asumido, por acuerdo de los cuatro gobiernos aliados, el mando supremo de las tropas el General en Jefe costarricense—José Joaquín Mora, hermano de don Juan Rafael,—se logró estrechar y vencer a los filibusteros, con la capitulación en Rivas, el 1.º de mayo de 1857, del jefe de ellos, el célebre William Walker.

En seguida regresaron los ejércitos centroamericanos a sus respectivos hogares.

El 13 de mayo llegaron a San José los vencedores costarricenses.

Para celebrar sus triunfos «vistióse de gala la ciudad de San José—dice el señor Jiménez—el día 13 de mayo de 1857, como si presintiese que en toda esta centuria (la XIX) no habría en Costa Rica, día de mayor y más merecido júbilo.»

El día anterior, en la Garita del Río Grande, los valientes defensores de la autonomía de Centro América habían recibido el abrazo fraternal con que los acogiera su ilustre Presidente, señor Mora.

He aquí como describió aquella fiesta del patriotismo una publicación de la época:

«Los soldados ya no marchaban a pie. Siendo la mayoría propietarios, sus familias les habían llevado caballos para que descansasen de las fatigas del camino, y millares de personas los seguían y agasajaban.

La carretera estaba adornada desde media legua antes de entrar a la capital, con arcos, palmas, árboles improvisados, flores y banderas. Las calles, cubiertas con el ejército nacional tendido en la carrera, desde la entrada hasta la plaza principal, se veían llenas de arcos, de letreros alegóricos, de adornos pintorescos, flotando por doquiera el pabellón nacional,—ese pabellón más hermoso y más querido a nuestros ojos,—caujadas de una multitud de gente, de un pueblo que saludaba con viva emoción a sus vencedores. Todo, todo presentaba un espectáculo brillante y conmovedor.

Al llegar al arco del Palacio las señoras y niñas graciosamente vestidas, arrojaron desde los balcones flores, ramilletes y coronas sobre

el General en Jefe y sus valientes soldados. Los gritos de ¡Viva el Presidente! ¡Viva el General Mora! ¡Viva el General Cañas! Viva Costa Rica y sus valientes hijos!, se repetían y se confundían con los vítores a los generales aliados y a la unión, la paz y libertad de Centro América! ¹

* * *

La gloria de Juan Rafael Mora había llegado a su apogeo.

Su nombre alcanzó fama mundial, y en todas partes se citaban sus hazañas y su carácter como los de un hombre extraordinario. La Asamblea de El Salvador le declaró «Benemérito de la Patria» y el Congreso de Costa Rica le discernió el título de «Capitán General.» Varias condecoraciones extranjeras le fueron enviadas también.

Sus compatriotas, llenos de gratitud y en recompensa de los beneficios que de él recibieran, le renovaron su mandato, eligiéndole para un tercer período presidencial a principios de 1859.

Mas, si el pueblo y la generalidad de los hombres de valía estaban con Mora, no lo estaba un pequeño grupo de «especuladores ricos, que formaban una oligarquía y eran enemigos declarados de su gobierno, quienes se aprovecharon» de fútiles pretextos para promover la revuelta contra el esclarecido gobernante.

La historia de siempre, en nuestras incipientes democracias: los intereses de círculo oponiéndose al bien general: las medianías, la plutocracia, los hombres del tanto por ciento y sin escrúpulos, anulando la acción de un patriota de espíritu superior.

En el ejército no faltaron pretorianos en quienes encontraron eco los planes contra Mora, y, sin medir la trascendencia y la criminalidad de la empresa, se prestaron para llevar a la práctica tan odiosos planes, en los que aparecieron enrolados familiares de! mismo Mora.

El 14 de agosto de 1859 los coroneles Máximo Blanco y Lorenzo Salazar, jefes de los dos cuarteles de San José, se pronunciaron contra el gobierno constituido, y ante esta manifestación de la fuerza bruta y criminal, Mora tuvo que resignar el mando y tomar el camino del ostracismo.

Un hermano político del señor Mora—el Doctor don José María Montealegre—fué proclamado Presidente, y aunque se trató de revestir de la legalidad constitucional al nuevo Gobierno, la opinión pública, la opinión de los hombres de conciencia y amantes de los procedimientos honorables, continuó en favor de Mora, cancelándose su caída como un verdadero infortunio para Costa Rica.

El ilustre ex-Presidente se refugió en el El Salvador, hospitalaria tierra donde a la sazón soplaban en la política vientos centroamericanis-

1 Crónica de Costa Rica, 1857.

tas con la subida a la Presidencia del conocido unionista Gerardo Barrios.

En El Salvador el señor Mora se dedicó al fomento de cuantiosas empresas agrícolas, y durante el corto tiempo que residió allí promovió el ensanche y el progreso del cultivo del café, comprometiendo en varias siembras del preciado fruto, buena parte de su propio capital.

Las atenciones de empresario agrícola no le impidieron, sin embargo, pensar en la patria ausente, y hasta su aislamiento de emigrado llegaban los clamores de sus partidarios pidiendo su regreso; clamores a que Mora no fué indiferente, y habiéndose verificado algunos levantamientos populares a su favor, y merced al último efectuado en Esparza, a cuyo frente apareció don Ignacio Arancibia, quien se apoderó de Puntarenas, Mora desembarcó en ese puerto el 16 de septiembre de 1860, con alguna fuerza y elementos de guerra conseguidos en El Salvador.

Este fué el gran error y el delito de Mora.

El, que según se asegura, no quiso aceptar los elementos que para su restauración en el poder le ofreciera el Presidente Buchanan, aceptó, y acaso solicitó, los de un gobierno centroamericano, juzgando sin duda que por serlo no cometía con ello ningún acto proditorio. Olvidó que nuestra decantada fraternidad se convierte en odio implacable cuando los intereses de la política andan de por medio

La revolución se localizó en Puntarenas, y al gobierno del señor Montealegre le fué fácil sofocarla, no obstante la popularidad de Mora y los heroicos esfuerzos del General Cañas y demás valientes que le acompañaban.

Mora, Cañas y Arancibia fueron hechos prisioneros, y ejecutados el 30 de septiembre de 1860.

«Esta ejecución sumaria y terrible—dice el señor Fernández Guardia—fué hija de las pasiones políticas, de los intereses y odios personales, y aunque conforme a la ley, no ha sido sancionada por el juicio imparcial de la posteridad. El pueblo de Costa Rica venera la memoria de Mora y de Cañas, y recuerda con profunda gratitud los eminentes servicios prestados por estos dos grandes ciudadanos a la patria, en los momentos más difíciles de su existencia.»

Así es, y así tenía que ser, en efecto.

Costa Rica y Centro América no podrán olvidar jamás que a Mora se debió en 1856 y 1857 la salvación de su independencia: no podrán olvidar tampoco, por un solo y explicable error, toda una larga vida de virtudes y esclarecidos merecimientos.

Por el contrario, en esta hora de reflexión, en que entrando al terreno de las «liquidaciones,» la historia hace justicia al Héroe, el recuerdo de su muerte, de su fusilamiento, en vez de amenguar, enaltece su personalidad, pues aparte de que esa muerte no aparece justificada, ella es un timbre más de gloria para aquél, ya que el sacrificio, que es el lote de las almas grandes, es para las figuras históricas lo que más las consagra en la inmortalidad.

Prueba evidente de tales verdades son los festejos que para Mora se preparan en San José de Costa Rica, como expresión elocuente del

sentimiento nacional, y la entusiasta y general simpatía que esos festejos han despertado en los otros países de Centro América, en donde, tanto como en su propia patria, se aprecian y se estudian las relevantes y excelsas prendas del probo y eximio gobernante e insigne Libertador.

FRANCISCO CASTAÑEDA

Marzo, 1914.

Páginas de Historia

Lígero esbozo de la vida de don Juan Rafael Mora

Fragmento

Don Juan Rafael Mora nació el año de 1814. Fueron sus padres don Camilo Mora y doña Ana Benita Porras, ciudadanos acomodados; pero este último honrado patricio, debido a su absoluta buena fe en el comercio, murió casi insolvente, dejando sin recursos a una numerosa familia, compuesta además del hijo mayor, que lo era don Juan Rafael, de don José Joaquín, que después fué general en jefe de los ejércitos centroamericanos en Rivas; de don Miguel, y de siete mujeres, todas acostumbradas a una vida holgada y confortable. Veintiún años tenía don Juan Rafael cuando perdió a su padre, y aquí comienza a exhibir el futuro Presidente una de tantas virtudes que lo hicieron tan querido y popular. El joven comerciante había logrado acumular en el negocio en pequeño a que se dedicaba, una mediana fortuna. Así es que la sorpresa de los acreedores del difunto don Camilo fué grande cuando se presentó el adolescente don Juanito (que así se le comenzaba a llamar) en la reunión que para dividirse los bienes de su deudor celebraban, y les manifestó que él venía a pagar todas las deudas del difunto, y que les prohibía que tocaran una sola silla que hubiera pertenecido a su padre. En efecto, satisfizo al contado lo que pudo, y lo que no, lo arregló a plazos, constituyéndose único deudor y dando brillantes garantías. Desde ese momento el joven Mora fué el jefe adorado de toda su familia. A fuerza de trabajo ímprobo, y favorecido por la fortuna, pronto llegó a ser uno de los hombres más ricos del país; lo cual logró conseguir viajando con grandes peligros, en miserables buques de vela y cambiando el oro que producían nuestras minas, por mercancías que iba a buscar a Francia, Chile, el Perú, Panamá y los Estados Unidos. En 1848 era el agricultor más en grande de Costa Rica, pues que pudo cosechar de sólo su finca de café de Pavas, hacienda Francfort (en donde posteriormente se firmó el célebre decreto de *Francfort* disolviendo las cámaras

legislativas), siete mil quintales de ese fruto; y como comerciante, lo era tan en grande, que en ese mismo año exportaba para Inglaterra y Francia, en compañía de don Vicente Aguilar, treinta mil sacos de café. La fortuna de esa casa comercial que se titulaba «Aguilar y Mora», era tan fuerte y tan saneada, que pudo resistir sin suspender sus pagos a la catástrofe que arruinó la agricultura ese año, la caída de Luis Felipe, Rey de los Franceses, acontecimiento que produjo una baja tan desastrosa del café, que los treinta mil sacos de la compañía Mora y Aguilar fueron vendidos a catorce francos el quintal; es decir, que con ese precio no pudieron pagar ni el flete del cargamento. Comprado aquí a ocho pesos, término medio, el quintal, y agregando los gastos de exportación, etc., etc., les costaba más de diez y ocho pesos el saco de cinco arrobas. La pérdida fué, pues, de más de cuatrocientos cincuenta mil pesos oro.

Sin embargo, la casa resistió a tan terrible golpe.

El joven Juan Rafael Mora había jurado hacer las veces de padre, no sólo de sus nueve hermanos, sino aun de los hijos de sus hermanos. Por esa razón, el que estas líneas escribe, que era hijo de doña Mercedes Mora, la mayor de las hermanas que murió a la edad temprana de 19 años, en 1843, dejando tres hijos pobres y desvalidos, pues ya eran huérfanos de padre desde 1838, fueron recogidos, alimentados y educados por el generoso joven que no se cansaba de hacer sacrificios por los suyos. Uno de esos esfuerzos sobrehumanos fué el haber resistido por mucho tiempo al invencible poder de Cupido, pues una vez estuvo enamorado y bien correspondido de una de las lindas y buenas hijas de este país, tan fértil en bellezas de esa clase; mas cumpliendo el juramento que había hecho de no casarse, para no dar una madrastra a sus protegidos, y que sólo formaría una nueva familia cuando hubiera establecido a todas sus hermanas, permaneció soltero. En 1847 todos sus hijos e hijas adoptivos (con excepción de una, que era paralítica) se habían casado bien; por tal razón satisfizo ese año los impulsos de su corazón, enlazándose con la buena, instruida y entonces bella joven, doña Inés Aguilar y Coeto, hija del ex Presidente de Costa Rica don Manuel Aguilar.

En 1849, en noviembre, una conmoción popular causó la caída del Doctor Castro del Poder. Don Juan Rafael Mora, en su calidad de Vicepresidente de la República, lo sustituyó según así lo disponía la Constitución, concluyendo el período comenzado por su antecesor, y continuó en el mando por elección libre del pueblo en 1853.

En ningún período de nuestra historia hemos tenido una época tan tranquila y feliz, como la que gozamos de 1850 a 1856; año en que la guerra exterior contra Wálker, el cólera y las revoluciones inauguraron ese calvario porque ha pasado Costa Rica, y que aun continúa haciéndonos sentir sus desastrosas consecuencias, con raros y cortos lúcidos intervalos de bonanza y ventura; esto a pesar de los esfuerzos de todos los buenos hijos de esta tierra que han ocupado la silla presidencial después, casi todos más o menos bien intencionados; algunos mal servidos por la suerte y la fatalidad; otros ayudados e impulsados por la diosa casualidad, y dichosamente todos, por su amor a la patria común.

No tratamos de escribir la historia de don Juan Rafael Mora. Nos



Campo glorioso de Santa Rosa, y casa donde se alojó el Estado Mayor.

hemos propuesto trazar solamente un ligero esbozo de los rasgos más notables de su corta existencia, que servirán para la inteligencia de los artículos que en este libro coleccionamos, y que serán la cadena que enlazará unos acontecimientos con otros.

Concluiremos, pues, esta relación preliminar, haciendo recordar al lector: que después de terminada la campaña de Nicaragua, Mora se ocupó solamente en restañar las heridas nacionales, procurando aliviar a las víctimas de la guerra y de la peste. Su reelección para el período de 1859 a 1865, perdió a Mora e infundió ánimo en los opositores para organizar una revolución, la del 14 de agosto de 1859, con la que puso fin a su paternal administración.

Una ligera relación de ese atentado nos servirá de punto de partida para que el lector comprenda el encadenamiento que tienen entre sí las diferentes publicaciones hechas con el título de Páginas de Historia. Apuntes para la Historia, Secretos de la Historia, etc., etc.

Los numerosos impresos que en aquella época vieron la luz poco nos enseñan, y no merecen crédito alguno porque de ambos lados la pasión política velaba u ocultaba del todo la verdad. Tiempo es ya de entrar en las serenas estepas de lo cierto y lo inevitable. ¿Qué ganaríamos con tergiversar los hechos o disfrazarlos, ante una posteridad que no tendrá la más ligera idea de nosotros, pasajeros gusanillos fosfóricos, que apenas poseemos la luz que necesitamos para no llegar a oscuras a la fosa que guardará nuestros huesos?

14 de agosto

Era el 14 de agosto de 1859. Las cuatro de la mañana sonaban en el reloj de la Catedral. Yo dormía profundamente en mi cuarto de la Avenida 3.^a Fuertes golpes en la puerta de la calle me despertaron, y una voz desconocida me llamaba y decía:—Levántese don Manuel: don Juanito el Presidente ha sido llevado preso a la Artillería.

¡¡Era aquello una horrible pesadilla! Así lo pensé un momento; pero luego oí pasos acelerados en la calle, gente calzada que corría y ciertos ruidos insólitos a aquella hora matinal. Me vestí y salí a la calle. La ciudad aun estaba a oscuras. En un instante me puse en la casa del Presidente.

Llanto y tristeza de la señora de Mora, doña Inés, y de los niños. Allí supe cómo el militar Sotero Rodríguez, al frente de una escolta, se había presentado a las 3 ½ de la mañana y había hecho despertar al señor Mora, diciéndole que había un desorden en el cuartel de Artillería, y que sólo su presencia podía calmarlo. Don Juan Rafael Mora no sospechó ni un solo momento que Rodríguez lo engañara. Apenas se puso unos pantalones, y en mangas de camisa salió al salón para hablar con el mensajero de desgracias. Se acercó a él pidiéndole informes, y éste le puso la mano en el hombro y quiso arrastrarlo hacia la calle, ayudado por unos soldados. En ese momento se acercó a Mora un sirviente español que le era muy adicto y le llevó un revólver, empuñan-

El 13 de setiembre desembarcamos en la Metrópoli Americana. Nos hospedamos en el hotel San Nicolás, donde nos fatigaron los repórters de los periódicos. La revolución consumada en San José el 14 de agosto, con todos sus detalles, la hicieron conocer al público americano varios diarios, entre otros, el *World*, el *Herald*, etc., etc.

En mi artículo *Secretos de la Historia* relato lo más interesante de nuestro paso por los Estados Unidos.

* * *

Don Juan Rafael Mora volvió al Salvador en diciembre y se dedicó a cultivar en grande el café, industria enteramente desconocida en ese país en aquella fecha. También hizo grandes plantaciones de tabaco, mejorando el sistema de beneficio, que allí encontró muy primitivo.

El General Cañas en su destino de jefe del ejército, se hizo inmensamente popular. En el Salvador tenían muchos motivos para hacer de Cañas un semidiós. Lo primero, porque él nació en Suchitoto, y era por consiguiente salvadoreño; segundo por su gloriosa campaña de año y medio contra Wálker en Nicaragua; tercero porque habiendo militado con Morazán, se le tenía como una hechura de ese jefe adorado; y finalmente, porque el viejo Cañas era verdaderamente simpático y digno del general aprecio: generoso, valiente, pródigo y amigo del género humano.

Más de seiscientas personas siguieron a los proscritos costarricenses; así es que el motín del 14 de agosto fué una gran fortuna para la República del Salvador, porque obligó a muchos de los nuestros a trasladar sus familias, sus capitales y sus industrias a esa hospitalaria nación.

MANUEL ARGUELLO MORA

(Del libro *Páginas de Historia*)

Don Juan Rafael Mora

El señor don Juan Rafael Mora vió la primera luz en San José de Costa Rica, el 3 de febrero de 1814. Hijo de uno de los negociantes de mejor posición de su tiempo, hizo su carrera en el comercio y se conquistó lugar preeminente por su influencia en los negocios y por su carácter generoso y amable.

La primera vez que apareció el señor Mora figurando en la política fué cuando, por la renuncia que se vió obligado a presentar el

Vicepresidente don José María Alfaro, después de los sucesos de setiembre de 1847, recayó en él la elección para aquel puesto, declarada el 13 de noviembre del mismo año.

Ejercía el Poder don Juan Rafael Mora como se dijo en otro lugar, cuando estalló en Alajuela una conspiración, a la cabeza de la cual aparecieron los señores don Juan Alfaro Ruiz, don Benito Rojas y don Pedro Saborío, a cuyo efecto se habían apoderado de unas armas que venían de Puntarenas a San José. La intentona no se dirigía especialmente contra Mora; la revolución estaba preparada con anterioridad y tenía por objeto un cambio en el personal del Gobierno.

Inmediatamente el señor Mora dictó todas las disposiciones conducentes al restablecimiento del orden y destacó una fuerza sobre Alajuela, obrando con tanta actividad, que al siguiente día en la tarde la ciudad fué ocupada, después de haber desalojado al enemigo de sus posiciones en Río Segundo, Los Molinos, Las Ciruelas y El Arroyo.

En la lucha perecieron el Coronel don Simón Orozco, (jefe de las fuerzas del Gobierno) y 30 individuos más de ambas partes.

El señor Mora dispuso honras fúnebres a la memoria del señor Orozco, puso bajo la protección del Estado a su hijo unigénito don Leonidas Orozco y pensionó a su viuda y la de don Santiago Genovés, que había muerto a consecuencia de una herida en la misma campaña.

El Presidente de la República regresó inmediatamente. El señor Mora le entregó el mando y continuó en sus ocupaciones habituales.

«El Presidente y el Vicepresidente no estaban de acuerdo en todos los ramos de la administración.

«El Doctor Castro y don Juan Rafael Mora no veían del mismo modo la política interior de Costa Rica, ni los asuntos centroamericanos, ni la manera de dirigir las Relaciones Exteriores.

«El Doctor Castro tenía un gran número de enemigos políticos; pero tenía también un poderoso círculo de amigos que con sus incesantes y repetidas alabanzas lo perjudicaban.

«Mora era un comerciante que había tenido contacto con todas las clases de la sociedad; un hombre agradable por su educación y simpático por naturaleza.

«En calidad de comerciante y de introductor de mercaderías, había servido a mucha gente y contribuido a que muchos pobres se hicieran ricos.

«Perteneía a una familia extensa, ramificada y entonces muy unida.

«Mora no había concurrido a las universidades ni obtenido títulos académicos; pero tenía un talento claro y una penetración asombrosa.

«No pronunciaba extensos discursos; pero cuando tomaba la palabra en público, tocaba el corazón de los asuntos con maestría.

«El círculo del Doctor Castro veía a Mora como un poderoso competidor del Presidente y procuraba no sólo no ensalzarlo, pero ni aun hacerle la justicia estricta a que era acreedor.

«Don Juan Rafael Mora se hallaba en el poder cuando estalló la última revolución en Alajuela.

«El Vicepresidente con sólo 200 hombres en un día restableció el orden.

«Sin embargo, el Congreso casi no se ocupó de Mora. Todos los honores que tributaba eran al Doctor Castro.

«Don Juan Rafael Mora, no por esta manera de ser tratado, sino porque no estaba de acuerdo con el Presidente en la política militante, renunció y la renuncia le fué admitida».

Se procedió a la elección de Vicepresidente y no habiendo obtenido ninguno de los candidatos el número de votos necesarios, según la ley, se repitió la elección, y ésta recayó en el señor don Manuel José Carazo.

La época era tempestuosa, se agitaban los ánimos y ocurrieron nuevos trastornos promovidos en Heredia y Alajuela, durante los meses de setiembre y octubre de 1849.

Pasados aquellos movimientos el señor Carazo puso su renuncia y se separó de la Vice-Presidencia en virtud de habersele admitido el 25 de octubre de aquel año.

Algunos días después el Doctor Castro presentó también su renuncia y le fué admitida el 16 de noviembre siguiente, encargándose del Poder Ejecutivo el Representante señor don Miguel Mora.

El mismo día 16 el Congreso declaró popularmente electo Vicepresidente de la República al señor don Juan Rafael Mora y dispuso que tan pronto regresara a la capital de donde estaba ausente, tomase posesión de su destino con la debida solemnidad, lo cual se verificó el 23 del propio mes de noviembre.

Practicadas que fueron las elecciones para Presidente de la República, don Juan Rafael Mora obtuvo nueva prueba de la estimación y alto aprecio con que le distinguían sus conciudadanos, quedando electo popularmente para el período que debía terminar el 30 de noviembre de 1853. La elección de Vicepresidente, practicada un poco después, recayó en el señor don Francisco María Oreamuno.

El Gobierno del señor Mora comprende, sin duda, la época de mayor progreso alcanzada por Costa Rica hasta entonces, y es sin duda, el período en que el movimiento general del país se ha caracterizado mejor, por su actividad en todas las esferas de la administración pública.

En memoria de esos tiempos quedan consignadas las primeras líneas del pequeño prólogo de esta obra, y en diferentes partes de ella se hacen referencias a los adelantos que promovió y llevó a término.

Gobernaba don Juan Rafael Mora cuando, a causa de los acontecimientos interiores de Nicaragua, el filibustero William Wálker, que dominaba ya en aquella República, amenazaba apoderarse de Centro América. Mora llamó a ejercer el Poder Ejecutivo al Vicepresidente señor Oreamuno, como ya se dijo, y cambió las comodidades y los halagos del hogar, por las fatigas de la campaña y los desconocidos peligros de la guerra. La lucha principió y las armas de Costa Rica bajo las órdenes del señor Mora, se cubrieron de gloria desde los primeros ataques, librados dentro de su mismo territorio, de donde se desalojó inmediatamente al enemigo.

La campaña se llevaba adelante; las fuerzas costarricenses con impulso que los enemigos no pudieron resistir, habían conquistado sus posiciones y dominaban hasta Rivas, cuando a causa de haberse desarrollado el cólera en Nicaragua y de haberse infestado aquella ciudad, el ejército tuvo que retirarse precipitadamente.

Esto ocurrió en 1856.

La campaña continuó en 1857 después de haber sufrido el país los estragos de la peste y de haber perdido en ella cerca de 10,000 habitantes.

Aquella guerra sostenida a costa de sacrificios cruentos, significaba el más noble de los esfuerzos de un pueblo, que acude en auxilio del hermano y mezcla con él su sangre en defensa de la más santa de las causas.

Los prestigios del Ejército de Costa Rica se extendieron en toda la América Central y valieron al General costarricense don José Joaquín Mora, hermano del Presidente, los honores del mando en jefe de los ejércitos centroamericanos, aliados contra Wálker.

Don Juan Rafael Mora no asistió a la segunda campaña. Asuntos interiores demandaban su presencia en el país, y no estimó oportuna entonces su separación del Gobierno.

La victoria coronó los esfuerzos de los centroamericanos y aseguró la independencia de la patria común; a lograr ese grandioso fin habían contribuido en primer término los costarricenses, con su larga campaña por tierra y con la toma de los vapores filibusteros, que alimentaban por el río San Juan y Lago de Nicaragua, la tenaz resistencia de los usurpadores.

La popularidad del Presidente Mora llegó a ser tan grande, que hasta hoy no ha tenido este país ningún otro de sus hombres públicos que haya gozado de un prestigio mayor. Pero también tenía opositores su gobierno, y más de una vez se vió precisado a tomar medidas enérgicas para sostener el orden establecido.

Causas que no es oportunidad de exponer, fueron agrupándose hasta formar un círculo respetable de oposición.

Se conspiró, y con el apoyo de los Comandantes, Generales don Lorenzo Salazar y don Máximo Blanco, el 14 de agosto de 1859, en la madrugada, fué desconocido en San José, el Gobierno del señor don Juan Rafael Mora, y proclamado Presidente de la República el señor Doctor don José María Montealegre, hermano político del señor Mora.

Llegaba para el ex-Presidente la época de la proscripción. Retirado de su patria viajó por varias partes, y, por último, organizó en 1860, en la República del Salvador, una expedición armada, con objeto de restablecer su gobierno desconocido en el año anterior.

Aunque los conatos de revolución del señor Mora habían sido incesantes después del 14 de agosto, ya regía entonces la Constitución de 1859, sancionada por el Gobierno de Montealegre, y según esa ley fundamental, estaba organizado el país.

No fué bastante a sostener la causa del señor Mora, el pronunciamiento de varios pueblos y el gran número de sus partidarios. La revo-

lución quedó circunscrita a Puntarenas y la toma de la trinchera de Angostura decidió el triunfo del Gobierno.

En cumplimiento de sentencia de un consejo de guerra, el 30 de setiembre de 1860, don Juan Rafael Mora había dejado de existir.

JOAQUÍN BERNARDO CALVO

De la obra *Apuntamientos geográficos estadísticos e históricos*, compilados y arreglados por Joaquín Bernardo Calvo. San José de Costa Rica. Imprenta Nacional. 1887.

El Gran Caudillo

Juan Rafael Mora

No se puede evocar el nombre de Mora sin que acuda a la memoria el tiempo aciago, pero glorioso, de la Campaña Nacional. Se le ve erguirse altivo clamando en nombre de la independencia de Centro América, llevando en la mano el pendón de la libertad y enfrentando a los tiradores americanos, su ejército bisoño de campesinos; pero campesinos animados por el santo amor de la patria y enardecidos por las sin-ceras y entusiastas proclamas de su Jefe.

Sobre sus administraciones prósperas, en que se ve al progreso adueñarse del país, en que surgen por todas partes los edificios y se piensa en el primer ferrocarril; en que se fomenta la agricultura y se protege el comercio; en que se levantan refugios para el desvalido y templos para el saber; en que se amplían las leyes y se depuran las costumbres; sobre todo ese campo luminoso, que viene a servir de áureo marco, se levanta el patriota, el centroamericano, el hombre que sacude con férreo brazo la cadena de una afrentosa dominación. Su palabra vino a turbar en los campos la labor del cultivo; el pueblo pacífico sintió que le llamaban a la Guerra. Todos los ojos se volvieron hacia aquel perturbador de la paz, para interrogarle con mirada amenazadora; pero al ver en su rostro pintada la nobleza, al comprender que no se trataba de estériles conquistas, ni la satisfacción de locos deseos, sino de la defensa nacional, de la salvación del país, todos estuvieron a su lado listos para luchar, y comenzó esa serie de victorias iniciadas con la de Santa Rosa y que son timbres de alto honor en la historia de Costa Rica.

Don Juan Rafael Mora nació en San José, el 8 de febrero de 1814 y, como su padre, se dedicó al comercio en que fué siempre respetado por su probidad y honradez.

En aquellos buenos tiempos en que todos eran servidores de la patria, en que no había ni políticos de oficio, ni egoístas indiferentes a las



Monumento al Héroe Juan Santamaría

cosas públicas, le tocó como al resto de sus conciudadanos importantes, desempeñar papel en el Gobierno. Electo Vicepresidente en 1847, cupole en suerte servir la Presidencia, por hallarse fuera de la capital el primer Magistrado, en momentos bien difíciles, cuando una revolución surgió en Alajuela para derrocar el Poder constituido. En esta ocasión mostró entereza y dotes muy especiales de mando.

Una elección popular y casi unánime lo llevó a la primera Magistratura del país el año 1849, y dió principio a su brillante administración. Se instaló la facultad de Medicina y ciencias legales y políticas y con tal motivo el señor Presidente dijo:

«Si mi débil voz no careciese de autoridad y de fuerza, yo la emplearía en este día solemne para inclinar a mis jóvenes compatriotas a los estudios de las ciencias mencionadas (Médicas y Legales) y al estudio en general, como la base de los grandes bienes que debe producir la independencia, cuyo aniversario celebramos hoy.»

En efecto, el día 15 de septiembre de 1850 se abrieron las puertas de tan importante institución.

Se creó, por aquellos tiempos el Obispado, se inauguró el 1.º de diciembre el primer teatro, se organizó el alumbrado, se reconoció por España la independencia, se dibujó el primer plano de la capital, por los señores Colombel y Lallier; se proyectó el primer Museo Nacional, se edificó el palacio de los poderes públicos; se inició por los militares la primera caja de ahorros; se estableció el primer Banco; en una palabra, se impulsó el país por la senda de la civilización y se pusieron grandes cimientos para su porvenir.

Entretanto llega la época gloriosa a que nos hemos referido al principiar este trabajo. Wálker amenazaba a Centro América y Mora se presta para salvarla. El éxito corona la obra del Presidente de Costa Rica y la gloria circunda su cabeza con el viejo olivo que ciñe la frente de los ungidos de la suerte.

En 1859 una conspiración, con el apoyo de los Comandantes Generales D. Lorenzo Salazar y D. Máximo Blanco, dió en tierra con el Gobierno de Mora.

El año de 1895, la Administración de D. Rafael Yglesias Castro, cumpliendo con un deber de justicia, al descubrirse el Monumento Nacional, puso sobre el pecho de don Camilo Mora, hijo del gran patriota, una medalla. Fué una feliz interpretación de los sentimientos de Costa Rica y de Centro América toda; fué un justo tributo ofrendado a la memoria del que supo, luchando por una gran causa, conquistarse la admiración y el cariño de los hombres de corazón, enamorados de la libertad y turiferarios ciegos de la patria.

MÁXIMO SOTO HALL

Párrafos de un discurso

del Doctor don Antonio Zambrana

pronunciado en la noche del 1º de mayo de 1895, en el Salón del Congreso Nacional

SEÑORAS Y SEÑORES:

El 1º. de Mayo es un símbolo indeleble en la historia de Centro América: un día marcado con luz en los fastos de Costa Rica. En ese día quedó virtualmente terminada la campaña de la independencia centroamericana, por más que la obstinación insolente del invasor extranjero hubiera de atraer sobre su cabeza el castigo harto merecido de 1860. El día 1º. de Mayo de 1857 salía de Rivas para volar por todas partes, lanzada por cierto por una mano costarricense, la buena nueva de la victoria decisiva, y es imposible que no recordéis con júbilo inmenso y con sentimiento de legítimo orgullo el acontecimiento memorable. Por lo que en aquellos días se hizo, por la sangre por vuestros padres vertida, por su indiferencia hacia la muerte, por ellos heroicamente desafiada, por privaciones y dolores cuyo recuerdo hace palidecer, por su ingente ánimo, por su empeño vigoroso, por su resolución inquebrantable, por el pecho firme que opusieron, como muro no tomado, al paso del conquistador, sois ahora un pueblo, una sociedad que vive por sí, un grupo humano que tiene personalidad y nombre propio: suerte envidiada por otros sin ventura, destino en realidad grande y hermoso. No fué aquella una de esas guerras que llenan con estrépito el mundo, notable por los grandes ejércitos que pelean, por el lago de sangre que dejan a su paso; no hay en ella nombres como Austerlitz y Marengo, o como Solferino o Sadowa; recuerda, empero, otras que tienen página más brillante y leída en el libro de la Historia que todas las campañas napoleónicas, las hazañas de las diminutas repúblicas griegas cuando fueron asaltadas por el Asia: vosotros tenéis vuestro Maratón y vuestra Salamina, tenéis un recuerdo nacional glorioso que hace pensar en el desfiladero de las Termópilas. ¿Qué importa, en realidad, el número de los combatientes y el fragor de las armas? Para fijar el valor humano del suceso, lo que hay que establecer es el carácter de la lucha, la causa de la pugna, las virtudes de los que combatieron, el resultado que pendía de la victoria. Lucha de menor tamaño fué la de los Horacios y Curiacios, que ha inmortalizado la Historia; luchas análogas en el tamaño a la vuestra son las que dibujó en mármol indestructible el estilo de Homero. Soldados fueron los vuestros de la libertad y la justicia; la falange de la patria; el regimiento que bastó para afirmar en América la independencia de nuestra sangre, el derecho de posesión de nuestra familia, un grupo, sí, pero un grupo de leones; día es este que conmemoramos en que, por lo mismo, debéis traer ante el pensamiento la imagen de aquellos soldados humil-

des, de aquellos próceres modestos, de aquella democracia sin oropeles, de aquellas costumbres sin vicio, de aquel heroísmo sin arrogancia, de aquel pueblo sencillito, valiente, laborioso y honrado,—oportunidad, escenario y personal del drama patético y solemne, que dejó, en su desenlace, alta y bordada de laurel vuestra bandera, limpio de extraña opresión el patrio suelo, cimentada entre vosotros la tradición gloriosa de que la tempestad de la guerra barriendo o incendiando los hogares, la casa sin hijos, la colmena sin abejas, los pensiles sin flores, los pequeñuelos huérfanos, las doncellas sin novio, la madre anciana sin amparo, el veneno de la peste unido a la segur de la batalla, el campo abandonado, la cosecha perdida, la semilla seca y aventada, el hospital lleno de enfermos, la llanura llena de tumbas, los sobrevivientes inválidos o heridos, el ahorro gastado, la caja de la Nación vacía, los caminos sin componer, el taller cerrado, la escuela sin maestros y sin discípulos;—la tradición gloriosa de que el desastre y la muerte, el suicidio de un pueblo, toda desgracia sin excepción es preferible a la vileza del extranjero despotismo.

Como amigo de Costa Rica y como devoto de los ideales excelsos que alumbran la marcha de la Historia, entiendo que es buena obra la de señalar las grandes líneas que marcan el cuadro de los sucesos a que me refiero, para que obtengamos juntos las lecciones que de su contemplación resultan. ¡Y cómo no habría de ser provechoso retemplar el alma en aquella fuente pura de democracia sincera, de heroísmo altivo y de patriotismo fervoroso! Creo que volviendo la vista hacia aquellos tiempos y hacia aquellos hombres, experimentaréis, como yo, la delicia que suele gozarse,—y aun este placer es más intenso, elevado y fecundo,—la delicia que se goza ante los grandes monumentos del arte y ante los grandes espectáculos de la Naturaleza, porque los prodigios de las artes del dibujo, los restos de los templos clásicos, los mármoles de un Miguel Ángel o de un Canova, las pinturas de un Rafael o de un Correggio y aun los poemas de un Milton o de un Goethe, la música misma de un Beethoven, la Aurora que atraviesa con rayo de oro el velo de sombras de la noche, o el mar moviendo las gigantescas olas hasta romperlas en la orilla, producen goces menos grandiosos y menos sugestivos que la realización de lo bello y de lo sublime, hecha a través de la miseria humana, en el oleaje de la Historia, que la encarnación de lo ideal en la realidad, que la transfiguración de los egoísmos, de las cobardías y de las concupiscencias que forman el espectáculo ordinario de la vida, en las abnegaciones generosas, en los hermosos atrevimientos, en los nobles martirios; que si lo bello siempre eleva, no hay hermosura que se equipare en lo eficaz y trascendente a la moral belleza, no hay trozo de piedra convertido en estatua soberbia que pueda compararse a la colonia Norte-Americana alcanzando la potencia más alta de su expresión en las virtudes de un Washington, a la colonia Hispano-Americana levantándose hasta la altura de un Bolívar; no hay página de catecismo, ni prédica elocuente, ni horizonte dilatado, ni levante de estrella, ni milagro de arte que fortifique y restaure las fuerzas de la voluntad para el bien, como la contemplación en la vida, de un hombre o de un pueblo que atraviesa la calle de la Amargura llevando sobre los agobiados hombros la cruz de

su heroico, voluntario sacrificio; de una generación que se abre las venas para librar a su descendencia del yugo de la esclavitud; de una sociedad humana que azotada por el infortunio se lanza intrépida, como la de vuestros padres, a las cimas del patriotismo y del valor; mansa, humilde y plebeya hasta el día antes, se viste la armadura del adalid y se calza la espuela de la caballería; pacífica hasta entonces, corre al encuentro de la muerte; holgada, se familiariza con la miseria; de vida luenga, robusta y bien entretenida, desata sobre su cabeza la podredumbre y el estrago de la peste; de manos usadas a manejar sólo la azada y el arado, empuña la clava, y sin cansancio, sin vacilación y sin miedo sube, a la postre, a la cúspide de la victoria, y aparece ahora, en el panorama de las tradiciones, en la perspectiva del recuerdo, rodeada de los signos que atestiguan la grandeza de su condición: rota en sus manos la tajante espada, desgarrado el traje, pálido y manchado de pólvora el rostro varonil, deshilachada a lo largo del asta la bandera querida; pero caída a sus plantas la cadena que se había forjado para ella, altiva y fulgurante la mirada, vestida con los esplendores de la gloria y sellada sobre la frente con la marca que el martirio por la libertad coloca en las sienes de los rendedores, escribiendo con su sangre, en las páginas de la Historia, la sentencia de Tácito: no hay fuerza extraña capaz de reducir a servidumbre las naciones; son la cobardía y el menguado carácter de los pueblos lo que lo sujetan a la mutilación y a la ignominia, a la degradación y el atropello, a la miseria y a las vergüenzas de la tiranía.

Victoria inmensa, por más que no todos quieran verlo; vuelvo a esta idea, porque es la capital de mi discurso. No escasean los que la miran como insignificante; no falta quien como desventajosa la contemple. No es inaudito que el entusiasmo por ciertos progresos, la admiración merecida a que llevan ciertas aptitudes de otras razas, inspiren algo como la deserción cobarde de la propia, la renuncia de sus glorias: la desconsideración de sus grandezas, la apreciación parcialmente adversa de sus hazañas y de sus fatigas en la historia. Ni deja de haber quien tenga a menos todo movimiento de simpatía y de adhesión a lo que no se traduce en inmediatas ventajas materiales. Porque siento y pienso de muy diverso modo, estoy aquí abusando de vuestra indulgencia. Sí, yo pienso, por lo contrario, que la indiferencia y el escepticismo podrán ser de buen tono, pero son al mismo tiempo, síntomas evidentes de una enfermedad moral desastrosa que consiste en que todo ideal se apague en la conciencia, todo entusiasmo noble se enfríe, todo impulso artístico se malogre, todo valor sea bata, y seamos al cabo como piara de bestias y como rebaño de siervos, por añadidura. Yo no me asusto de que hubiera discordia y localismos en la guerra centroamericana y no suscribo por eso la tesis absoluta de la incapacidad política y social de Centro América; porque con la historia en la mano, estoy dispuesto a demostrar que esas son desdichas humanas que en las más grandes ocasiones y en las naciones más ilustres han acaecido, y que no indican mal alguno irremediable, ni son motivos de desesperación definitiva. Yo no me siento impulsado a reírme de vuestra guerra, por pequeña, como

no se siente impulsado ningún suizo a reírse de las pequeñas campañas que forman la historia de su independencia nacional. Yo no considero que la guerra de 1856 ha de tenerse por cosa baladí, gloriosa sólo, como algunos dicen, para el intrépido Wálker y para los aventureros que con él pelearon. Yo estoy, por lo contrario, impaciente de que se recojan los datos preciosos que aun existen, y que pueden perderse, y de que se escriba el libro que falta «Costa Rica en la campaña contra el filibustero» que será de grande enseñanza y de gloria indiscutible para el país. Yo estoy seguro de que muchos que desdennan estos sucesos no hubieran sabido caer como el Capitán Quirós en Santa Rosa, diciendo, con sus últimas palabras a los que lo seguían: «entren ustedes»; no hubieran peleado a pecho descubierto el 11 de abril atravesando las calles de Rivas en que la lluvia de las balas semejava un tupide aguacero, no hubieran demostrado la impavidez sublime de aquellos héroes del combate naval con el «Granada», marinos de guerra improvisados que combatían con el agua y con el enemigo en un barco devorado por el incendio: no hubiera ido sobre las balsas que se deshacían y los botes que se volcaban a apoderarse de los vapores en el Atlántico después de derrotar a los que estaban en el camino de su empresa; yo no conozco en las grandes guerras y en los países famosos títulos de mejor derecho que los de vuestros héroes a la gratitud de los propios, al respeto de los extraños y a la inmortalidad de la historia. Yo no admito que haya en las anécdotas legendarias de un Guillermo Tell, que han dado tema a los poetas más nobles del mundo, mayores elementos de grandeza épica que otros que en vuestra campaña puede encontrar la Musa de la historia; yo no estoy dispuesto a ser cómplice del desdén injusto con que suelen mirarnos europeos y norteamericanos; explicable con frecuencia, por su profunda ignorancia acerca de nuestra vida y nuestra historia. Lo que la experiencia proclama es que gente sin costumbre de pelear, sin noción práctica de la guerra, es fácilmente derrotada por los que están familiarizados con el fusil y con la pólvora; que en todas partes unos cuantos soldados ponen en fuga a una multitud por el simple efecto del uniforme y de la disciplina, y que para los bisoños costarricenses, aquellos americanos rifleros con quienes iban a encontrarse, debían asumir los caracteres de verdaderos dragones mitológicos, que hubiera sido natural y justificable que les inspiraran un terror invencible; lo que nos cuenta la tradición es que, con no pocos motivos para el error, aquí se creía, al declarar la guerra, que ésta podía ser en el fondo contra un enemigo apoyado en secreto por la inmensa fuerza de la federación norteamericana y que fué audacia casi sobrehumana alistarse en esas condiciones para la pelea; lo que nos cuenta la tradición es que no pelearon sólo los vuestros, como han solido hacerlo los héroes de las grandes resistencias populares, defendiendo la casa y la familia, en la patria pequeña, sino que fuisteis a tierra extraña, para defender la patria grande; que el cólera cayó sobre vosotros sin apagar vuestro ardimiento; que en vuestra sencilla y compacta democracia la guerra no fué pretexto de tiranías, ni manto de pecu'ados, ni origen de trastornos; lo que la conciencia dice es que hubiera equivalido a una castración ignominiosa para nuestra raza el dejar rom-



Monumento a los Héroes de la Campaña Nacional

per sus títulos de posesión en América, el dejarse explotar y suprimir a la manera de la raza primitiva; lo que la filosofía de la historia recuerda es que el triunfo de aquella piratería hubiera producido el desconcierto incurable del derecho de gentes en este continente espléndido, teatro entonces para lo futuro de la rapiña y el asalto. Pero he indicado ya,—e insisto ahora en ello,—consecuencia más grave para la derrota. Confieso que dudaba mucho, que tenía por mal averiguado antes del estudio hon-do que ha inspirado esta conferencia, que fuera Wálker un agente de los esclavistas, pero aseguro asimismo, que nadie que estudie el asunto puede abrigar la menor duda en la materia.

Ahora bien, señores, ¿habrá más interesante tema para el historiad-or, motivo de mayor contemplación para el filósofo, de mayor inspira-ción para el poeta, que este de que os hablo? La esclavitud del negro, y más tarde, por la fuerza de gravedad de los sucesos, por la pendiente y el declive natural de los humanos extravíos,—más tarde, probablemente, la esclavitud del chino y la esclavitud del indígena, extendiéndose como una úlcera colosal, una gangrena pestilente, por estas tierras, las más bellas del planeta; el látigo de la servidumbre y el gemido de la víc-tima sonando más en nuestros bosques que sus árboles y sus aguas, la explotación de una riqueza infame, constituyendo aquí, con la esclavitud política que había de ser su inseparable compañera, el régimen de la vida pública y privada, una barbarie nueva con timbres y colores de civilización, espaciándose, como resurrecto imperio romano por estas democ-racias nacientes e inexpertas, que tropiezan, que caen, pero que marchan de seguro a la conquista del derecho y a la realización de los más altos ideales; y por contragolpe, por el efecto de una avalancha irresistible de moral miseria, por la podredumbre del aire, por el contagio inevitable, la federación norteamericana convertida en un gran bazar de esclavos y en una gran factoría de comercio; la cuna de Wáshington, la patria de Franklin, la tierra de Jefferson y Hamilton, la nación de Lincoln, por el triunfo del esclavismo, para quien quiera que sea lógico, por la victoria de los planes de Wálker inexcusable, corrompida hasta el hueso, entrega-da, sin defensa posible, al monstruo de la esclavocracia, que, sin que Wálker venciera, sin que sus planes se coronaran con el éxito, estuvo a punto de triunfar, resistió con gigantescas convulsiones el asalto del abo-licionismo; que no fué vencido sin estremecimientos de terremoto, sin crugido semejante al que produciría la ruptura del territorio norteamerica-no en dos porciones distintas, mediante una catástrofe geológica, pero que merced a una serie de victorias de las que, la que hoy conmemora-mos, es factor y antecedente, hundióse para siempre en el polvo; para que pudieran repetirse, a pleno pulmón y con la frente enhiesta aquellas palabras,—Patria y Libertad,—que las espadas de Wáshington y Bolí-var hicieron resonar con entusiasmo, de tierra en tierra, de un extremo a otro, en todo el continente americano.

.....
Tengo placer en declarar, como hombre que no ha adulado una sola vez en su vida a un hombre ni a un pueblo, que fué singularmente bello vuestro papel en la campaña; que dísteis las victorias más cumpli-

das y los héroes más altos al común esfuerzo; que vuestro Cañas es una figura seductora que recuerda al Hoche de los franceses y al Sucre de los sudamericanos; que vuestro José Joaquín Mora, si no famoso por grandes talentos militares, que no había tenido oportunidad de cultivar, lució condiciones distinguidísimas de inteligencia y de carácter, capaces de llevarlo con prestigio, y con prestigio conservarlo desde su nombramiento hasta los últimos días de la guerra, al frente de todo el ejército centroamericano; que vuestro Presidente de entonces, el ínclito don Juan Rafael Mora, se destaca en medio de la crisis, como símbolo perfecto de aquella democracia purísima, como centinela desvelado de la patria, como guardador integérrimo de la confianza en él por vuestro pueblo depositada, como Magistrado modelo de los que llevan el timón con previsora prudencia, si la mar está quieta, y con arrojo obstinado, si los vientos hierven y se alborota el océano; que fué, ya lo dije, pero me complazco en repetirlo, símbolo cabal,—y no cabe elogio más envidiable y merecido,—de aquella Costa Rica sufrida, resuelta, heroica, generosa, que si ni en aquella época, ni ahora, gusta de arrebatos líricos para expresar la fraternidad centroamericana, dió en aquel momento extraordinario, como ha dado en otros muy recientes, testimonios bien elocuentes de sentirla; un símbolo cuyos merecimientos claman por alguno de la gratitud pública en que se ostenta su memoria.

El gesto

(fragmento del libro «Mora»)

Fué el legendario duelo de Goliat. También en esta vez salió triunfante la piedra de David, porque estaban condensados en ella la Justicia de Dios y el Derecho de los Hombres, que no perecen nunca, aún cuando a veces parezcan aplastados por la masa brutal de los gigantes. También en esta vez el gesto del pastor determinó la salvación de un pueblo. Y es ese gesto el que ha quedado meyestático en el bronce de la historia como un perfil de luz para Centro América.

Perfil de luz bastante para disipar muchas sombras: sombras caliginosas de traición amontonadas en torvas conciencias; sombras de miedo que han hecho temblar nuestro corazón cuando hemos oído el nuevo trotar del bucanero en marcha; sombras de vergüenza al contemplar los hijos de los héroes vendiendo por un puñado de oro las llaves de la patria..... Perfil de luz bastante que parezca iniciar una aurora y que nos haga olvidar las pesadillas trágicas de la noche imperante, para no ver en el horizonte enano sino el gesto redivivo del prócer, todavía con aliento suficiente para removerse en sus cenizas y marcar desde la tumba el rumbo del honor!



Pocas voluntades han podido moldearse, en lucha con el infortunio, como la del patricio salvador de la patria. Educado y fortalecido en la escuela del trabajo, su paso por el poder público significa una serie de luchas contra las fuerzas ciegas del Destino, como si fueran una preparación inicial para la lucha posterior contra los hombres, a veces más fatales y más ciegos que el Destino mismo.

Ya en 1848 aparece la silueta del caudillo de hombres, asumiendo el poder supremo del Estado durante la insurrección histórica de Alajuela. Desde entonces principia a tomar temple el acero; su proclama militar de esa fecha insinúa ya la figura de un conductor de victorias: «Costarricenses: enorgullecido de vuestro valor, yo, en nombre de la patria que habéis salvado, os doy gracias. Todos habéis mostrado ser dignos hijos del suelo en que nacisteis». Dentro de la pompa de las proclamas napoleónicas, el héroe de la voluntad germinaba.

La tierra misma, en espasmos de rebeldía, pareció poner fragua al temple de su carácter. San José sintió las desgarraduras de un terremoto. El varón ecuánime y sereno permaneció de pie, firme y tranquilo, sobre las trepidaciones mismas del suelo que vacilaba. Y acudió solícito a poner unguento de piedad sobre las heridas de la ciudad doliente.

El señor parecía probar la virtud del Héroe, como la paciencia del varón bíblico. Y pústulas malignas, úlceras de viruela mortal, consumían las carnes del pueblo lacerado, como si fuera un nuevo Job marcado por el dedo de Jeovah. Vuelos asoladores de langostas ponían sudario sobre las ópimas cosechas y asomaba en los cortijos antes florecientes el fantasma lívido del hambre. Era como si hubiesen reaparecido sobre el haz de la tierra las siete plagas de los tiempos faraónicos.

Sólo un momento pareció flaquear la contextura moral del Héroe: ante sus gestos de Quijote, la conspiración fermentaba sorda y laboriosa en el estómago de Sancho. También Jesús, «en el pavor del huerto», tembló en su deleznable naturaleza humana cuando sintió de cerca el próximo contacto de los hombres. Mora renunció el poder sobre el cual graznaban los cuervos y abandonó la Presidencia de la República; el Congreso no aceptó la abdicación del Prócer y le ofreció todo su apoyo para asegurar la paz y el orden del Estado. En 1853 aparece con nueva elección del pueblo costarricense y se manifiesta con la energía y la voluntad de los hombres de acción. El Héroe se había formado y el drama se cuajaba en el horizonte.

Pavoroso rumor, como de torrente despeñado, se avecinaba desde las regiones del Norte. Era la conquista de los aventureros rubios: era la invasión del filibusterismo audaz, que resucitaba las hazañas de los piratas de Sir Drake. Nicaragua había caído bajo la doble red de la fuerza y del engaño: entonces—ay! como ahora!—las pasiones criollas y el odio aborigen de las tribus fueron ancho campo para la entrada gloriosa del conquistador. Entonces—como ahora—el brazo del hermano

contra el hermano formó el arco triunfal por donde pasó glorificado el enemigo extranjero.....

*
*
*

Rafael Carrera en Guatemala, dentro de la más profunda noche de la teocracia, gobernaba al pueblo con los mismos procedimientos con que había manejado sus piaras de marranos en las llanuras de Mita. En El Salvador, el pueblo amado de Morazán, dormía aletargada la memoria del Mártir y se proyectaba, tétrica y envilecedora, la sombra del Porquero presidencial. Prolongada siniestramente hasta Honduras, acababa de lanzar de la Presidencia a Cabañas, a aquella «flor y nata» del patriotismo, «caballero sin tacha y sin reproche», a quien sus mismos enemigos declaraban el «hombre más honrado de las cinco repúblicas de Centro América». En Nicaragua aullaban los partidos en lucha, empeñados en una sangrienta guerra fratricida.....

Así entró Wálker en suelo centroamericano, entre los repiques de las campanas liberales de Chinandega, como años más tarde sus herederos galoneados, los bucaneros de la marina americana, entrarían a Managua entre los acordes marciales de las músicas conservadores. Así, también como en aquella época, entre la pasividad o el miedo de los otros gobiernos, que vieron con indiferencia ciega el primer paso de la conquista. Sólo que en esta vez ya tú estabas muerto, ¡Oh Padre y Benemérito! y la sombra ha sido una sola desde las márgenes del Suchiate hasta las riberas yanquizadas del Sixola. Y si tus huesos no se han removido, de dolor o de ira santa, es porque debe haber sido muy honda la fosa que te cavó la ingratitude y muy pesada la tierra que te echaron para ahogar tu grito hasta en la eternidad....!

*
*
*

Sólo el Héroe no dormía entre la sombra. Nubes de tempestad se cuajaban sobre el horizonte tenebroso. El suelo costarricense había temblado ya bajo el sordo trepidar de la falange conquistadora. Pero el Héroe velaba..... Y oíd como vibraban los sonoros clarines de su alerta:

—«Costarricenses: La paz, esa paz venturosa que, unida a vuestra laboriosa perseverancia, ha aumentado tanto nuestro crédito, riqueza y felicidad, está pérfidamente amenazada.....

.....«Yo debo velar por vosotros, bien convencido de que en el instante del peligro, apenas retumbe el primer cañonazo de alarma, todos, todos os reuniréis en torno mío bajo nuestro libre pabellón nacional.....»

Después....? ¿Quién no conoce ese drama doloroso en que un pueblo—como Dios—fué crucificado por sus propios hijos? ¿Quién no ha sentido en el corazón, leyendo la historia infortunada, aquella implacable sentencia de Henningsen sobre las ruinas de Granada, que ahora parecen escritas más indeleblemente sobre la ruina moral de todo un pueblo: «Aquí fué!» ¿Quién no ha llorado sobre los infortunios de los hermanos asesinados o esclavizados y aun sobre la memoria de los mismos traidores que purgaron su crimen? Esa historia es una lección; pero, como casi todas las de la vida, una lección estéril.

Sólo un hombre se puso de pie ante el desastre. Por eso fué el Héroe. Sólo por eso merece la consagración. Otros lucharon, otros también se incorporaron galvanizados por el ejemplo de la voluntad erguida, otros murieron. Pero el Héroe fué quien se enfrentó primero ante el alud, sin medir nunca fuerzas ni peligros. Era un pigmeo; estaba solo; no tenía ni armas, ni dinero, ni hombres; pero su honda estaba cargada con una Convicción y una Justicia, y Goliat tuvo que caer ante el aliento milagroso del pastor.....

¿Para qué narrar la epopeya? Desgraciado el centroamericano que no la conozca.—«A las armas! Marchemos a Nicaragua..... Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos..... Paz, Justicia y Libertad para todos..... Nuestra causa es santa..... Quiero compartir con vosotros el peligro y la gloria.....» Desde ese momento la pluma no puede escribir en consonancia con el poema heroico. Los capítulos son de sangre y de humo y de pólvora y de muerte y de gloria. Se llaman Santa Rosa, Rivas, San Jorge, La Virgen, El Castillo..... ¿Habrá algún centroamericano menguado que no cante esas estrofas dentro de su corazón? Escritas por la espada y por la bayoneta, en el fragor de santos combates ¿qué puede la pluma degenerada sino romperse frente a la majestad de la obra redentora?

Porque son otros los tiempos y otros los hombres. Mercurio impera sobre Marte. Don Quijote ha sido desterrado, porque Sancho manda en absoluto sobre la Insula Barataria. ¿Qué podemos hacer,—¡oh Benemérito!, sino dirigirte la oración que es compendio de todas las ansias y de todas las súplicas? «Padre Nuestro, que estás en los cielos.....»

AUGUSTO C. COELLO

Para el Centenario. 1914.

Mi plegaria

Hoy que la humanidad aun se pregunta con el mismo gesto de Pilatos cuando compareció ante su presencia el divino Jesús: «y bien, que es la Verdad?—eterna interrogación que resuena en lo infinito con ecos de angustia,—y llevada de hondo escepticismo y sarcástica ironía no siente escrúpulo en supliciar en lo profundo de su conciencia todo ideal; hoy que la humanidad da el triste espectáculo de despreciar los más altos y caros intereses del espíritu, y con risa clownesca se vanagloria de sus formidables conquistas materiales, que si trascienden alguna luz de progreso, es para mostrar con mayor intensidad los grandes antagonismos que llamean,—bajo la agitación de una sorda tragedia,—en la base misma de los conglomerados sociales; hoy que no se descubre en todos los movimientos del presente, ninguna dirección armoniosa, aunada y amplia y la civilización de las más pujantes nacionalidades muere al pie de los cañones de bastardos intereses; hoy que la Política se ha convertido en el más vil de los comercios, por el que se endiosa en el propio templo de la República, a la mediocridad sin merecimientos, de intenciones torcidas y sin otro lustre que el favor inconsciente y el capricho de los pueblos; época, en que la Ciencia aun continúa su cruda y acerba guerra contra lo eterno de las religiones,—negando las realidades más hermosas de la vida.—y altiva yergue su puñal de cárdenos reflejos sobre las fuerzas vivas de la Naturaleza, su enemiga; en que los más audaces esfuerzos de la filosofía contemporánea, no aportan ninguna claridad a la mirada de nuestra inteligencia, que vacilante y confusa, acaso sólo alcanza,—cuanto más se eleva,—el más espantoso de los vacíos, la helada sensación de la duda; en que la juventud se encuentra sin apoyo y no siente el benéfico estímulo de un ejemplo, ni de una voz; en que las actividades que mueven el taller y la campiña, se debilitan ante la fría perspectiva de un mañana miserable y oscuro, en tanto los tesoros de las riquezas se herrumbran bajo la pesada atmósfera de avaricia y de egoísmo con que mal envuelven sus repugnantes formas, el Capital; hoy, que una noche moral parece cubrir lo existente, y el alma,—como una ave azorada,—huye de los hombres, dejándolos bajo la acción de una silenciosa tempestad de pasiones, de concupiscencias y de odios, cuyos sacudimientos acaso sólo perturban los bostezos del hambre, el grito descompuesto de la miseria y los clamores desesperantes de la codicia y del más despreciable de los positivimos: hoy, que tras tanto extravío y desequilibrio, se apagan las luces que dieron vuelo y vigor a los humildes y a los buenos, y en cambio surgen de todos los puntos, oleadas de animalidad y de instinto, sobre cuyas turbias ondas navega la frágil barca de las relaciones humanas, llevando de timón el predominio de la violencia y de la fuerza, y por remos la hipocresía y la traición a los más levantados principios que fueron antes el alimento espiritual más exquisito, convertidos ahora,—por el complicado tráfico del mundo,—en la más comerciable de las mercaderías, y lo que aumenta nuestro mal, el

Arte,—prodigio de otros tiempos—agonizando, en su abandono, en la oscura y fangosa encrucijada de un realismo atroz y degradante, nuevo y enfermizo culto al vicio y al crimen que ha venido a arrebatar el gajo de laurel y de mirto a los Elegidos de la belleza y de la emoción suprema...; hoy, que no está muy lejos el surgimiento del más lúgubre y tenebroso de los crepúsculos: la muerte de Dios, de todo credo y de toda noble aspiración en la vasta, estéril y desolada estepa de las conciencias; en esta hora de desconsuelo y de tristeza para los espíritus que ruedan por la vida,—como lampos perdidos,—con nostalgia de luz, de verdad y de más allá. . . los ojos humedecidos por la fiebre y la ansiedad, se vuelven hacia ese foco luminoso de ternura y sentimiento, esencia de lo creado, centro de todo amor: el corazón . . . !

Un suave fluido de esperanza y resignación sagrada, calma los augustos tormentos de la razón y las salobres fermentaciones de la inteligencia, que estallan formando revuelto oleaje, contra las rocas que encarcelan nuestras limitaciones y que son como los pórticos ruinosos de nuestra inanidad y de nuestra impotencia.

Se transforma entonces el corazón en una fuente pura, en donde el espíritu recoge rumores de delicia, renuevos de perfume, se puebla de dulces fantasías y termina por reconciliarse con las cosas y hombres.

No es una idea, no es un pensamiento lo que conduce y guía lo que en nuestra pupila mental se refleja, es como una oculta y serena vibración, inexplicable, indecible, lo que nos mueve, lo que nos impulsa a un esplendoroso destino: es una callada vibración que sólo el corazón siente,—cuando se penetra en sus misteriosas interioridades,—y que parece contener el ritmo que palpita en la armonía profunda del Universo, la magia sutil de la palabra de Dios revelándose al alma, con dulzura infinita, cuando estremecida por los vaivenes de la mente impetuosa y el negro y contradictorio cuadro que nos circunda, acude a nuestro auxilio, para darnos el reposo absoluto, la quietud solemne, la sabiduría inmensa . . . y nunca se produce mejor ese acercamiento al exacto sentido de la vida, esa expansión del alma que nos da el hilo secreto que enlaza la ondulación de las cosas, como cuando, lejos de libros y de viejas bibliotecas y como bajo un nuevo sol de grandeza,—el conocimiento se penetra bien de la existencia y hechos de aquellos hombres, que comprendiendo con una visión real y verdadera, la ley y el destino de lo animado, dieron al mundo el sublime espectáculo del sacrificio y del bien, compelidos por un impulso irresistible a establecer las bases que armonizan la libertad y la justicia, el amor y el deber, en los movimientos humanos . . . neutralizando las causas de todos los dolores, fortaleciendo la felicidad del vivir!

¡Incendios del espíritu, apagados con una lágrima!

¡Noches sombrías y glaciales, iluminadas con una sonrisa!

Nadie en Costa Rica proyecta de un modo superior, el milagro de esa impresión maravillosa que da aliento a nuestras fuerzas y coloca en su verdadero puesto los secretos resortes de nuestro sér, como el

egregio ciudadano don Juan Rafael Mora, cuya vida convirtió siempre en una hermosa ofrenda a la patria y su porvenir.

En el marco sencillo de nuestra historia, se dibuja su bizarra figura con caracteres propios, y el relieve firme y enérgico de su fisonomía tienen rasgos sorprendentes que atraen y hacen vibrar de entusiasmo y admiración aún a las mentes empuñadas por la bajeza de sus abyecciones.

Es nuestro hombre representativo por excelencia y en el escenario de nuestra democracia, su actuación política, llena de generosidad y de nobles ardimientos, va unida a una época floreciente en que las virtudes del costarricense alcanzaron su mayor apogeo y su brillo más diamantino.

Nunca hubo gobernante más popular, ni más justamente querido, ni lo ha habido después: ni nunca Costa Rica se ha sentido más dichosa, ni más feliz en todos los órdenes de su actividad, como cuando, tan eximio Patriota rigió sus destinos, guardando la llave de sus riquezas en el arca de oro de sus manos limpias y sabias.

A sus desinteresados empeños Costa Rica debió desde entonces los imborrables lineamientos que la determinaron como nación progresista, con vida propia, concientemente ejercida.

El orden espiritual y material, rectamente dirigidos con el sincero amor al pueblo y a su adelanto, constituyeron el distintivo predominante de ese Gobierno ejemplar y puro, para siempre recordado por nuestros viejos campesinos, que aun rememoran a su amado don Juanito con lágrimas en los ojos, y en los secos labios, el encanto de una sonrisa de cariño intenso al Hombre abnegado y prestigioso, que abrió para nuestro patrio hogar las puertas de la civilización y el progreso,—embelleciendo ciudades y pueblos, revistiéndolos de los elementos indispensables a su salud, bienestar y cultura,—y dando a conocer al país a extranjeras playas, bajo la enseña del reconocimiento de nuestra soberanía e independencia, por la misma España,—madre de nuestras devociones y sentimientos,—y el legítimo lauro, de la consolidación de sus instituciones, la austeridad de sus costumbres y de sus hábitos de paz y de trabajo.

Bendito seas para siempre, oh preclaro Repúblico, hábil y experto constructor de nuestra vida nacional! Tu incomparable ejemplo promueve hoy saludables sugerencias al espíritu y abre brillantes perspectivas al corazón!

Tu nombre es un vigoroso río, pleno de amor para la patria y de aspiración ardiente al bien y al deber!

Hoy todo habla un lenguaje de esperanza y de elevación: milagroso sortilegio de tu recuerdo, seducción de tu prestigio y de tus proezas!

No, no podía olvidar nunca Costa Rica a quien le debe su libertad, la reparación de sus derechos villanamente comprometidos; a quien sembró los definitivos gérmenes de su ulterior desenvolvimiento, y la colmara de las mejores relaciones con sus hermanas en la civilización; no podía olvidar a quien escribió la página más honrosa de sus fastos, los hechos más memorables de que hoy con justicia se gloria!

Patriota esclarecido: nos has legado tu alma y tu pensamiento; vives en la mente de todos los buenos costarricenses y te hallas aún identificado con el destino de esta querida tierra, para alejarla de todo peligro, de toda amenaza, para cuidar de su suerte, en toda venidera emergencia.

Costa Rica no tiene otra cosa que defender que tu gallardo espíritu, y lo conservará siempre puro en el altar de su memoria, porque ligada a él, se encuentra su autonomía para siempre asegurada con el poder profético de tus armas, con la luz radiosa de tus sueños, con el bello ideal que forjaste para ofrecerlo a sus débiles plantas.

La integridad de nuestra soberanía, el orgullo de nuestra Historia, la pureza de nuestras leyes, lo mejor de nuestras tradiciones, el arreglo pacífico de toda cuestión con nuestras vecinas, el afán de nuestro progreso y nuestra fe en el porvenir, todo se halla compenetrado de tu Idea, rico tesoro de nuestra República, manantial de benéficas enseñanzas, blanca estela de virtudes....., y en este alegre día en que Costa Rica glorifica, con beso de bronce y de mármol, tu augusto paso por su vida evolutiva, no hay corazón que no palpite de gratitud, ni que deje de celebrar, con unciosa veneración,—como un gran acontecimiento—el minuto de luz en que tus ojos se abrieron por primera vez al sol de nuestra Patria.

.....Pero antes de terminar estas palabras que me dicta el piadoso reconocimiento a tus anhelos, a tus sacrificios, a tus hidalguías, a tus heroísmos..... yo quiero arrancar una lágrima que desde el fondo de mi ser ha venido quedamente deslizándose por entre los pliegues de mi entusiasmo y de mi emoción.

No porque ahora se cante el poema de tu vida y se loe nuestra epopeya nacional, dejaré nunca de llorar contigo el amargo exilio, el pesar doloroso de tu destierro, a que hubo de condenarte la más abominable de las traiciones, primera piedra en la sucesión de un ominoso militarismo que, abriendo ancha grieta en las severas puertas de la República, dió entrada triunfal a quienes, convirtiendo en insolente tráfico los sagrados intereses del pueblo, muy pronto habían de caer en manos de sus mismos procedimientos, víctimas propiciatorias de sus perfidias y de sus voracidades, que al cabo lanzaron al país en el repugnante estercolero de la dictadura.

Pero estaba escrito que quien había dotado al país de héroes, de alas, de estrellas, y de audaces y bellos impulsos, había de sufrir también el martirio, para sellar con sangre, la más saliente y trascendental de las experiencias nacionales.

Sí, egregio e inolvidable Mora: caíste como un Graco, cuando te proponías, con ánimo fuerte y resuelto, la empresa más salvadora de la economía patria, la defensa y protección más brillante de los legítimos derechos del pueblo..... y tu sangre que hoy lavan los costarricenses, con religioso afecto, es vino de redención, es suntuosa púrpura de viriles rebeldías.

Contra el odio y la pasión de tus enemigos, has vencido a la muerte con la sonrisa tranquila de la eternidad!

Plácomes a la juventud que en esta fecha convierte tu gloria en su más vibrante aleluya y que rindiendo homenaje al pasado heroico se solaza en bañar el tesoro de sus ideales en la cascada de fulgores de la más preciosa de todas las recordaciones patrias.

Con la fe de un convencido, yo enciendo mi plegaria con las brasas de mi profundo amor a Costa Rica y al prestigio de su fama; dirijo mi oración ferviente a lo Alto y con la mano puesta en el pecho, pido a los arcanos designios del Futuro, que no se apaguen nunca en el alma costarricense, la fuerza y la luz espiritual que le infundiera el Bienhechor insigne, a quien hoy se rinde cumplido tributo, haciendo votos porque en todos los actos de nuestra vida diaria, predominen siempre las elevadas inspiraciones de la justicia y la solidaridad social, que ofrecen al mundo —con cantos de victoriosas banderas— las diáfanas claridades de la armonía, del amor y del bien.

Colaboradores conscientes e implacables de la evolución universal, la dicha infinita que se esconde en lo creado, se anidará, —como una música eterna— en el sonoro palpitante de nuestros nervios....!

Es en el corazón donde habita Dios: en ese oculto y pequeño lugar es donde tiene su humilde pesebre formado de pajas sencillas....!
Sólo una estrella lo ilumina: el Sacrificio!....

CLAUDIO CASTRO SABORÍO

Ante el héroe

Juan Rafael Mora imprimió en el alma nacional el sello de las libertades con ese mismo augusto gesto con que el Creador del Universo derramó la luz sobre el mundo en tinieblas. Nació Costa Rica a la contemplación de los sacrificios por la libertad, como nació el hombre a la admiración de la luz que todo lo anima y vivifica.

La figura de Mora tiene todas las tonalidades del genio raro. Fué como águila que desde la cumbre nevada donde contempla la blanca inmensidad, se desprendiera llena de bravura a cubrir con sus alas el nido de sus hijos en peligro. Nadie la vió antes inquieta. Parecía en el silencio y sobre la nieve, un heraldo de paz; pero llegó hasta ella la fatiga y el dolor de sus hijos, y batió sus alas con poder de monstruo.

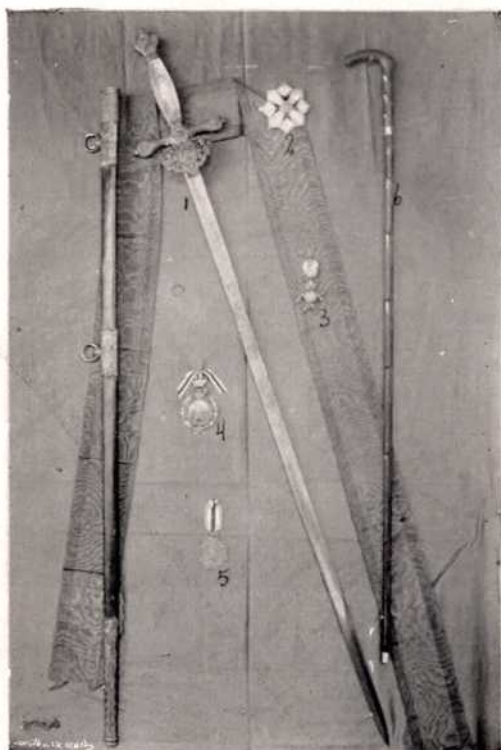
Así Mora desde la cumbre de sus elevados pensamientos descendió como un patricio lleno de nobleza y con su gesto inmortal dió a la Patria la libertad que reclamaba.

La inmortalidad fue la corona que el Dios de las Naciones colocó sobre su frente.

JOAQUÍN BARRIONUEVO

TROFEOS DEL PROCER

LIBERTADOR DE NUESTRAS INSTITUCIONES PATRIAS



Nº 1. Espada que el Soberano Congreso entregó al General Mora como premio a su heroísmo en defensa de la autonomía de Centro América.

Nº 2 y 3. Condecoraciones y banda otorgadas por el Papa Pío IX al General Mora con motivo del Concordato con la Santa Sede.

Nº 4. Condecoración conferida por el Congreso al General Mora con el mismo motivo: ostenta 58 diamantes.

Nº 5. Cruz de honor con que el Congreso premió al General Mora después de la Campaña Nacional y que le fué entregada a su hijo don Camilo el 15 de setiembre de 1895.

Nº 6. Bastón de uso diario del Presidente Mora.

Homenaje al Héroe
con motivo del Centenario de su nacimiento



LICENCIADO DON ALFREDO GONZÁLEZ
Presidente de la República

Himno a los Héroes del 56

Poesía laureada en el Concurso celebrado por el Ateneo de Costa Rica
en honor de los héroes del 56

CORO

Al hollar nuestros cármenes puros
el tropel de la turba invasora,
el alerta bendito de MORA
en vuestra alma viril resonó;

y al trocar la herramienta sagrada
por el rifle cubierto de gloria,
en el libro inmortal de la Historia
vuestro nombre por siempre quedó.

SOLO

Santa Rosa, La Virgen, San Carlos.....
son estrofas del canto sin nombre
que la Patria encarnada en un hombre,
escribió bajo el sol tropical;

canto excelso y heroico que alumbran
con su luz vuestras nobles hazañas,
y en que brilla la espada de Cañas
como un rayo de gloria inmortal

AUGUSTO C. COELLO



Canto Épico

a la memoria del Prócer Juan Rafael Mora
en su centenario

*Leído por su autor en la velada
del 15 de setiembre de 1914*

Del noble Prócer de la patria mía
Cante la fama su inmortal victoria,
Y en los bronces esculpa de la historia
El gesto de su excelsa rebeldía.
Luzca la patria sus mejores galas,
Estallen nuestros cármenes
En flores y perfumes, como cantos
Que el sol cristalizó sobre la tierra,
Y desde el valle a la empinada sierra,
Y del Pacífico al bravío Atlante,
Un himno de grandeza se levante
Sobre las glorias de este Centenario,
Conque la patria agradecida cante
A su héroe legendario!

Desde allá, de la América del Norte,
Las águilas arteras
En su grandeza ufanas y altaneras,
Desde el alto peñón de su codicia,
Con el osado porte
Que presta la conciencia de la garra,
La turba bucanera
Hacia el Sur, sigilosa tendió el vuelo,
Y fueron sus siluetas sobre el fondo
Purísimo del cielo,
Cual fatídicos puntos suspensivos,

Afrenta del azul de la bandera
 ¡De esta patria de libres y de altivos!
 Y la invasora hueste
 Alzó su tienda en la vecina hermana
 En són de guerra; y la conquista impía,
 Con su ferrada bota
 Holló la tierra centroamericana.

Era Wálker, el yanqui,
 El hombre rudo de *los ojos zarcos*,
 De alma fiera, de pecho' endurecido,
 Audaz y temerario en la embestida;
 Cabeza cincelada
 Con los rasgos del héroe o del bandido.
 Tal el guerrero osado, el esclavista
 El Jefe de la histórica *Falange*,
 Que buscó en el azar de injusta guerra,
 Eternos ideales de conquista
 De esta fecunda y orgullosa tierra
 Que amamantó la savia de los bravos...
 ¡Cachorros de leones
 no saben ser esclavos!
 Y así fue como el Prócer legendario,
 El símbolo genuino de una raza,
 En su derecho fuerte
 Alzó el pendón de *Libertad o muerte*,
 Que Costa Rica con fervor abraza.
 Gloria al varón egregio,
 Cincelado en el mármol espartano,
 Que al reto del audaz se irguió valiente,
 Y supo con esfuerzo soberano,
 Blandir la espada, que en su diestra mano,
 Fué la aurora triunfal de un sol naciente!
 Gloria eterna al guerrero
 De altivas y patrióticas proclamas
 Cuyas frases ardientes como llamas,
 Cantaron las estrofas del acero!
 Mármol y bronces para aquel que airado,
 Ardiendo en santa indignación, sincero,
 Escribió con su pluma esclarecida:
 «¡Del territorio de mi suelo amado,
 Será dueño el audaz filibustero
 Cuando sucumba mi último soldado!»
 Y Costa Rica entera, unificada,
 Por el fuego de Mora, en una idea,
 «Sí,—contestó resuelta y abnegada:
 Antes mil veces confundida sea

Esta patria tan noble y tan amada!»
 Y resonó el clarín en las ciudades,
 Y en la lejana aldea,
 Y conmovió los valles y los montes
 Con sus vibrantes notas,
 Que escucharon ansiosos los patriotas
 Cual grito de una madre dolorida.
 Y la patria tan sólo estuvo atenta,
 A vengar con honor la odiosa afrenta
 Que le infirió el audaz liberticida.

Y allá van los valientes, los labriegos,
 Subiendo la empinada carretera,
 Vistiendo el dril azul, y la camisa
 De manta burda, que en sangrienta liza
 Será para su arrojo una coraza.

Van los bravos, calzando la sandalia,
 El *caite* primitivo,
 Con el fusil de pedernal al hombro
 Y el filoso machete a la cintura,
 A escarmentar al tirador certero
 De superiores armas;
 Ni trepidan, ni tiemblan de pavora...
 ¡Para batir al rudo bucanero,
 Les sobra su fusi! y su bravura!

Y es de ver su entusiasmo y bizarría
 En las marchas forzadas,
 Bajo el ardiente sol del mediodía,
 Por barrancos profundos,
 Y por las altas sierras escarpadas.
 Y son los labradores,
 Los fuertes y tranquilos propietarios,
 Que animados de bélicos ardores
 Se tornan en celosos libertarios.
 Ayer no más regaban sus sudores
 Los surcos fecundando,—rico vientre
 De la amorosa madre,—
 Y al oír del clarín la voz sonora,
 Van a empuñar el arma redentora.
 Disciplina y valor, nada les falta;
 Sufridos y abnegados,
 Ni la duda del triunfo les asalta,
 Ni siéntense jamás acobardados.
 Ellos saben que el yanqui está a las puertas

Del amado terruño,
 Y hay que arrojarlo sin piedad del suelo
 Con el fusil *de chispa*, o con el puño!
 Y allá van, presurosos,
 Bajo el sol tropical que los calcina,
 Resueltos, belicosos,
 Trasponen el barranco o la colina
 Dorada por los rayos de la tarde,
 Que plácida declina,
 Y entre arreboles de topacios arde.
 Y por las noches, el vivac presenta
 Escenas de animado colorido...
 Un lienzo de Messonier en que palpita
 El hondo sentimiento de la patria,
 Cuando una recia tempestad la agita.
 En grupos se congregan,
 Y departen alegres los soldados,
 Que ríen con alegre carcajada
 El chiste agudo de otro camarada...
 Más allá, una vihuela
 Acompaña con rasguear sonoro,
 La vieja cantinela
 Que repite la voz en rudo coro;
 Y aquella alegre música,
 Deshace, ¡noble empeño!
 De algún soldado torvo y pensativo
 El tempestuoso ceño...
 Después... quietud y calma en la llanura,
 Frases entrecortadas,
 Silenciosas plegarias de ternura,
 Algún furtivo beso
 Al santo escapulario que la madre,
 O la afligida esposa
 A sus cuellos colgó triste y llorosa.
 El campo cultivado,
 Los bueyes, la carreta y el arado,
 Y la casita humilde,
 Y el primer hijo a la sazón nacido...
 Todo pasa en montón y confundido
 Por la exaltada y loca fantasía
 Que finge un panorama de belleza
 Ante la horrible realidad salvaje;
 Y ese hondo sentimiento de lo incierto,
 Parecido al dolor y a la tristeza,
 Azota cual mar en recio oleaje
 El altivo peñón de su coraje!
 Silencio y calma en la llanura toda...
 Arriba, las estrellas,

Cual pupilas de luz, lloran reflejos
 Sobre aquellos valientes que dormitan
 En el regazo amable de la tierra
 Mientras vela fatídico a su lado
 El espantoso espectro de la guerra!

La patriótica hueste, en Santa Rosa,
 Tuvo el bautizo de su noble sangre...
 Allí cayó, resuelta y valerosa,
 Saltando la trinchera
 De la enemiga gente aventurera;
 Y era de ver, bajo el nutrido fuego,
 El valor, la indomable bizarría
 Del soldado bisoño, del labriego,
 Que osado ante el peligro se batía,
 Como león que acosa la jauría.
 Con impaciencia, al enemigo reta
 En furiosa y mortal acometida;
 Y ante el brillante empuje
 De su acero triunfal, la bayoneta,
 La mercénaria turba huyó vencida.
 Luego Rivas, la homérica jornada,
 Cuyo fulgor alumbra todavía
 La tea de sublime llamarada
 Del Tambor inmortal ¡Santamaría!
 Y tantos hechos ¡tantos! cuya historia
 Sublima el alma de esta patria noble
 Que fué en la tempestad enhiesto roble
 Do tendió sus guirnaldas la victoria.
 Consagremos ufanos la memoria
 De este festival de alto civismo,
 Al luchador egregio,
 Que fundió, con su amor y patriotismo,
 En un solo ideal, el sentimiento
 De este pueblo viril de fuertes almas
 Que supo combatir con heroísmo,
 Y conquistar para su empresa, palmas.

¡Hosanna al prócer de la patria mía,
 Gloria y laureles a su ilustre hermano,
 Que con él compartió tantas hazañas!
 ¡Mirto y laurel para el invicto Cañas,
 Que aguerrido y audaz en la pelea,
 Blandió su espada y secundó una idea!
 Mil veces santa la memoria sea
 Del noble prócer, del altivo Mora,

Que salvó con cruzada redentora
 Del culto por su patria, en el anhelo,
 La majestad augusta de su suelo!
 ¡Iluminado apóstol, nada falta
 A tu grandeza que el martirio exalta,
 Ni a tu gloria de excelso libertario:
 Que en la patria que altivo defendiste,
 Abandonado y triste,
 Encontraste tu cruz y tu calvario!

JENARO CARDONA

Díscurso

del Licenciado don Leonidas Pacheco, pronunciado en la Velada
 organizada para festejar el Centenario de Mora,
 en el Teatro Nacional

Señor Presidente, Señoras, Caballeros:

Con doble motivo patriótico estamos congregados hoy: es el 15 de setiembre y es el momento de hacer nuestro rendido homenaje a Juan Rafael Mora.

Aquella fecha nos recuerda que venimos a la vida independiente sin sacrificios cruentos, sin dolorosas convulsiones, recogiendo, por especial privilegio de la fortuna, el fruto de paz que sembraron en lucha homérica nuestros hermanos del Norte y del Sur. Este nombre nos invita con su limpia y esclarecida historia a volver piadosamente la mirada al 56 y a recordar la sangrienta lucha de un día, el combate fiero que no nos impuso el hispano y que sí nos trajo el bucanero y con el cuadro que la memoria descubre de sangre y ruinas, de peste y lágrimas, advertir también la radiante figura de los héroes que en el pequeño panteón de nuestra pequeña historia están siendo, por el culto y el cariño, los blasones de nuestro escudo, el orgullo de nuestros padres, el orgullo nuestro, el pergamino de nobleza de nuestros hijos.

Y ved señores: lo que a primera vista pudiera juzgarse una inconsecuencia despiadada, lo insólito que pudiera parecer que en esta hora de duelo universal los costarricenses estemos congregados para celebrar con júbilo una fecha y una apoteosis: lo que pudiera tildarse de inoportuno recuerdo, al levantar con la mirada los velos que cubren los campos ensangrentados de Santa Rosa y Rivas, lo que en este instante de horrible angustia mundial y de tremenda pesadumbre pudiera creerse



Ilustrísimo Señor Obispo Dr. Don Juan Gaspar Stork,
quien bendijo el busto inaugurado el 15 de setiembre de 1914

indiferencia culpable ante el desastre europeo, es, bien al contrario, lógica y natural y apropiada expansión, y momento cual ninguno para que la memoria del héroe de nuestra independencia luzca más brillante, aunque la iluminen los tremendos reflejos del incendio que aniquila una a una las legendarias e históricas ciudades europeas.

Séame permitido explicar esta aparente paradoja.

Vive el mundo un minuto de mortal angustia. La convulsión del viejo continente pone espanto en todas las almas: el despertar de todos los días es la agregación de un nuevo cuadro de horror: pendientes del telégrafo sabemos que caen como espigas segadas por la hoz implacable el padre que deja huérfano su hogar, el esposo que deja huérfano su nido de amor y de esperanza, el hijo que abierto el pecho por la sangrienta herida deja escapar con el último aliento el resto de dicha que en él cifraban sus padres, maltratados por insondable duelo en la hora vespertina.

Y dejando pálidas las luctuosas hecatombes que siembran el camino de la historia, en esta hora de civilización y de progreso, en este instante de socialismo y de solidaridad, en este siglo XX que debiera ser el siglo de la paz, los potentes dreadnoughts vuelan en pedazos ante el acerado colmillo de los submarinos, las aguas del Mosa, las azules ondas del Mosela que con sus quillas rizaba el bote de trabajo y de progreso, están enrojecidas y arrastran el salveque sin dueño, el rifle ennegrecido por el postrer disparo, el kepi agujereado por las balas, y el cadáver del soldado que va dejando tras de sí los laureles que como corona sobre su pálida sien colocara el ángel de la gloria.

Y con espanto oímos el derrumbe de la vieja catedral de Malinas que muerde el polvo y enloda los encajes de sus muros al golpe implacable del explosivo; y en ruinas se convierte la venerable Universidad de Lovaina, templo de la inteligencia y de la sabiduría; y Lieja, la joya walona que enorgullecían su pueblo de abejas, sus palacios históricos, sus fábricas poderosas, sus museos incomparables, cae bajo la pesadumbre del desastre; y París se prepara para el sitio y Berlín se agita ante la amenaza del terrible cosaco que con la augusta e imponente serenidad de la tromba, marcha y marcha hacia adelante. Y en los aires, allá donde las águilas se ciernen, cerca de las algodónadas nubes que ocultan a trechos el insondable azul, en el sereno camino de las almas, allá donde volvemos los ojos cuando los labios quieren murmurar una plegaria, allá también los pájaros de muerte lanzan torrentes de fuego, y unos contra otros chocan, se despedazan y ruedan al abismo, hendiendo el aire, al caer de sus héroes, el grito de patria.

No es la hora ni la ocasión de juzgar las causas que produjeron el horrible conflicto, quede para la serenidad de la historia saber si del desastre responde la bala que mató a Francisco Fernando, el orgullo indomable del germano, la codicia del ruso, el oportunismo de Albión o la herida no cicatrizada de la mutilación del setenta. Pero cualquiera pasión noble o mezquina, cualquiera vendabal de codicia o de celos que haya desencadenado Marte, hay en todo ello una víctima inocente, Bélgica, la noble Bélgica, campo desolado por la furia de extraños, holo-

causto ofrecido al interés ajeno, que hoy triturada, exangüe, cubierta de cenizas, entierra en sus campos de cultivo y de paz, los centenares de héroes que cayeron dando su vida en ofrenda al más alto, al más noble, al más sagrado de los deberes; al de sacrificarse estoicamente por la patria, al mandato que en todo corazón vive arraigado de morir por la independencia, de blanquear los campos con los huesos de los que no quieren ser esclavos, de perecer o ser libres.

Y es así cómo en esta hora tremenda, el espectáculo grandioso de un pequeño pueblo que pone en la línea de fuego desde el niño hasta el anciano en defensa de su soberana nacionalidad ha de traer a nuestro espíritu, con bien fundado orgullo, el recuerdo glorioso de la lucha a que nos lanzó en defensa de Costa Rica, en defensa de Centro América, el prócer noble que sin trepidación de espíritu llevó a nuestros padres a la cruzada contra el bucanero: que con lágrimas en los ojos pero sin vacilaciones en el alma, puso el rifle en las manos campesinas y sembró los campos con despojos de héroes que hoy nos mantienen libres.

Juan Rafael Mora fué en aquellos días aciagos el exponente genuino del alma nacional. Hombre netamente civil, padre y esposo modelo, ciudadano probo, llevado a la jefatura de la nación por reconocimiento justificado de sus merecimientos, no pensó nunca aquel sereno espíritu de paz y de progreso que el destino le reservaba los laureles y las espigas de los campos de batalla.

Dedicado con paternal cariño a empujar a Costa Rica por la vía ancha del progreso, amigo de la instrucción, encariñado con la agricultura, cumplidor nimio de sus deberes internacionales, síntesis completa de las serenas virtudes que enorgullecían a los patriarcas de aquel siglo, sencillo en el vestir, sencillo y probo en el pensar, Juan Rafael Mora dibujaba su silueta presidencial con los suaves tonos de una acuarela que enseña bajo un cielo de primavera el cuadro reposante de una familia feliz agrupada al rededor de un jefe venerable.

Nada en su fisonomía moral, social o política que arrojara colorido fulgurante: nada en su aspecto que hiciera vislumbrar al caudillo; nada en la serenidad de sus actos que predijera la fibra de acero, la voluntad sin quebrantos, el carácter integérrimo que ni se dobla ni se rompe.

Y así como él, así era nuestra Costa Rica. Las costumbres de patriarcal sencillez vivían lejanas de las complicaciones escabrosas de la vida intensa que hoy nos avasalla: el padre criaba al hijo bajo rígida y cariñosa sumisión: la mujer buscaba en sus naturales encantos la dicha del hogar sin el vano artificio que deslumbra: el campesino labraba la tierra y si quitaba sus ojos del arado, los levantaba a la bóveda celeste, en donde encontraba su fe sencilla la plácida esperanza de un mañana inmortal. Tranquila y honrada, pacífica y buena, ni envidiosa ni envidiada, Costa Rica empujaba sus proceros con andar lento pero seguro, guiada en sus modestos afanes por el jefe querido que por sobre olas serenas de paz y libertad iba llevando, cual piloto experto, la barca del Estado.

Pero llegó el minuto aciago... Negra nube preñada de tempestad oscureció el horizonte: Nicaragua herida por el venablo de la trai-

ción lanzó un grito de dolor, el extranjero manchaba con su planta su manto de libertad y la bala mortífera pretendía sentar sobre la virgen Centro América el reinado opresor del bucanero; la independencia amenazada de nuestra hermana era la sentencia de muerte de nuestra propia independencia: la cadena que forjaba sus eslabones en los campos de Nicaragua era la cadena que amenazaba nuestras manos de hombres libres.

El dilema estaba planteado: la libertad o el sacrificio, el martirio o la servidumbre; la bala vengadora o el látigo del amo, las llamas del Mesón o la marca del esclavo.

Mora no vaciló, ni vaciló Costa Rica. Sin medir las honduras de la sima, sin calcular la inexperiencia militar de nuestros labriegos sencillos, sin poner cuentas en distancias enormes que debían recorrer a pie para llegar a los campos de combate, sin intendencias que procuraran al extenuado el reparador alimento, sin cruz roja que pusiera sobre la ancha herida el bálsamo de la medicina ni el reconfortante halago de la mano caritativa, Mora llamó a su pueblo al sacrificio y allá fueron, extraños al desaliento pueril, sereno el corazón, alta la frente, allá fueron nuestros valientes soldados, con los labios plegados por estoica sonrisa y con la mirada fija en la salud de la patria.

Y la mujer costarricense, con las pupilas húmedas de lágrimas pero con la serena virtud de la espartana, decía adiós, para muchos el eterno adiós y—con el escudo o sobre él—era la muda súplica que hacían a sus hombres que se iban cargados con el rifle, cargados con el modesto y duro bizcocho que amasaron manos cariñosas, cargados con la ligera manta y con el repuesto indígena del *caite*, y cargados también con el sagrado deber de mantener la patria libre.

Campos sagrados de Santa Rosa y Rivas, blancas espumas del rumoroso San Juan, sobre vosotros corrió la noble sangre de nuestro pueblo que ofrendaba valeroso su vida en bien de la patria y de la fraternidad centroamericana. Allí cayeron los héroes de pie descalzo y escapulario al pecho: allí quedaron los bravos artesanos que el deber cruzó con el tahalí guerrero: allí fueron segados los hijos de la fortuna, los mimados de la suerte que nivelaban sus riquezas y sus holguras ante la ola de muerte igualitaria y despiadada; y mordieron el polvo, con la bala entre las cejas, los aventureros audaces que en hora mala pretendieron quebrar las ramas del árbol de la libertad bajo los pesados pliegues de sus tiendas de bandoleros.

El ángel tutelar de la campaña, el bravo don Juanito, apoyado en los fragores del combate por José Joaquín Mora y José María Cañas, los valientes como Ney, los sin miedo y sin tacha, vivió horas de mortal angustia durante las largas peripecias de la lucha. Pero ni lo abatió el eco rudo de los cuerpos de sus compatriotas que se desplomaban al golpe de la muerte, ni amilanó su energía el azote de la peste que diezmaba los hogares, ni puso vacilación en su alma el cuadro triste de viudas y huérfanos envueltos en los crespones de un luto doloroso. Nada contuvo el esfuerzo viril de nuestro Presidente: era necesario vencer y vencedores fuimos contra la horda bucanera.

¡Ah! los bucaneros ¡ah! la triste falange de corredores de aventura, grupo informe de varias razas ligadas en sus propósitos aviesos por el programa de la ambición y la bandera de la codicia! Turba salida del fuero nacional e internacional que ultrajaba con sus torpes manos el pabellón de las barras y las estrellas, el pabellón que es emblema de un gran país, en donde Costa Rica encontró siempre respetado su derecho y amparada su justicia: que ayer por medio de su ilustre Cleveland nos llevó al abrazo fraternal con Nicaragua y que hoy, por la augusta mano de su más alto juez, repara el desgarramiento de nuestro territorio, cierra para siempre la angustiosa disputa que intranquilizaba nuestro patriotismo, dice al mundo con el eco de su autorizada palabra que Costa Rica no discute sin derecho y sin razón y siembra en el corazón hidalgo de sus hijos el anhelo de tender la mano a Panamá con el gesto fraternal de quien concluye su querrela en el seno sacrosanto de la justicia, sin las amargas de quien como Juan Rafael Mora, regó nuestras libertades con la sangre preciosa de nuestros mártires.

* * *

No es el bronce que por veces inmortaliza la forma corpórea de héroes sin valer; no es el mármol que presta por veces sus helados bloques para cantar en sinfonías de piedra las glorias ficticias de hombres de un día: no es el retrato que, con ditirambos exornado, predica virtudes de ocasión, lo que requiere el patricio que nos mantuvo arrogantes en el rol de pueblos libres.

Mora pide a nuestros corazones un altar en donde a diario arda el pebetero de nuestra gratitud: Mora es el símbolo de Costa Rica libre y su recuerdo de noble valor y de romana entereza es y será la vívida lección en donde aprendamos a sentir el patriotismo: Mora ha de ser siempre en el escudo de nuestra nobleza el león rampante que sacude su melena y marcha intrépido al combate antes que rendir su fiereza selvática a los grillos del prisionero: Mora es el nombre que nuestras madres han de murmurar al oído de sus hijos cuando les hablen de honor y libertad: Mora diremos cuando el destino fiero amenace nuestra bien ganada independencia: Mora musitarán nuestros labios cuando en la familiar tertulia elevemos el alma para adorar a Costa Rica: Mora es el emblema, Mora es el pabellón, Mora es la patria... Bendito sea!!!

Discurso

del Mantenedor de los Juegos Florales, Licenciado don Alejandro Alvarado Quirós,
leído con motivo del Centenario, en la velada que se celebró
en el Teatro Nacional

(Fragmento)

*Señor Presidente de la República,
Señoras, Señoritas y Caballeros:*

El 24 de diciembre de 1849 tomó posesión de la Primera Magistratura del Estado don Juan Rafael Mora. Tenía entonces treinta y seis años y durante una década los destinos y el honor de Costa Rica estuvieron en sus manos de hidalgo y de patriota.

Nosotros somos la posteridad. Se ha extinguido para siempre el eco que dejaron las ardientes luchas que provocó su causa entre sus contemporáneos; la familia costarricense quiere olvidar definitivamente los motivos que la dividieron y hoy reconciliada contempla, de pie sobre el pedestal de sus hechos imperecederos, la noble figura del caudillo de la campaña nacional.

De estatura mediana, robusto de hombros, de amplio pecho, de movimientos reposados. Ved ese semblante. Esa frente ancha en que vuela el pensamiento, esos ojos oscuros que brillan con mirada intensa, esos rasgos reveladores de las dos cualidades primordiales de su alma: la bondad y la energía. Y para pintar con un solo brochazo las virtudes que en ese cuadro resplandecen, digamos que hay en él los caracteres esenciales, la gravedad, el vigor y el aire de nobleza de los leones.

El brillante orador y el poeta que me precedieron, han dado ya como síntesis de esta apoteosis la epopeya. Es la página que más se destaca sin duda en la vida de Mora, la afirmación voluntaria y solemne de mantener un pueblo libre, el complemento indispensable a la obra de los próceres de 1821, algo como un canje tardío del tratado de nuestra emancipación, celebrado a la faz del mundo y rubricado con la sangre de nuestros héroes de 1856.

Pero Mora es también como Carrillo el hombre del progreso. Nos independizó de Nicaragua en lo eclesiástico al erigir el Obispado; fijó las bases futuras de nuestros límites territoriales, nos dio carta de entrada en la vida diplomática celebrando convenios con España, Francia e Inglaterra; reanudó durante la guerra el vínculo de amistad que teníamos con los Estados Unidos que nos ha valido los dos laudos justicieros que afirman al Norte y al Sur el imperio de nuestra soberanía; dió un vigoroso impulso al cultivo del café en las campiñas y al cultivo de la inteligencia en la Universidad y en las escuelas, e hizo de nuestra capital, al decir de un investigador erudito, una ciudad digna de tal nombre; es decir, tomó a Costa Rica en los limbos del coloniaje y le infundió la conciencia de su nacionalidad, disipando la penumbra en que vivían sus

Vargas Corto



Grupo de veteranos, tomado en la inauguración de la Escuela Juan Rafael Mora

hijos, y luego, terminada su gestión de estadista, probó con su fin trágico que era el jefe digno de las batallas que glorifican nuestra historia. Cayó en Puntarenas de pie, frente al océano inmenso, sin vendas en los ojos para contemplarlo, en duelo singular con la muerte, esperándola con serenidad viril; cayó con la misma sencillez heroica que caracteriza siempre el ocaso de los héroes, la muerte de los bravos.

Sus dos más caros anhelos se han cumplido por el pueblo costarricense, legatario de sus ideas y de su cariño. ¿No acabamos de presenciarse en ocasión reciente la agitación ruidosa y espontánea que se propagó a todas las clases sociales al solo anuncio de un amago de protectorado? Quizás nuestra susceptibilidad fué excesiva; pero es espectáculo que consuela, ver que cuando se trata de rebajar nuestra libertad o de atentar a nuestra existencia autónoma se borran las diferencias sociales y políticas y se acercan los corazones.

El amor a la patria se completa con el amor a la cultura. La navegación a vapor que se inició durante el gobierno de Mora nos proporcionó más rápido contacto con los países avanzados y desde entonces la inmigración y la prensa extranjera, el libro, la multiplicidad de escuelas, todo ha contribuido a nuestro adelanto, al advenimiento de los tiempos mejores que vislumbraba el benemérito patricio. No podría pues celebrarse el centenario de su nacimiento, que se cumplió el 8 de febrero de este año, con fiesta más bella y adecuada a su memoria que este torneo, en que a la manera de los antiguos griegos, vamos a otorgar palmas y distinciones a la inteligencia.

El arte literario, conformándonos con la definición de nuestro maestro Zambrana, es la interpretación ideal de la Naturaleza por medio de la palabra. Dentro de tan amplio criterio caben todas las escuelas, todas las tendencias, los clásicos, parnasianos y modernistas, puesto que el prisma personal para ver y juzgar las obras de arte tiene importancia decisiva. Don Quijote adornaba a su dama Dulcinea de encantos que sólo existían en su imaginación y era legítimo su cariño. Las nuevas ideas de lo bello exigen que el artista partiendo de lo real toque con su vara de virtud las cosas y las transforme para su propio deleite o para satisfacción estética del público profano.

Hoy nadie duda de que para los pintores y los poetas tenemos grandes bellezas naturales escondidas en nuestro suelo. ¿Conocéis acaso la cima de los Palmares, el picacho del Irazú, la pavorosa ruina que semeja el coliseo del Poás, o la cortina secular que domina el azulado anfiteatro de Orosi? Desde lo alto, cuando el viento desgarrar en jirones la neblina se divisa en esta sección de los Andes, cerrada por lejanas montañas, las cuencas del río Grande y del Reventazón, que caudalosos tropiezan en las rocas y estallan derramando sus cascadas de espuma como perlas sobre el musgo de las piedras y más allá, en los valles, los grandes árboles cuajados de orquídeas colgantes o las palmeras que ponen su nota oriental en ese cuadro. Tal es la sensación de un oasis, que nos ofrece en su cálido regazo la pequeña Costa Rica.

.

Invitaciones
que circularon con motivo del Centenario



Al público

Centenario

del Benemérito General ex-Presidente de la República de Costa Rica
Don Juan Rafael Mora

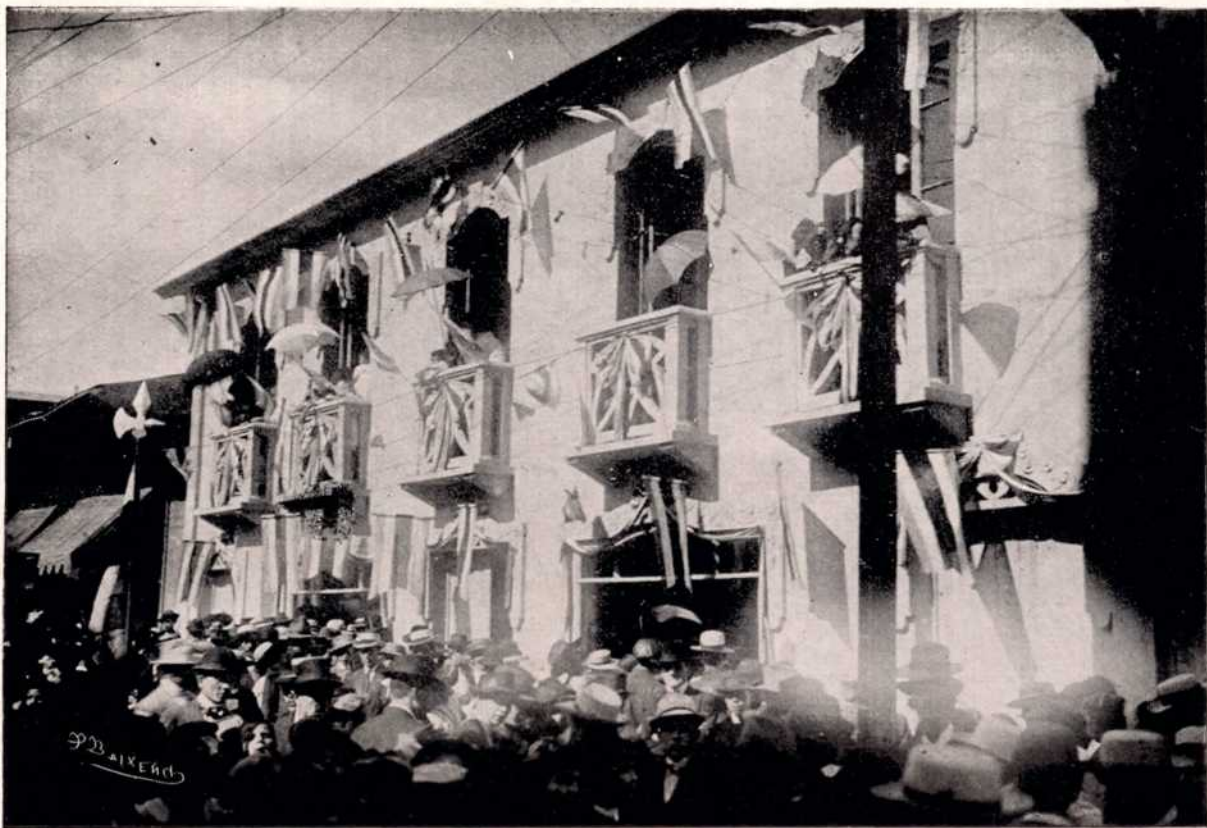
1814 = 1914

Costa Rica debe sentirse orgullosa y satisfecha. Rindiendo el homenaje de glorificación al Padre heroico de nuestras libertades, realizamos por fin el más grande acto de justicia que la Historia registra en sus anales de bronce o de granito.

Nunca como hoy ha despertado nuestro cielo más hermoso, al estallar bajo su dombo apacible, las salvas con que se anuncia el aniversario de la Independencia Patria. Porque si en un día como el de hoy, los hijos del suelo costarricense tienen sobra de motivos para regocijarse por el disfrute de una libertad conquistada sin estrépitos ni violencias, desde esta fecha el júbilo será mucho mayor, si se considera que también celebramos en este 15 de Setiembre de 1914, el centenario del natalicio de un hombre, grande por los actos heroicos de su vida; grande, por la firmeza incorruptible de su espíritu; y grande, por el amor inmenso que profesó a la libertad de su patria.

COSTARRICENSES:

Nosotros no sabemos lo que significa ese nombre: JUAN RAFAEL MORA, esculpido para siempre en la recia columna de la inmortalidad. Desde que él está ahí, a los ojos del mundo, a la contemplación de los pueblos, nuestro país ha hecho una conquista mayor que cuantos territorios pudieran merecerle sus armas o sus esfuerzos diplomáticos. Desde que un pueblo tiene su héroe, ya consagrado por el tiempo y glorificado por los hombres, ese pueblo vive y adquiere personalidad propia en el



Inauguración de la placa conmemorativa colocada en la casa en que nació el Prócer

Lunes 14 de setiembre.—8 p. m.—Gran concierto musical por la banda militar de esta ciudad, en que será estrenada la Gran Marcha de los Héroes, escrita sobre motivos de la campaña del 56 y 57, por el distinguido Maestro don Roberto Campabadal.

Martes 15 de setiembre.—5 a. m.—Veintiún cañonazos anunciarán a los ciudadanos el Día de la Patria.

6 a. m.—La banda militar recorrerá las principales calles de la ciudad tocando alegres dianas. En esta hora será también izado con los honores de ordenanza el Pabellón Nacional en los cuarteles de esta Plaza.

8 y 30 a. m.—Se procederá al descubrimiento de la lápida conmemorativa de la primera centuria del natalicio del Benemérito General don Juan Rafael Mora, en la propia casa en que éste nació, ocupada hoy por la honorable familia Argüello de Vars, frente a la «Alhambra.» Dicha lápida es el modesto homenaje que la juventud de Costa Rica consagra al Libertador de la Patria y en la ceremonia hará uso de la palabra le señor Octavio Castro Saborío. Acto continuo las escuelas de aquí cantarán el Himno Nacional y el Himno a los Héroes de 56, laureado con ocasión de estos festejos.

9 y 30 a. m.—Gran Procesión Cívica con rumbo al Cementerio de esta ciudad, en donde será inaugurado el monumento con que la Nación glorifica la memoria del abnegado defensor de su soberanía, el ex-Presidente General don Juan Rafael Mora en el sitio en que reposan sus sagrados restos. En esta solemnidad llevarán la palabra los señores Coronel don Gerardo Zúñiga Montúfar, don Camilo Cruz Santos y don Gerardo Vega C. En dicho acto participarán los biznietos del Ilustre Patricio, y uno de los héroes del 56 se acercará a colocar una corona de laurel sobre el venerable bronce, que a continuación bendecirá, con el ritual de estilo, el Ilustrísimo Señor Obispo, ejecutando en seguida la banda militar el Himno Nacional.

Esta procesión se ceñirá al siguiente orden para el desfile:

- 1.º—Banda de clarines montados que irán en traje guerrero.
- 2.º—Porta estandarte y guardias.
- 3.º—Representantes de las cuatro repúblicas centroamericanas.
- 4.º—Cuerpo de lanceros, formado por distinguidos jóvenes de esta capital.
- 5.º—Banda militar de aquí.
- 6.º—Escuelas públicas de esta ciudad, presididas por la escuela «Juan Rafael Mora».
- 7.º—Carros-automóvil conduciendo a los veteranos del 56.
- 8.º—Carruaje conduciendo a la familia del Benemérito General Mora.
- 9.º—Cuerpo de Jefes y Oficiales de esta Plaza.
- 10.º—Carroza alegórica simbolizando el triunfo y la gratitud de la República.
- 11.º—Altos Poderes del Estado y ex-Presidentes que lo han regido.
- 12.º—Cuerpo Diplomático y Consular, Ilustrísimo Señor Obispo

de esta Diócesis, Venerable Cabildo Eclesiástico, Gobernadores y Municipales.

13.º—Ateneos, Facultades, Corporaciones, Sociedades Obreras, Centros y Clubs establecidos en el país.

14.º—Carrozas conduciendo las ofertas al Libertador.

15.º—Público en general.

NOTA.—Se ruega a los ciudadanos de la República portar durante los festejos, en la solapa o en el pecho los colores de la Bandera Nacional, y del mismo modo, guardar la mayor compostura en todos los actos, respetando especialmente el orden del desfile arriba indicado.

POR LA JUNTA PATRIÓTICA

OCTAVIO CASTRO SABORÍO

A los obreros

La Sociedad federal de Trabajadores

Invita a todos los obreros del país a concurrir a los festejos que con motivo del centenario del natalicio del Libertador de la Patria, Benemérito ex-Presidente de la República General don Juan Rafael Mora, tendrán verificativo el 15 de setiembre a las 8 a. m.

Con tan patriótico motivo se señala la Plazoleta del Edificio Metálico para organizar el desfile que irá a la colocación y descubrimiento de la Placa Conmemorativa y luego al Cementerio de esta ciudad en donde será inaugurado el busto del insigne ciudadano Mora.

Se suplica la puntual asistencia de todas las clases trabajadoras de Costa Rica, para que cooperen con nosotros a esta obra de justa reparación y gratitud nacional en honor del esforzado caudillo de nuestra libertad.

Por la Directiva,

JOSÉ J. LORÍA,
Secretario

NOTA.—Se encarece a todos los ciudadanos porten durante tales actos, en la solapa, los colores de nuestra bandera nacional.

A los veteranos

Junta Patriótica
 Oro-Juan Rafael Mora

Señor don

Esta Junta Patriótica en el deseo de que las fiestas centenarias en honor del insigne Caudillo libertador de nuestra amada Costa Rica, sea también un modesto tributo de gratitud y de respeto, hacia todos los que con él colaboraron en la conquista santa de nuestra autonomía, ha dispuesto invitar, para que asistan a dichos actos, a todos los heroicos veteranos de aquellas gloriosas jornadas de 1856 y 1857.

Con tal motivo tengo el placer de dirigirme a usted para que, como miembro que es, de esa augusta legión de bravos luchadores que opusieron al audaz invasor la invencible coraza de sus pechos, reduciéndolo a la más completa de las derrotas, se presente si a bien lo tiene, el martes quince de setiembre, a las siete y media de la mañana, portando sus medallas y demás insignias que a su categoría militar correspondan, en el taller de Obras Públicas, frente al Parque Morazán, de donde saldrán los carros automóvil que los conducirán a tomar parte en la Gran Procesión Cívica que irá al Cementerio a inaugurar el Busto del Benemérito General don Juan Rafael Mora, Jefe heroico y abnegado de aquellas memorables campañas que iniciaron para nuestra Patria una era de libertad y de progreso.

Somos de Ud. sus attos. s. s.,

OCT. CASTRO SABORÍO

JOAQUÍN BARRIONUEVO
 Secretario

A las Altas Dignidades

Junta Patriótica
 Oro-Juan Rafael Mora

San José, 12 de setiembre de 1914

SEÑOR:

El Comité organizador de los festejos en memoria del Prócer de nuestra libertad, Benemérito General don Juan Rafael Mora, con motivo

de cumplirse la primer centuria de su natalicio, tiene el alto honor de invitar a a dichas solemnidades, que tendrán verificativo el próximo 15 de este mes, a las 8.30 a. m., y que consistirán en la colocación de una placa conmemorativa del Centenario en la propia casa en que nació el ilustre ciudadano Mora y que hoy ocupa la distinguida familia Argüello de Vars, frente a la «La Alhambra» y terminado este acto, seguirá una gran Procesión Cívica Militar con rumbo al Cementerio de esta ciudad, en donde será inaugurado el monumento que la Nación consagra a su recuerdo, en el sitio en que reposan los sagrados restos del insigne Bienhechor.

La asistencia de a tales actos llenarán de justa satisfacción a los miembros de esta Junta Patriótica.

De usted atentos s. s.,—Octavio Castro S.,—Alejandro Alvarado,—Guillermo Vargas,—Angel Orozco,—Gerardo Zúñiga M.,—Joaquín Barrionuevo,—Secretario.

NOTA.—Las ofrendas florales serán recibidas en el taller de Obras Públicas de donde saldrán las carrozas.



Escuela "Juan Rafael Mora"

Discurso

pronunciado en nombre de la juventud de Costa Rica, por don Octavio Castro Saborío
en el acto de descubrir la placa conmemorativa en la casa
en que nació el Héroe Juan Rafael Mora

SEÑORES:

Descubrámonos ante la cumbre poblada de auras de gloria, en la que parece escucharse aún los gritos del triunfo y los hurras clamorosos del combate!

Sí! Descubrámonos reverentes ante la cumbre. Don Juan Rafael Mora, a quien hoy los pueblos glorifican, es la cima más elevada del patriotismo y de la dignidad costarricenses.

Entre esa benemérita legión de próceres y de héroes que crearon nuestra nacionalidad los unos, y la defendieron a costa de cruentos sacrificios y memorables hazañas los otros, de la tiranía y la invasión bucaneras, se destaca de modo brillante y solemne la altiva y magnífica figura de don Juan Rafael Mora, simbolizando el genio redentor de la patria.

Hay en la azarosa vida pública de este preclaro varón, pasta para todas las grandezas, material para todos los heroísmos, alma y corazón para todas las excelsitudes, dolores y martirios. Por esto su austera figura será eternamente un ejemplo de probidad y abnegación, trazado con caracteres hechos con estrellas en el cielo de nuestras conciencias, que alumbraba en este instante el alma de la patria, que celebra alborozada y feliz, la primera centuria de su nacimiento.

Al despuntar la aurora del día de hoy, bañando con el torrente bienhechor de su luz los amplios horizontes de Costa Rica, y cubriendo con su irizado manto hasta las más encumbradas cimas de sus montes; al escuchar el sonante estampido del cañón que retumba en los espacios, como ecos de lucha, y oír allá a lo lejos, la vibradora trompeta de las batallas que saluda con sus agudas notas el despertar de este día, sentimos que nos habla el corazón y nos dice que hoy es mañana de gloria, de júbilo, de alegría infinita, pues que el sentimiento nacional conmemora con cantos de apoteosis y dulces armonías, el recuerdo del soldado valeroso que llevó nuestro amado pendón a la más alta torre de la victoria y del honor.

Y al contemplar con los ojos del espíritu el hermoso cuadro que en este día histórico presenta la patria, inúndase también nuestra alma de viva emoción, de ardoroso entusiasmo, al rememorar su gran pasado de gloria, y nuestro sér se prosterna de hinojos ante la egregia personalidad del prócer sublime que lo sacrificó todo: hogar, opulencia, dinero, tranquilidad y hasta su misma sangre, por redimir de absurda y torpe esclavitud a su pueblo amado, y conquistar, a trueque de doloroso tormento, lo más precioso y querido para los hombres y las naciones dig-

nas: la libertad, que es el talismán creador de todos los altruismos y de todas las más nobilísimas acciones, que fué también el único sentimiento que le dio bríos y energías a nuestro ilustre patricio para lanzarse, cual legendario titán, al campo rojizo de las batallas, y de ofrendarle después de espléndido triunfo, perfumados ramos de laurel a la diosa Costa Rica, objeto solo de sus generosos empeños y altos anhelos, vértice a donde convergieron todas su miradas, llenas de las más puras esperanzas de futura felicidad para esta tierra, motivo de todos sus amores y afectos.

Don Juan Rafael Mora es, sin lugar a discusión, el héroe representativo de nuestra patria: en él se confunden en raro consorcio todas las virtudes cívicas y morales que deben formar la coraza de los predestinados, de los grandes elegidos, y en su amplio espíritu de ciudadano, de Jefe de Estado, de guerrero y de mártir, hubo siempre campo fértil para todas las legítimas aspiraciones, para todos los sanos impulsos, y en el alma de este caudillo de grandes abnegaciones, no existieron jamás sombras viles que marchitaran su fulgor, ni vergonzosas claudicaciones que ruborizaran su conciencia; en aquel hombre insigne, templado en el fragor de los más rudos combates contra la adversidad, todo fue siempre patriotismo y lealtad, todo fue siempre sujeción al derecho y a la ley; y cuando hayan pasado los años y la historia serena y justa, formule su fallo, libre de mezquinos apasionamientos y estrechos egoísmos, propios tan sólo de ambiciosos mediocres; cuando el análisis de otros días futuros juzgue su obra de libertador y repúblico, trace su veredicto inapelable, sabremos entonces que don Juan Rafael Mora, el Jefe incomparable de nuestra magna epopeya, que el sacrificado de la Angostura, a quien ni la traición ni el dolor lograron abatir,—porque le acompañaba la justicia y el amor de los pueblos,—brillará eternamente con luz propia en la constelación de los inmortales, y que de su nombre esclarecido tendrán recuerdo imperecedero todas las almas en que flamee una bandera de rebeldía y de libertad.

Hay un punto de fraternal unión que enlaza de modo sugestivo la vida de nuestro prócer eximio con la del más glorioso de los caudillos del nuevo mundo, Simón Bolívar, genio profético que realizó el milagro de hacer surgir naciones con la vara de su fe inquebrantable y de efectuar hazañas inconcebibles, que más parecieron delirios de un loco que resoluciones de un general, y que escribió con la punta de su sable,—vengador de una raza—en el ara santa de la patria el triple evangelio: unión, paz y libertad.

Dice un distinguido escritor que en Bolívar se representaron todos los caracteres de nuestra altiva América: sus montañas, su cielo, sus volcanes, su sol, sus noches, sus lagos,—y yo pienso que en nuestro don Juanito también se manifiestan de modo singular, dentro del marco de nuestro país, esos caracteres naturales que he mencionado.—También Mora sintió en su pecho arder la brasa inextinguible de nuestros volcanes, y su alma palpitante de heroísmo experimentó el quemante ósculo de fuego que desde el cielo le enviara nuestro deslumbrante sol tropical, y su anchurosa frente de pensador fue oreada más de una vez por los

ramos de fragante laurel arrancados por manos cariñosas que penetraron en el seno de nuestras vírgenes selvas para traer gajos de aquella sombra preciosa y coronar en él, al símbolo de la República salvada.

¡Sí! Don Juan Rafael Mora también contempló como el gran Bolívar, a través del brumoso prisma del tiempo, el paso fugaz del Dios Exito por nuestras extensas llanuras, convertidas en un instante en campos de victoria, y su voluntad y su altivez indómitas, tuvieron siempre la imponencia y la firmeza de nuestras rocas, la amplitud de nuestras llanuras, el oleaje inquieto de nuestros mares, en los que el Astro Rey doblega humillado su haz de rayos.

. . . Y después! A la hora de la suprema prueba, cuando el cruel ostracismo amargaba sus días, cuando la veleidosa Fortuna le da la espalda y ya no sonríe, lo contemplamos augusto y sereno en su honda desventura, y sólo comprendemos que por su ser pasa, lenta, una inmensa procesión de desengaños y de tristezas, y su corazón semeja entonces las noches frías del crudo invierno, es aquí cuando experimenta, como Bolívar, la angustiosa soledad y el fatal desamparo de su alma, después de tantas luchas gigantes, después de tantos pensamientos excelsos, en bien y para gloria de esos mismos pueblos que en un minuto de irracional vehemencia, ceban en estos dos mártires de la justicia y del derecho universales, todo el encono de sus añejos odios y envidias.

Bolívar en el blanco y solariego páramo de San Pedro Alejandrino; Mora en los abrazadores arenales de la Angostura . . . Ah! pero no hablemos de la maldad de los hombres, que es día de históricas remembranzas, que nos repletan el corazón de inefable alegría y de santo orgullo; reconstruyamos el espectáculo que ofrecía esta ilustre ciudad capital cuando el estrépito de la guerra se acercaba como un lúgubre cortejo de fantasmas, allí en nuestra frontera del Norte. Recordemos las proclamas de Mora, del 20 de noviembre de 1855 y 1° de marzo de 1856. ¿Qué son aquellos bel'os cantos, de la otra nueva Iliada americana, sino el grito sobresaltado de la patria, hecho verbo de fuego, que llama a sus hijos a la guerra santa de su verdadera emancipación? En qué idioma fueron escritos, en qué lengua pronunciados, cuál fue el secreto que tuvieron, cuál fué su sentido exacto, que de humildes campesinos brotaron como por encanto, apuestos guerreros y bizarros luchadores, y que convirtió en cortos días un pueblo sencillo y tranquilo, en una legión de esforzados paladines, dignos de la epopeya!

Por eso, el eco de aquel verbo demoleedor de tiranías vibra aún en nuestros pechos, y es trueno que espanta a los opresores de pueblos débiles, y es antorcha que incendia el templete de oro en que acechan los mercaderes, y es sol de libertad que se prendió en la diadema de la República para iluminar sus pasos al través del tiempo y de las edades!

¡Sí! aquellas bélicas proclamas de Mora fueron el salmo de «Vísperas» que preparó a toda aquella pléyade de varones, fautores de toda clase de sublimidades, fueron el himno precursor de las inolvidables hazañas de Santa Rosa, y su tremenda carga, de Rivas sorprendente que inspira en el humilde Santamaría el heroísmo infinito de su acción benemérita, y que, al igual que Ricaurte lo convierte en inmortal suici-

**Los biznietos de don Juan Rafael Mora
que descubrieron el busto del Drócer en el Cementerio**



De izquierda a derecha: Marta Echeverría Loría, Lupe Sáenz Mora,
José Joaquín Fernández Jiménez y Arturo Echeverría Loría

da que a despecho del cierzo que todo lo corroe, vive y perdura en el bronce. Y de seguidas, San Juan, San Jorge, Sardinal, la casi legendaria desaparición del bergantín «Once de Abril», en el que no se escucha, mientras el barco se hunde en las azules profundidades del océano, más que un solo grito, que más parece el estallido de las almas de aquellos soldados incomparables: VIVA COSTA RICA LIBRE, VIVA MORA! Y tantos otros hechos de armas, llevados a feliz término por aquel improvisado ejército, alentado y nutrido con la sola leche que de los flacos senos de la patria brotara: amor, libertad, justicia . . . !

SEÑORES:—Viva siempre en nosotros el recuerdo de los mártires y próceres que nos dieron, después de brava pelea, esta patria que hoy disfrutamos y vayamos en espiritual peregrinación al templo de la historia, y desfilemos reverentes ante sus manes queridos; evoquemos su gran pasado de luz y quememos en su honor, todo el incienso de nuestro ingenuo afecto en los pebeteros de nuestro corazón. Porque aquellos beneméritos que alentaron altísimos ideales, nos recordarán siempre aquella edad sencilla, digna y pura de la República, y nos hablarán con sus virtudes a toda prueba, y su austero civismo, de las luchas formidables de hace 58 años, de aquel desigual duelo a muerte, en que fue cubierto de fragantes guirnaldas nuestra veterana bandera tricolor, que como lábaro santo llevaban en sus vigorosas manos aquellos bizoños soldados, y nos dirán, cómo se llevó a cado nuestra efectiva independencia, pues estaba en los designios del Altísimo que nuestros abuelos habían de sellarla con sangre de sus propias venas:—y nos contarán del coraje y del talento de unos, de la bravura y audacia de otros, y como, fundidos todos éstos patrióticos anhelos en el más ardoroso crisol de libertad nació al mundo una patria libre para hombres libres y leales a las devociones de la República.

No olvidemos nunca a nuestros fundadores, ellos son el fanal que nos alumbró el futuro, y sólo a ellos y a Dios, invocaremos en nuestros días de duda y desmayo, que también desde sus fosas nos sabrán infundir aliento para rechazar con altiva entereza de ánimo cualquier invasión advenediza o corruptor despotismo, que como negra flor de pantano surgiera en nuestro amado suelo.

Sí! tengamos fe en ellos, y que sean el Dios tutelar que inspire en nuestros corazones todos los más buenos actos de que seamos capaces.

La patria se conquista dos veces: con la espada y con el arado, así nos lo enseñaron los romanos. Y si don Juan Rafael Mora y su puñado de valientes la conquistaron después de dolorosos derramamientos de sangre con la espada libertaria que blandiera su brazo, toca a nosotros mantener esa conquista por el arado, por la paz, por la sagrada armonía que debe imperar en la familia costarricense, para que ganando el tiempo perdido en inútiles devaneos, nuestra querida tierra sea al fin lo que soñaron aquellos probos ciudadanos: el emporio de la civilización y el progreso.

Iniciemos hoy nuestra misión,—y en esta hora solemne, en que la juventud de Costa Rica consagra, con el mármol cincelado, de modo imperdurable, el sitio en que se mecía la blanca cuna del restaurador de

la patria, hagamos el propósito firme ante su memoria, de que en este país, no habrá guerras fratricidas y abominables revoluciones por mentidas doctrinas de partido; que siempre respetaremos la voluntad de sus pueblos, y rendiremos sincero culto a la República en todos conceptos cumplida.

Hoy las almas se congregan bajo el palio de su recuerdo amable que como amplia bandera de fraternidad une a todas las voluntades y a todos los hijos de Costa Rica, para renovarle a la República el juramento que aquellos luchadores intrépidos formularon ha poco más de medio siglo, en los campos de lucha, de disfrutar patria libre o sucumbir, teniendo por única mortaja los jirones de su diáfana enseña.

Y tú, oh Padre Libertador! no desampares al pueblo que lleno de júbilo entona el himno de tu apoteosis; replétalo de tus virtudes insignes y condúcelo como ayer por la senda del decoro y del honor, tú que fuiste «el caballero sin miedo y sin tacha»; no olvides a Costa Rica, que hoy levanta la pesada losa de ingratitud con que cubrieron tu nombre los malos hijos de este suelo.—Gloria a tí, pueblo de 1856 y 1857. ¡Salve, nido de hidalgos!

SEÑORES: — En nombre de la juventud de Costa Rica, entrego a la Patria y a la Historia este mármol conmemorativo!

HE DICHO.



Placa conmemorativa del nacimiento del General Mora, colocada en la casa en que nació
Homenaje de la juventud de Costa Rica

Díscurso

del Coronel don Gerardo Zúñiga Montúfar,
en el acto de descubrirse el Bronce consagrado al Libertador

SEÑORES:

El noveno Presidente de Costa Rica, cuyas cenizas guarda una loza de este cementerio, muerto fué por balas costarricenses sobre un jobo cuyas lúgubres ramas mecen los vientos marinos de nuestra ardiente región del Oeste. Pagó con la vida su acendrada devoción al terruño, naufragando en el piélago tenebroso donde los hombres consumen el sentimiento de humanidad y tórnanse sordos ante otras observaciones que no deriven del raciocinio unipersonal.

Hija adoptiva del cálculo frío, la política, nada sorprende lo que en sus páginas nos muestra su desarmonía infinita, las flagrantes contradicciones y la mentira tradicional.

Desvalido y proscrito, ciego como Edipo y sin otra compañía que la de una hija que le sirvió de Antígona, terminó su preciosa existencia quien en Chacabuco y Maipó libró recias batallas por la libertad de un mundo; y en la selva de Berruecos derramóse la sangre de Abel, según la sentida frase de Bolívar, para recompensar al hombre de existencia diamantina que selló la independencia de América en las cimas gloriosas del Condorcanqui. Qué de extraño entonces, que el primer protagonista de nuestra historia nacional ungido en 1856 y 1857, muerto y excecado en 1860, sea elevada a la apoteosis su memoria hoy en 1914? A la presente generación corresponde la misión de justicia, el encargo ennoblecedor de consagrar el nombre venerado del Alcides nuestro, quien con su maza proscribió la esclavitud del suelo centroamericano y con su ejemplo enalteció las virtudes de la raza.

Sin ser un guerrero, ni un legislador insigne, don Juan Rafael Mora representa el pensamiento y el corazón de una época aciaga, en que el tranquilo labrador de nuestros lares viose impelido a empuñar las armas de combate para levantar la cerviz de Centro América, oprimida por la audacia y la aventura.

En el desempeño de tan ardua y gentilicia misión, cumplió como bueno, dió timbre a nuestra historia nacional, legó un ejemplo a la posteridad, ejemplo que vivo en el espíritu del país constituirá siempre un reactivo poderoso en los momentos de confusión y flaqueza.

Dejémosle durmiendo el sueño misterioso de la muerte mientras la patria consagra su recuerdo en el día de su centenario y mientras nosotros descorremos reverentes el velo de su busto, al abrigo de la bandera tricolor honrada con sus hechos y amada de su corazón.

Discurso

de don Camilo Cruz Santos, pronunciado en el cementerio
al descubrir el bronce consagrado al prócer

SEÑORES:

Mirad cómo se destaca bajo el oro férvido del sol el perfil ancho y severo del Prócer, cual titánico atalaya que diera a su Pueblo y a su Raza el grito patriótico de alarma. Mirad cómo este busto egregio es un faro que esplende y un brazo que señala; un brazo que señala a las generaciones del porvenir la senda del honor y de la libertad, la senda única! Y pensad cómo este símbolo que hoy se encumbra sobre un zócalo de mármol, entre la augusta paz del cementerio, es la etapa final de un éxodo doloroso y amargo que arrastró al busto de desdoro en desdoro, de vergüenza en vergüenza, hasta caer en medio de barricadas y alquitranes, víctima del desdén olímpico de nuestros pequeños-grandes hombres, bajo el martillo de un-remotador de Aduana!... Justo pago que una generación enclenque da a las hazañas del Héroe; tributo digno de los estadistas que de concesión en concesión han ido entregando al extranjero el suelo querido; natural y lógica actitud de los que un día pusieron su talento o su influencia al servicio del contratista aventurero, contra los sagrados intereses de la Patria.

Empero, olvidemos en este gran día nuestra miseria; olvidemos que sólo es busto modesto, en apartado camposanto, lo que debiera ser monumento insigne, en plaza pública; y, elevemos ante él nuestros espíritus hasta la comprensión amplia y justa de su obra, y celebremos en él, no al paladín de las derrotas filibusteras, sino al costarricense modelo, al patriota eximio, al ciudadano de ánimo firme y entero corazón, cuya grandeza salió del marco exiguo de su país y de su época.

Porque en él todo era grande: su hombría; su lealtad; su empeño heroico; grande el prestigio sonoro de su nombre, y más grande aún, el estoicismo con que supo encaminarse al holocausto. Grandeza simple y humana, cual ninguna digna del himno y del bronce, porque más grande que el héroe y sus proezas fue siempre en él la magestad del hombre!

Era fuerte; era justo; tenía la magnífica serenidad de un roble, y ojos de águila que escruta el horizonte... Cuando el huracán de la guerra azotó nuestras fronteras, Mora no contó los buitres invasores, y fuése contra Walker acaudillando un pueblo de labriegos.

Fue sordo a la voz de la «cordura»; que por boca de Sancho fustigaba sus bizarros desmanes de quijote, que en sus venas bullía sangre heroica de España, no la linfa oscura de los mercaderes fenicios. Y despreció el miedo disfrazado de prudencia, y llegó viril a las batallas, loco, con esa magnífica locura de salvar una Patria y una Idea!

.... Y triunfó!

Entre relámpagos de acero, en trilogía de inmortal renombre, celebró el caudillo sus bélicas nupcias con la Gloria, y al volver entre sus

manos la Bandera, toda llena de cicatrices, parecía, bajo la comba azul del horizonte, un fúlgido girón de la victoria traído hasta la Patria por el viento!

Y, después?...

La democracia pagó con el exilio al Prócer, encumbrando a los mercenarios y glorificando a los traidores. Esa democracia que encadenó a Bolívar, que asesinó a Sucre y a Morazán, mató también a Juan Rafael Mora.

Nuestro caudillo calló gallardamente, con la faz serena y voces de paz entre los labios... No encontró la muerte ante las balas de Walker; como al Mariscal Ney—que no pudo hacerse matar por el enemigo—debía partírle el corazón un plomo hermano. Tenía que ofrendar a los pequeños «la trágica expiación de su grandeza»...

Presagios siniestros estremecen los amplios horizontes de la América Hispánica; ya perfilan sobre las crestas de los montes sus ávidas siluetas las águilas del Norte. El futuro está preñado de sombras. Oyense los aletazos de conquista que anuncian la pérfida cohorte... Oh Mora! no despiertes! Ya no habrá en tu nativo solar quién la resista! Nadie empuña el fusil!... Vivimos en el reinado del Silencio, y nos ordenan el miedo por consigna.

Tu sangre, oh Mora! no engendró varones fuertes que empuñaran cual tú nuestra Bandera. Nuestros hombres, en vez de las espadas que esgrimieron antaño los abuelos, arrastran por tierra las rodillas! Ya no verán nuestros jocundos campos la lucha abierta en épico palenque; que esta generación sin fe, ni ideal, ni gloria, desdeña los patricios homenajes, y recibe a los Bárbaros con flores!

Discurso

pronunciado por don Gerardo Vega C., ante el bronce del Libertador
como Delegado de la Sociedad Federal de Trabajadores

SEÑORES:

No encuentra el corazón humano un signo de excusa aunque haya que saltar a duras penas las vallas de la pobreza intelectual, para aportarse con júbilo de ferviente entusiasmo a participar en los sagrados movimientos del patriotismo; ni es el dictado sincero y justo de la conciencia de los hombres que sienten precipitarse por sus venas turbiones de sangre libertaria, el que obliga a enmudecer como ateridos derrotados cuando repercuten en lontananza cual eco de victoria, las hurras entusiastas que llevan en sus ondas los divinos clamores de la Libertad.



Desfile de la procesión cívica al Cementerio General

Por eso al encomendar a mi casi débil capacidad una misión tan enorgullecadora y altiva como es la de loar a los héroes del amor inmensurable a la Patria, ha de caber en el pecho agradecido de un patriota,—si la encomienda resulta satisfactoria como la impulsa el corazón,—una satisfacción infinita que llevará al convencimiento de haber cumplido con un deber propio y de haber sabido corresponder a las justas y vehementes aspiraciones de los obreros de Costa Rica.

Al ser el portavoz de sus sagrados instintos, lleva la inspiración un entusiasmo íntimo y el cometido el orgullo de una honra inmerecida.

En todos los corazones centroamericanos, donde resida con santo anhelo el amor y el reconocimiento justos, se aceleran hoy con más entusiasmo que nunca las palpitaciones del patriotismo. Y es que la Historia con sus indelebles tintes de veracidad, enseña al mundo de los modernos las epopeyas y las glorias de los antiguos, haciendo que el eterno calendario del tiempo consagre en sus infolios las heroicas cruzadas que hicieron los patriotas en pos de la santa Libertad.

Así como la Francia guardará por siempre en camarín de oro la veneranda efigie de Napoleón I, y la América Latina entera llevará como símbolo de libertad el nombre de Bolívar, así Costa Rica en medio de su pequeñez que es emblema de heroísmo y con ella toda la América Central, guarda imborrable el recuerdo del patricio Juan Rafael Mora, que con el febril entusiasmo de los patriotas de corazón se lanzó al reclamo justo en unificación de sus facultades y de sus conciudadanos para que la horda invasora del filibusterismo no arrebatara traidoramente el rico baluarte de la autonomía.

Y fué el prócer costarricense a quien hoy se elevan himnos de gloria,—genio del valor y el carácter,—quien declinó el mando en los momentos de suprema angustia, de iracunda confusión en que se evocaba la tragedia de la sangre por el honor patrio, para emprender con heroísmo napoleónico y a la cabeza de sus compatriotas, la defensa.

Una proclama que era la viva voz del patriotismo forjada con frases casi familiares, bastó para que toda el alma nacional confundida en efusivo abrazo se sintiera un solo corazón ofendido.

La decisión heroica marcó ineludible la ruta de la defensa. Y el Presidente Mora, sintiéndose el más humilde pero a la vez el más altivo de los costarricenses, así exclamó a sus compatriotas:

«A la lid, pues, costarricenses! Yo marchó al frente del ejército nacional. Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble entusiasmo, que me enorgullezco al llamaros mis hijos, quiero compartir siempre con vosotros el peligro y la gloria.»

Sucedieron entonces las reyertas contra el filibustero donde el costarricense puso a prueba su heroísmo y su amor patrio.

Y tras una larga contienda que nos describe remembranzas de victoria, pudo el ínclito Mora regresar con orgullo envuelto en la inmaculada bandera tricolor.

* * *

El alma del obrero centroamericano debe recoger el glorioso pabellón azul y blanco—hoy hecho girones por los conculcadores,—para rehacerlo con su sangre y que flamee en las cumbres del Derecho, sacándolo vencedor en la augusta lucha por la Democracia para que vaya immaculado como tremoló en el bridón del guerrero Jerez; uniéndose en el abrazo fraternal del patriotismo, con un gesto épico, en ademán de lucha y con la mirada vuelta al infinito, para decir a los bucaneros, cuya águila se percibe en el horizonte en actitud amenazante:—que en las nevadas cumbres Andinas tiende su vuelo potente el Cóndor audaz: que en las vírgenes montañas centroamericanas revoletea el bravío Quetzal, símbolo de nuestras energías:—que preferimos la Cicutá que apuró el filósofo antes que la Esclavitud que anhelan los traidores:—que sabremos templar nuestros aceros en los rojos fulgores que destella ese sol que no se ha hundido todavía y que se llama Juan Rafael Mora:—que vivificaremos nuestras almas en la luz inagotable que irradia la figura esbelta de la Libertad

Y nuestras voces vibrantes de entusiasmo y alegría han de repercutir en todos los apartados rincones del Universo, porque en torno de nosotros está la mirada del insigne prócer que hería como la flecha de Tell; está su palabra casi divina que caía como una bomba explosionando en la vieja selva de todas las ambiciones que han caminado en las espaldas de la tradición,—siempre fuertes,—como las alas del huracán.

La remembranza de la magna fecha que celebramos trae consigo la meditación sobre su pasado, porque la Patria centroamericana, que un día como hoy nos legaron, grande en su pequeñez, los valientes próceres del año 1821, se desespera, se angustia en el naufragio de las ideas, porque oye el siniestro trotar de los liberticidas; porque ve que muchos de sus hijos se doblegan como parias; porque siente los martillazos que en su corazón está dando la deslealtad.

Y ahora que vamos pasando la mirada por el sagrado libro de la Historia; ahora que vamos despertando las sombras heroicas y exhumando las ilustres figuras, ellas, al incorporarse llenan de sublime estupor y de gratitud inolvidable a las generaciones que las ven salir de la penumbra.

¿Quién no admira la figura del eximio patricio en la guerra y en la paz?

En la guerra llamando a sus compatriotas para que se aprestaran a empuñar el arma.

En la paz,— que es una de nuestras sublimes idealidades,—invitando a los soldados para que comulgaran en el altar de la Patria, para que festejaran en el opulento banquete de la Fraternidad, el triunfo.

He aquí otra de sus más bellas proclamas, que lanzó al ejército el 11 de enero de 1857:

«Habéis cumplido dignamente vuestro deber para con la Patria. —Ella sabrá recompensaros.—Dios premiará vuestros esfuerzos.—Nada, nada os ha detenido.—Llor a vosotros!—La subordinación, el valor, la constancia y arrojo os han hecho admirar de propios y extraños.—Vuestros compatriotas os vitorean desde aquí, orgullosos de llamaros herma-

nos.—Yo uno a ellos mis felicitaciones velando siempre por vosotros. Continuat siempre unidos con ese tesón, con esas virtudes, y con ellas conquistaremos una paz duradera, gloriosa y fecunda para la Patria.»

Así exclamó el insigne patricio cuando la guerra terminó, y estas frases que son la salmodia del Bien habrán de perdurar en el alma de los costarricenses como una consigna santa del Patriotismo; como una lección imborrable en la memoria de los hombres agradecidos que envueltos en la bandera de la Paz, recibiendo los dardos de oro del sol de la Libertad van recorriendo el luengo camino de la existencia proclamando ante las generaciones presentes y venideras la doctrina eternamente fausta de las reivindicaciones.

He dicho.



Busto del General Mora en el Cementerio General,
inaugurado el 15 de setiembre de 1914

Ecós de la Prensa



Las fiestas

del Centenario de Mora resultaron espléndidas

Las fiestas conmemorativas del Centenario de Mora, resultaron en verdad más solemnes y animadas de lo que el público esperaba.

Lo que hace alto honor al organizador de las mismas, don Octavio Castro Saborío, a quien nos complacemos en felicitar muy sinceramente.

Esto en cuanto á los festejos cívicos; la velada en el Nacional fue organizada por otros miembros del comité respectivo. Dicho lo cual pasamos a narrar en detalle las solemnidades aquellas.

En la ciudad, desde la mañana hubo mucha animación.

Por las calles un constante ir y venir de gente, eso añadido al extraordinario movimiento de coches y autos, daba a la población un aspecto realmente interesante.

A eso de las 8 a. m. un grupo de jóvenes de lo más distinguido de nuestra sociedad, elegantemente uniformados de blanco, sombrero de pita con el ala doblada atrás, relucientes polainas de charol, bandera tricolor cruzada al pecho y montados en elegantes y briosos corceles, recorrieron, al toque de una música de clarines, las avenidas principales de la capital; esto contribuyó a despertar en las masas un entusiasmo patriótico grande.

A las 8.30 salieron del Parque Morazán la carroza alegórica, los omnibus y coches con los veteranos del 56 y 57.

Seguía a la línea de vehículos un público numeroso, que entusiasmado vivaba a la República, al recordado e ilustre prócer y a los veteranos.

Muy artísticamente fue dispuesta la carroza alegórica; en ella iba la encantadora señorita Mina Coronas Guardia; vestía un bello traje de púrpura y cubría su blonda cabellera el gorro frigio de la Libertad; llevaba en la diestra un báculo dorado del que pendía una pequeña bandera tricolor, de seda; en la siniestra, una corona de laurel, con que debía ser coronado el busto del Prócer.

La carroza y los coches unieronse en la calle Este del Parque Central, con el numeroso público que allí esperaba para formar el gran desfile.

Pasada la ceremonia del descubrimiento de la lápida en la casa donde nació el prócer, lugar donde pronunció un bello y patriótico discurso el señor Castro Saborío, principió el desfile al Cementerio, en el orden siguiente:

Banda de Clarines, Caballería, Escuelas, (solamente asistieron los niños de los grados 3, 4, y 5 de las Escuelas Superiores), Secretario de la Guerra, con 26 Jefes y Oficiales de su Estado Mayor; carroza, coronas, carroza alegórica, a la que hacían guardia una sección de bomberos; ex-Presidentes de la República, Cuerpo Diplomático y Consular, Magistrados de la Corte Suprema de Justicia, Magistrados de la Corte de Paz, Facultades, Corporaciones, Sociedades en general, otros coches con coronas, coches oficiales con las hijas del Prócer, nietos, biznietos y otros familiares; y por último la carroza y coches con los veteranos.

Cerca de las 10 llegó la procesión al Cementerio, y cuando el elemento oficial se presentó en el lugar donde se encuentra el busto del prócer, ya el público había invadido todo el espacio y hubo dificultades para dar allí cabida a los escolares, representantes del Gobierno, Facultades, Corporaciones, etc., etc., y, en medio de una estrechez y molestia grandes se llevó a efecto la ceremonia del descubrimiento del busto, que la hicieron los cuatro biznietos del Prócer, en medio de los atronadores vítores de la inmensa concurrencia.

Luego pronunció un discurso don Camilo Cruz Santos, otro don Gerardo Zúñiga Montúfar y por último, don Gerardo Vega C., en representación de la «Sociedad Federal de Trabajadores».

Todos los oradores estuvieron muy bien en sus discursos y fueron ovacionados.

Un veterano del 56 colocó en la cabeza del busto del Prócer una pequeña corona de laurel, acto que fué delirantemente celebrado.

En una palabra: sin dinero, organizar una fiesta de la naturaleza de aquella, con el brillante resultado que tuvo, es ciertamente un heroísmo.

El público quedó muy satisfecho de lo hermosas y animadas que resultaron aquellas festividades patrióticas.

(De La Información)

La fiesta patriótica

con motivo del Centenario de Mora



El programa oficial en cuanto a salvas de artillería y recorrido de las calles principales tocando alegres músicas, se cumplió como estaba anunciado y dio principio el regocijo popular.

Luego desde las ocho de la mañana empezó la gente a congregarse en los alrededores del Parque Central y a estacionarse en la manzana de La Alhambra, frente a la casa de la estimable familia Argüello de Vars en espera de la ceremonia del descubrimiento de la lápida conmemorativa.

Antes de las ocho y media de la mañana ocupó el centro de la calle y frente a la casa Mora, la Escuela de Párvulos «Juan R. Mora», de que es Director el ilustrado y competente educacionista don Angel Orozco en asocio de su cuerpo de maestros y maestras, ostentando un estandarte de seda con el retrato del Prócer.

Fue éste el único plantel que tomó participación en los cantos patrióticos ejecutados con el acompañamiento de la banda militar de esta ciudad, cuya batuta estuvo a cargo del maestro don Alfredo Morales.

En el salón de recepción de la misma casa fueron congregándose algunos miembros de los cuerpos diplomático y consular, Magistrados de la Corte y Jueces, Diputados, etc.

Solamente dos ex-Presidentes de la República concurrieron a todo el ceremonial: los Licenciados don Bernardo Soto y don Cleto González Víquez.

El señor Secretario de Estado en el Despacho de la Guerra don Federico A. Tinoco, entró acompañado de un cuerpo compuesto de 27 jefes y oficiales del servicio activo, siendo dos de ellos conductores de una valiosísima corona de flores.

De los miembros del Gabinete notamos la presencia de los Secretarios de Estado de Fomento y Relaciones Exteriores, Licdos. Echandi y Castro Quesada, y del Subsecretario de Instrucción Pública, don Luis Felipe González, quienes llegaron en carruaje para tomar parte en el desfile.

EL ACTO SOLEMNE

A las nueve de la mañana, en medio de un concurso de gente que llenaba apretadamente toda la manzana, desde la esquina del Ideal Room hasta la de La Magnolia, tocó la banda militar el Himno Nacional que fué cantado con entusiasmo por los alumnos de la Escuela «Juan R. Mora» y escuchado con respetuoso recogimiento por la concurrencia.

A continuación el joven don Octavio Castro Saborío, nervio organizador de los festejos, ocupó la tribuna y leyó un hermoso discurso apropiado al acto y en el cual hace destacar con rasgos brillantes la figura del noble patricio y esforzado y valiente General don Juan R. Mo-

ra, a cuyo esfuerzo y valor se debió la consolidación de la libertad y autonomía de Costa Rica.

Lo extenso del discurso no nos permite darle cabida; mas, justo es consignar que el joven Castro Saborío al terminar su cometido fue saludado con aplausos estrepitosos, muy merecidos.

Acto continuo una de las señoritas que ocupaban el balcón más próximo a la placa desprendió la bandera que la cubría, dejando aquélla expuesta a la pública contemplación. Según se nos informó, las gentiles manos que descorrieron aquel velo, eran de una de las señoritas descendientes del Prócer, pues en los balcones se hallaban presenciando la ceremonia, hijas, nietas, sobrinas, etc., de don Juan Rafael.

LA LÁPIDA CONMEMORATIVA

Por encargo del comité representante de la juventud organizadora de esta parte de la fiesta, fue labrada la lápida en alto relieve por el inteligente cuanto modesto artista costarricense don Antonio Portuguese, quien perfeccionó su carrera en Italia, al lado de distinguidos maestros como el señor Fioli.

Mide la placa un metro cincuenta centímetros de alto por sesenta y nueve centímetros de ancho, es de mármol blanco legítimo de las canteras de Carrara y contiene lo siguiente:

En la parte superior, en semicírculo dice «Al Libertador»—debajo una alegoría formada por un morrión de general, un cañón motando, una espada, la bandera, un montón de balas, y dos ramos entrelazados de palma y de laurel.

La inscripción continúa así: «Aquí nació el 8 de febrero de 1814 el Benemérito de la Patria, General Juan R. Mora. La juventud de Costa Rica le consagra este homenaje. Febrero 8 de 1914.»

Durante la ceremonia se aproximaron al núcleo de la concurrencia la carroza alegórica de la República simbolizada por la señorita Fermina Coronas Guardia, hija de don Angel Coronas, que contará 15 abriles; un automóvil todo cubierto de ofrendas florales valiosas, representando instituciones, colonias, etc.

En un auto-camión seguían algunos de los héroes del 56 y otros en carruaje, entre los cuales pudimos ver al respetable anciano don Cleto Monestel.

Finalizó el acto con el Himno a Juan Santa María, cantado por la misma escuela de don Angel Orozco y acompañado por la banda, ejecución que hizo prorrumpir al público en vítores y aplausos, terminando la patriótica coremonia; y, conforme el programa, se inició así

EL DESFILE HACIA EL CEMENTERIO

Arrancando del Parque Central, por la calle 2ª Sur, hacia la Avenida 10ª Oeste—vía al Cementerio General—se formó una procesión tan animada, que por su compacto número merece registrarse como una de

las más grandiosas y elocuentes manifestaciones del júbilo popular y de las expansiones del sentimiento patriótico.

Rompían el desfile cuatro clarines montados, tocando a trechos aires de marchó guerrera; seguía el escuadrón de lanceros, montados también, y que eran unos 40 jóvenes capitolinos de buenas y distinguidas familias, vestidos de blanco, portando lanzas casi todos a excepción de los que llevaban estandartes; a continuación las Escuelas «Juan R. Mora», la de don Ramiro Aguilar, la de don Juan Rudín, anexa al Liceo de Costa Rica y la de don Ricardo Castro M., de Mauro Fernández; la ofrenda floral—valiosa corona del cuerpo militar, conducida por oficiales del servicio activo; la carroza alegórica; el Estado Mayor con el señor Secretario de la Guerra a la cabeza, acompañado del Secretario de la Comandancia de Plaza, Teniente Coronel don Federico Mora Carranza, automóvil y coches conduciendo a los soldados del 56; cuerpo diplomático y consular, entre los que iban los dos ex-Presidentes de la República ya citados; Magistrados, Diputados, Jueces, público general y carruajes particulares.

Como hemos dicho, la concurrencia fue tan numerosa que llenaba las calles del tránsito.

EN EL CAMINO

En todas las bocacalles que dan a la avenida del cementerio se veían grupos de gente presurosa agregarse al desfile para dirigirse al lugar de la apoteosis, y en las casas y lugares adecuados al descanso muchos atisbaban el paso de la procesión, la cual llegó, se instaló en el cementerio, al rededor del busto, que se hallaba cubierto con la bandera costarricense, a eso de las 10.30 a. m. encontrándose aquel sagrado lugar invadido completamente por las multitudes que de antemano habían tomado puestos preferentes y las multitudes que llegaban a disputárselos.

ANTE EL BUSTO DEL PRÓCER

Instaladas las personalidades que formaban como partes principales del acto, los clarines y cornetas dejaron oír los compases de las marchas granaderas, pausadamente, lentamente, y la banda militar tocó el Himno Nacional. Todos hubimos de descubrirnos y del venerable busto fué descorrida la bandera que lo cubría, mostrando a la concurrencia la efigie de don Juan Rafael Mora.

Cumplida la ceremonia eclesiástica que ejecutó el Ilustrísimo señor Obispo Stork, hicieron uso de la palabra los señores Camilo Cruz Santos, Gerardo Zúñiga Montúfar y Gerardo Vega C., habiendo sido,—el primero,—numerosas veces interrumpido por el auditorio con entusiastas palmadas, pues, tuvo en su discurso frases tan felices como hermosamente patrióticas. Los oradores fueron premiados también con aplausos al terminar su cometido.

EL DESFILE

Terminado el patriótico ceremonial, muchas personas se dirigieron a las diferentes moradas eternas de sus deudos, a depositar sus preces, mientras el cortejo general *ad libitum* regresaba a la ciudad, inundando sus calles y haciendo grata relación del memorable día de la Patria.

(De *El Noticiero*)

Los festejos de ayer en esta capital

Estábamos en plena lucha política para la renovación de los poderes públicos, el año pasado, cuando el ex-Presidente de la República, Lic. don Cleto González Víquez, desde las columnas de «La Información» hizo un llamamiento al patriotismo de los costarricenses, y en especial a los jefes de los partidos militantes, con el fin de celebrar dignamente el aniversario del natalicio de don Juan Rafael Mora.

Pasada la lucha política, los grandes no se acordaron más que de comprarle el aeroplano al aviador francés Marius Teice y de hacer las fiestas consiguientes al bautizo del aparato, dejando en olvido el más grande y el más justo de los homenajes.

El Ateneo de Costa Rica, llamado a secundar la idea del señor González Víquez, no tomó con empeño el asunto y se creía que la iniciativa se había perdido, cuando dichosamente se levantó la voluntad de uno de los paladines más bizarros de la juventud, don Octavio Castro Saborío, quien tomó con marcado empeño el proyecto y poniendo a sus espaldas el pesado fardo de una buena organización, se propuso hacer el festival patriótico de ayer.

Tropezando con muchas y serias dificultades, el señor Castro Saborío trabajó hasta dejar grabada en la pared exterior de la casa en que naciera don Juanito el 8 de febrero de 1814, la placa conmemorativa y cubiertó el bronce del cementerio con infinidad de ofrendas florales.

El entusiasmo por el festival patriótico se notó desde las primeras horas de la mañana; todos los ciudadanos portaban en sus solapas la bandera tricolor y los niños de las escuelas superiores lucían terciada la misma divisa de la Patria.

En la planta baja de la casa habitada por la distinguida familia Argüello de Vars, se reunió gran parte del Cuerpo Diplomático y Consular, el señor Ministro de Guerra con su Estado Mayor, los ex-presidentes de la República, Licenciado don Bernardo Soto y Licenciado don Cleto González Víquez, las Facultades de Farmacia e Ingeniería, representantes de la prensa y otras asociaciones.



Acto de la bendición del busto del General Mora en el Cementerio General

La planta alta de la mencionada casa estaba ocupada por la numerosa familia descendiente de don Juanito Mora.

Colocados frente a la casa se encontraban los alumnos de la escuela «Juan Rafael Mora» y una numerosa concurrencia de particulares. Portaban el estandarte de la escuela antes dicha los jóvenes Francisco Castro Argüello, sirviendo de guardias Enrique Silva y Miguel Obregón Loría.

Dió principio la fiesta con la ejecución del Himno Nacional.

Se había designado a un joven para que descubriera la lápida conmemorativa, pero este joven envió muy tarde su excusa para este acto, por motivos que ignoramos.

Don Octavio Castro Saborío, pronunció un bello discurso alusivo al acto, en el cual hizo una apología completa del gobernante probó y del defensor valeroso de la Patria.

Al finalizar su discurso, el señor Castro Saborío descubrió la lápida que tiene la siguiente inscripción:

«Aquí nació el 8 de febrero de 1814 el Benemérito de la Patria, General Juan Rafael Mora. La juventud de Costa Rica le consagra este homenaje. Febrero 8 de 1914.»

La plancha es de mármol y mide un metro de largo por medio de ancho; las letras están sobre relieve.

Se ejecutó luego el Himno a Juan Santa María, cantado por la escuela «Juan Rafael Mora» y acompañado por la banda.

Se procedió luego al arreglo del desfile conforme a este orden:

- 1.—Banda de clarines montados;
- 2.—Cuarenta jóvenes montados portando banderas de Centro América;
- 3.—Banda Militar de San José;
- 4.—Escuela «Juan Rafael Mora»;
- 5.—Escuela Superior de Varones Número 1;
- 6.—Escuela Superior de Varones Número 3;
- 7.—Escuela Anexa al Liceo de Costa Rica;
- 8.—Corona del Ejército;
- 9.—Carroza alegórica, en la cual se llevaban los trofeos y prendas personales del expresidente Mora, representando a Costa Rica la bella y espiritual señorita Mina Coronas;
- 10.—Ministro de Guerra y Estado Mayor;
- 11.—Secretarios de Estado;
- 12.—Familia de don Juan Rafael Mora;
- 13.—Ex-Presidentes de la República. (No asistieron más que el Licenciado don Bernardo Soto y el Licenciado don Cleto González Víquez);
- 14.—Cuerpo Diplomático y Consular;
- 15.—Corte de Justicia Centroamericana;
- 16.—Municipalidad de San José;
- 17.—Facultad de Ingeniería;
- 18.—Facultad de Farmacia;
- 19.—Representantes de la Prensa.

20.—Ateneo del Liceo de Costa Rica;

21.—Carroza conduciendo a los veteranos de las campañas del 56 y 57;

22.—Particulares.

Organizada que fue la concurrencia, según el orden anterior, se puso en marcha, desfilando por la calle 2.^a hasta llegar a la avenida del cementerio, donde siguió camino recto hasta este lugar.

Numerosa concurrencia apostada en las esquinas veía pasar el desfile y al paso de la carroza de los veteranos, éstos eran saludados con aplausos y vítores entusiastas.

Una hora y media tardó el desfile hasta el cementerio, en donde ya esperaba la multitud rodeando el busto de Mora que había sido cubierto con la bandera de la Patria.

Ocuparon la tribuna don Camilo Cruz Santos, don Gerardo Zúñiga Montúfar y don Gerardo Vega C., quienes se expresaron en términos conceptuosos y elegantes habiendo sido interrumpidos frecuentemente por los aplausos.

Entre el gran número de ofrendas florales que fueron enviadas por distintas asociaciones, funcionarios y particulares, anotamos las siguientes, que fueron colocadas en un carro alegórico que formaba parte del desfile.

Presidente de la República de Costa Rica, Congreso Constitucional de Costa Rica, El Ejército de Costa Rica, Corte de Justicia Centroamericana, Homenaje de la Legación de México al ex-Presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, Minister of the United States, El Encargado de Negocios del Salvador al Benemérito don Juan Rafael Mora, La escuela «Juan Rafael Mora» al Prócer Costarricense, La Municipalidad de Alajuela al Prócer don Juan Rafael Mora, Municipalidad de San José, El Liceo de Costa Rica al Benemérito de la Patria, Juan Rafael Mora, 1814-1914, El Instituto de Alajuela a don Juan Rafael Mora, El Ateneo de Guatemala al Prócer Centroamericano Juan Rafael Mora, El Ateneo del Liceo de Costa Rica, Facultad de Ingeniería de Costa Rica, Facultad de Farmacia de Costa Rica, La Sociedad de Socorros Mutuos del Tranvía al héroe y libertador de la Patria, don Juan Rafael Mora, Sociedad Federal de Trabajadores al Prócer Juan Rafael Mora, Cónsul de la República Argentina, Colonia Española en Costa Rica, Angel María Bocanegra al perínclito centroamericano don Juan Rafael Mora, Consulado de Austria Hungría, Consulado del Perú, Consulado de Colombia, Edwar J. Hale Envoy Extraordinary and Minister Plenipotentiary of the United States of América, por los Comités autonomistas de Honduras, Saturnino Medal, Cleto González Víquez, Bernardo Soto, Nicolás Oreamuno, Fernando Jiménez, Alberto Echandi, Roberto Brenes Gudiño, José Mariano Crespo, Ministro de México en Costa Rica, Lucas Fernández, Joaquín Alsina Espinosa, Chargé d'Affaires de Cuba, Maximiliano Soto Fernández, Pacífica de Soto.

Todas las anteriores ofrendas fueron entregadas en la puerta del cementerio a los viejos veteranos, quienes, una vez que concluyeron los discursos oficiales, desfilaron frente al bronce y colocándolas sobre la tumba.

Los nietos de don Juan Rafael fueron designados para descubrir el bronce a los acordes vibrantes de nuestro bello himno patrio.

La fiesta de ayer ha sido una demostración palmaria de que el recuerdo de nuestro «don Juanito» se mantiene latente en el corazón de todos y cada uno de los costarricenses.

Antes de cerrar la crónica de estos festejos, permítasenos enviar nuestra calurosa felicitación al comité organizador, muy especialmente a don Octavio Castro Saborío, sin cuyo empeño quizá no se hubiese pagado esa deuda de gratitud que teníamos contraída.

De regreso del cementerio, los cincuenta veteranos que concurrieron fueron invitados por la distinguida matrona doña Amalia Saborío de Castro a pasar a su casa de habitación, en donde les fué servido un suculento almuerzo que los viejecitos agradecieron profundamente.

De "La Prensa Libre"

Las solemnes fiestas patrióticas

en honor del libertador de la Patria, General don Juan Rafael Mora,
fueron una verdadera apoteosis

Colocación de la lápida conmemorativa

Una numerosa concurrencia invadió desde las primeras horas de la mañana del 15 de Septiembre los alrededores de la casa habitada por la estimable familia Argüello de Vars en esta capital, con el fin de presenciar el acto del descubrimiento de la lápida conmemorativa en la casa en que hace un siglo vió la luz el más grande de los costarricenses, don Juan Rafael Mora.

Gentes de todas clases sociales, los niños de las Escuelas Superiores graduadas, «Juan Rafael Mora», Superior de Varones n.º. 1, n.º. 3 y la Anexa al Liceo de Costa Rica, se encontraban situadas frente a la casa en referencia en donde vimos también gran parte del Cuerpo Diplomático y Consular acreditado en Costa Rica, las Facultades de Farmacia y de Ingeniería, la Municipalidad de San José, el Ateneo del Liceo de Costa Rica, y otras varias instituciones.

Poco antes de las nueve de la mañana, con la llegada de las carrozas alegóricas, dió principio el festival con la ejecución y canto del Himno Nacional por la Banda Militar y los niños de las Escuelas.

Se había dispuesto que un socio del Ateneo de la Juventud, tomara parte pronunciando un discurso, pero desgraciadamente llegó muy tarde.

El entusiasta iniciador de la fiesta, don Octavio Castro Saborío ocupó la tribuna pronunciando un patriótico discurso, al final del cual

descorrió la bandera tricolor que cubría el mármol conmemorativo, dejándose ver la siguiente inscripción: «Al libertador». Luego un hermosa alegoría, y en la parte baja una leyenda que dice: «Aquí nació el 8 de febrero de 1814 el Benemérito de la Patria, General don Juan Rafael Mora. La juventud de Costa Rica le consagra este homenaje. 8 de febrero de 1914».

Terminada esta ceremonia los niños cantaron el Himno de Juan Santa María, y se procedió al arreglo del desfile, de la siguiente manera:

- 1.—Banda de clarines montados.
- 2.—Cuarenta jóvenes montados portando banderas de Centro América.
- 3.—Banda Militar de San José.
- 4.—Escuela «Juan Rafael Mora».
- 5.—Escuela Superior de Varones Número 1.
- 6.—Escuela Superior de Varones Número 3.
- 7.—Escuela Anexa al Liceo de Costa Rica.
- 8.—Corona del Ejército.
- 9.—Carroza alegórica, en al cual se llevaban los trofeos y prendas personales del ex-Presidente Mora, representando a Costa Rica la bella y espiritual señorita Mina Coronas.
- 10.—Ministro de Guerra y Estado Mayor.
- 11.—Secretarios de Estado.
- 12.—Familia de don Juan Rafael Mora.
- 13.—Ex-Presidentes de la República. (No asistieron más que el Licenciado don Bernardo Soto y Licenciado don Cleto González Víquez).
- 14.—Cuerpo Diplomático y Consular.
- 15.—Corte de Justicia Centroamericana.
- 16.—Municipalidad de San José.
- 17.—Facultad de Ingeniería.
- 18.—Facultad de Farmacia.
- 19.—Representantes de la Prensa.
- 20.—Ateneo del Liceo de Costa Rica.
- 21.—Carroza conduciendo a los veteranos de las campañas del 56 y 57.
- 22.—Particulares.

Una numerosa concurrencia apostada a uno y otro lado de las calles por donde pasó el desfile, aplaudía y vitoreaba el paso de los héroes vivientes de la Campaña Nacional.

Llegado que se hubo al Cementerio, la concurrencia, que se estima en unas diez mil personas, se colocó alrededor del bronce y bajo los acordes imponentes de nuestro bello Himno Nacional, los nietos del Prócer descorrieron la bandera tricolor que lo cubría, dejándose ver la figura severa de don Juanito.

Ocuparon la tribuna don Camilo Cruz Santos, don Gerardo Zúñiga Montúfar y don Gerardo Vega C., quienes pronunciaron bellos y patrióticos discursos alusivos al acto.

A las 11 de la mañana y después de terminado este acto los veteranos colocaron al pie del monumento coronas y las ofrendas florales de

de varias asociaciones que habían enviado, cuya lista fué publicada en nuestro colega «La Prensa Libre» de anoche, y la que no damos por falta de espacio.

Un aplauso muy merecido recibán los jóvenes del Comité Patriótico, por el empeño y decisión que tomaron en la celebración de esta fiesta patriótica que dejamos narrada a grandes rasgos en las líneas anteriores.

De La República

Efemérides

de la vida del General don Juan R. Mora

Nació en la ciudad de San José, capital de la República de Costa Rica, el 8 de febrero de 1814.

Fue nombrado Diputado por San José el 15 de setiembre de 1846

Figuró como Diputado en la Constituyente de 1847.

Fue electo popularmente Vicepresidente de la República el 13 de noviembre de 1847, hizo renuncia de ese puesto y no le fue admitida.

En su carácter de Vicepresidente y por permiso concedido al Presidente Doctor don José M^a Castro, se hizo cargo del Poder Ejecutivo en el mes de marzo de 1848 y lo desempeñó hasta el 4 de abril del mismo año; en esa ocasión dió muestras de su energía y dotes de mando, con motivo de la revolución que estalló en la ciudad de Alajuela contra el Gobierno del Dr. Castro.

El 23 de julio de 1848 se le admite la renuncia de Vice-Presidente de la República,

Por decreto n^o 27 de 17 de julio de 1849, se declaran importantes sus servicios al país y dignos de la gratitud pública.

El 16 de noviembre de 1849 es electo nuevamente Vicepresidente de la República.

El 24 de diciembre de 1849 es electo popularmente Presidente de la República.

Es declarado Benemérito de la patria el 21 de junio de 1850.

Se declara por el Congreso que al dejar la Presidencia de la República goce del sueldo de su grado. Decreto de 1º de julio de 1852.

El 2 de diciembre de 1852 el Congreso le da un voto de agradecimiento y una condecoración, con motivo de la celebración del Concordato.

Es electo popularmente Presidente de la República el 3 de mayo de 1853.

Hace el Tratado con España por el cual esta nación reconoce a Costa Rica como República libre e independiente, el cual fue aprobado por decretos de 27 de setiembre de 1850 y 6 de marzo de 1851.

Por decreto de 30 de mayo de 1854 se le concede permiso para aceptar la condecoración de Caballero de la Gran Cruz de San Gregorio Magno.

El 7 de marzo de 1856 toma el mando del Ejército que sale con dirección a Nicaragua a desalojar a los filibusteros que se habían adueñado del Gobierno de aquel país, y entrega la Presidencia de la República al Vicepresidente don Francisco M^a Oreamuno.

Por decreto del Congreso de 25 de junio de 1856 se le da el grado de General de División.

En su honor se da al Guanacaste, por decreto de 30 de mayo de 1854, el nombre de Moracia, el cual se le quitó al llegar al poder los hombres del 14 de agosto, por decreto de 20 de junio de 1860.

Por decreto de 27 de octubre de 1857 se le da el título de Capitán General.

Es electo popularmente Presidente de la República el 4 de mayo de 1859, encontrándose en esa fecha en la República de Nicaragua, con motivo de los trabajos que se hacían para la apertura del Canal.

Por decreto fechado el 16 de abril de 1858, es aprobado el Tratado Cañas-Jerez, por el cual Nicaragua reconoce la soberanía de Costa Rica sobre el Guanacaste y se señalan los límites que hoy nos dividen de aquella República.

El 16 de febrero de 1857 el Gobierno de la República del Salvador le confiere el Título de Benemérito de la Patria.

Por la traición de unos Comandantes Militares, Lorenzo Salazar y Máximo Blanco, fue depuesto de la Presidencia de la República el día 14 de agosto de 1859. x



Fue hecho preso ese día a las cuatro de la madrugada, en su casa de habitación, por el oficial Sotero Rodríguez y la escolta que a éste acompañaba y conducido al Cuartel, comandado por los traidores.

El 16 del mismo mes salió para el puerto de Puntarenas escoltado por cien soldados y diez oficiales a las órdenes de un colombiano de apellido Blanco.

El 19 del mismo mes se le condujo a bordo del vapor *Guatemala* que lo llevó a la República del Salvador, donde fué recibido con estimación y cariño por el entonces Presidente de aquella República General don Gerardo Barrios.

El 15 de setiembre de 1860 desembarcó en Puntarenas acompañado por sus hermanos los Generales José Joaquín Mora y José M^a Cañas, su sobrino Manuel Argüello Mora, un caballero salvadoreño y cuatro sirvientes.

Desembarca en medio de alegría y regocijo pues todos en el Puerto tenían cariño por Mora, y ya estaba esa localidad en poder de la revolución, por haber sido tomada el día anterior por el General Arancibia.

Trece días después, el 28 de setiembre, las tropas del Gobierno compuestas de mil quinientos hombres, a las órdenes de Blanco, Montealegre e Iglesias, pudieron vencer los noventa hombres que defendían la trinchera de la Angostura a las órdenes del inolvidable Cañas, y entraron a Puntarenas.

Muertos unos y presos otros de los pocos hombre que formaban la escolta de Mora en Puntarenas, éste se refugió en la casa de Mr. Farrer, Cónsul Inglés en aquel puerto y amigo suyo.

Mr. Roger, inglés también, que tanto se distinguió en nuestra Guerra Nacional, y que comandaba la lancha cañonera que por la parte del Estero defendía la trinchera, en esta ocasión, el cual vivía hacia mucho tiempo en Puntarenas y era muy conocedor de los lugares, se presentó a Mora después del desastre, y le ofreció salvarlo conduciéndolo por mar fuera de Puntarenas, pero éste se negó a seguirlo manifestándole que no podía abandonar a las personas que por él se habían comprometido, y que tenía que correr su misma suerte.

Igual contestación dió al caballero alemán don Guillermo Nanne, cuando hizo la misma oferta; Mr. Nanne mandaba en esa ocasión, la lancha cañonera que por la parte del mar defendía la trinchera.

El 30 de setiembre de 1860, a los 46 años de edad fué fusilado en Puntarenas el Jefe de nuestra Guerra Nacional; cinco años después sus restos fueron traídos a esta capital por el caballero francés don Juan Bonnefil, y se depositaron en el Cementerio General.

Por decreto de 18 de julio de 1876, el Congreso reconoce sus grandes servicios y ordena se le hagan honores fúnebres y se gasten veinte mil pesos en un Mausoleo para depositar sus restos, los de Carrillo y los de los Generales José Joaquín Mora y José M^a Cañas.

En su honor y en el de Mora Fernández, se da a Pacaca el nombre de cantón de Mora, el 3 de julio de 1886.

El Congreso por decreto de 10 de setiembre de 1895, ordena condecoraciones para todos los Jefes, Oficiales y tropa que asistieron a la Guerra Nacional, y honores y condecoraciones especiales para los Representantes del ex-Presidente Mora y de los Generales José M^a Cañas y José Joaquín Mora.

El 15 de setiembre de 1895, con motivo de la inauguración del Monumento de la Guerra Nacional, se acuerda entregar con toda solemnidad, a don Camilo Mora Aguilar, hijo del ex-Presidente Mora, la condecoración acordada a su memoria.

Por el Gobierno presidido por el Lic. don Cleto González Víquez, y en honor al ex-Presidente Mora, fue ordenado colocar un Busto en la Oficina Internacional de las Naciones Americanas establecidas en la Capital de los Estados Unidos de Norte América.

En la Legislatura de 1912, el inteligente y enérgico joven don J. Manuel Peralta, diputado por Alajuela, mocionó ante el Congreso; para que se honrara la memoria del ex-Presidente Mora, colocando su Busto en un lugar preferente de esta capital.

El 2 de julio de 1913, se publicó en «La Información», un artículo del ex-Presidente de Costa Rica, Licenciado don Cleto González Víquez, iniciando la idea de celebrar suntuosamente el Centenario de don Juan Rafael Mora; la prensa toda acogió la iniciativa con calor, desinterés y patriotismo, y al influjo de ella se debió casi en su totalidad, el éxito alcanzado en la fiesta del Centenario.

El Ateneo de Costa Rica, en sesión extraordinaria convocada al efecto, acordó tomar parte en las fiestas del Centenario, acuerdo publicado en la «Prensa Libre» el 11 de julio de 1913.

Por acuerdo del Poder Ejecutivo fechado el 28 de febrero de 1914 se nombra la Comisión para que organice las fiestas del Centenario de Mora, y señala el 15 de setiembre del mismo año para que tengan verificativo.

El 8 de febrero de 1914 celebra una patriótica fiesta el centro «5 de Noviembre» en San Pedro del Mojón, en honra a la memoria del Centenario de Mora y en ella pronuncia un precioso discurso el inteligente educacionista don Angel Orozco.

La Junta de Educación de esta ciudad, para honrar la memoria de Mora, acordó el día 20 de febrero de 1914 que la escuela que se va a implantar en el edificio que antes ocupó el Cuartel Principal, lleve el nombre de «Escuela Juan Rafael Mora».

En homenaje a la memoria de Mora, la Junta de Caridad de esta capital, en su carácter de administradora del Cementerio, acordó donar a la familia del ex-Presidente, un lugar preferente de aquel lugar, para que a él fueran trasladados sus restos y colocado el Busto de aquel patriota.

El 8 de febrero de 1914, el Ateneo salvadoreño celebra una sesión patriótica en celebración del Centenario de Mora.

Con fecha 29 de enero de 1914, la Colonia Nicaragüense residente en esta capital, ofrece espontáneamente a la Comisión nombrada, su concurso para las fiestas del Centenario.

El 25 de setiembre de 1913, quedó instalada en Managua, República de Nicaragua, la Comisión nombrada para celebrar el Centenario de Mora.

Por decreto de 22 de octubre de 1913, el Poder Ejecutivo, para honrar la memoria de Mora con motivo del Centenario, nombra una Comisión para que ordene en debida forma todos los documentos referentes a la Campaña Nacional y su publicación en un libro especial.

En el mes de enero de 1914, la juventud de esta capital acoge con gusto la idea lanzada por don Octavio Castro Saborío, de levantar una contribución con el objeto de colocar una lápida de mármol, conmemorativa del Centenario, en la casa donde nació Mora.

El 6 de febrero de 1914, la Municipalidad de Chalchuapa, República del Salvador, acuerda honrar la memoria de Mora y nombra comisionados para que la representen en las fiestas del Centenario.

Para honrar la memoria de Mora, en la capital de la República salvadoreña, el «Diario del Salvador» le dedica íntegra su edición el día 7 de febrero.

El 20 de marzo de 1914, la Junta Organizadora del Centenario, abre un concurso para premiar la letra de un Himno a los Heroes del 56.

Con fecha 1.º de abril de 1914, la misma Junta abre otro concurso para premiar el mejor estudio histórico sobre don Juan Rafael Mora y su participación en la Campaña Nacional, así como el «Canto Epico» en que mejor se retraten las virtudes y glorias de aquel Prócer.

El 11 de mayo de 1914, la Junta Organizadora en Tegucigalpa, República de Honduras, acuerda honrar la memoria de Mora el día de su Centenario, colocando un Busto del Prócer, en una de las plazas de aquella capital.

En el mes de mayo de 1914, se instala en la capital de Guatemala, la Junta Organizadora para colaborar en las fiestas del Centenario.

En julio de 1914, don Toribio Matamoros, Secretario de la Junta Nacional de Nicaragua del Centenario de Mora, envía de Managua a la Junta de esta Capital la suma de ochocientos cincuenta pesos y noventa y seis centavos oro, producto de la contribución para la estatua que debe levantarse a Mora; suponemos que esa suma haya sido depositada en las Arcas Nacionales para invertirla en su oportunidad en el objeto a que fue destinada.

Con fecha 5 de julio de 1914, la Municipalidad del cantón del Puriscal, acordó la celebración del Centenario de Mora y contribuir con cien colones para ese objeto.

El 18 de julio de 1914, la escuela «Juan Rafael Mora» a iniciativa de su digno Director don Angel Orozco y con la cooperación del ameritado cuerpo de profesores de aquel establecimiento, dió una espléndida fiesta escolar y patriótica, en homenaje a la memoria de Mora y a la celebración de su Centenario.

El 24 de julio 1914, se acuerda por la Junta Organizadora, honrar la memoria del Natalicio de Mora, con una velada en el Teatro Nacional.

Por Decreto fecha 31 de julio de 1914, emitido por el Congreso, se faculta al Poder Ejecutivo para que haga los gastos que se ocasionen con motivo de las fiestas del Centenario.

El 1.º de agosto de 1914 se erige el nuevo cantón de Moravia en recordación del General don Juan Rafael Mora, teniendo por cabecera la villa de San Vicente, antes del cantón central de San José.

Los Directores de la escuela de Puntarenas, acuerdan celebrar con fiestas escolares el Natalicio de Mora.

Rara coincidencia: el 13 de setiembre de 1860, fue fusilado en Trujillo, por tropas hondureñas, William Walker, el jefe de los filibusteros que pretendió adueñarse de Centro América, y 17 días después, el 30 del mismo mes, fue fusilado en Puntarenas, por tropas costarricenses, Juan Rafael Mora, el Libertador de la América Central.

San José, febrero 1.º de 1914.

Por la recopilación,
PEDRO LORÍA

DON JUANITO



¡Oh tiempos en que ardiente patriotismo
embriagaba las almas y esta tierra
temblaba de furor cuando en la sierra
oyó el HURRA feroz del vandalismo!

"¡A morir o vencer con heroísmo!"
rugieron los clarines. "¡A la guerra!"
Y de los nuestros el valor aterra
la falange infernal del despotismo.

Si algún día la patria indiferente,
al ver su independencia amenazada,
de su letal marasmo no despierta,

¡oh sombra del gran Mora! álzate airada,
y como el CINCUENTA Y SEIS, tu voz potente
grite a tus hijos sin cesar: "¡Alerta!"

C. GAGINI